

PRÓLOGO POR BETH MOORE

ANNE GRAHAM LOTZ

DESCUBRAMOS CÓMO EL AMOR DE
DIOS PUEDE SANAR NUESTROS CORAZONES

HERIDOS

por la gente de Dios

Elogios para **Heridos por la gente de Dios**

Fuego amigo. Es un término que se utiliza para describir a los soldados muertos en cumplimiento de su deber por sus compañeros de batalla. En cada guerra el porcentaje de muertes atribuidas a este fenómeno es impactante. Sin embargo palidece en comparación con el número de corazones humanos que han sido despreciados y rotos por otros creyentes: personas que hubieran debido pelear con nosotros, no contra nosotros. En *Heridos por la gente de Dios*, Anne valientemente y con vulnerabilidad, saca a luz este tema y luego nos da una solución; un bálsamo para aliviar las heridas del ofendido. Este libro es una herramienta largamente esperada y muy necesaria que cambiará el futuro del Cuerpo de Cristo.

Priscilla Shirer, autora de *The Resolution for Women* (La resolución para mujeres), superventas de la lista del *New York Times*

Es importante hablar de nuestras heridas con esta honestidad. Anne ha hecho un maravilloso trabajo utilizando el dolor de su pasado para contar la historia de un Dios amoroso, sanador y redentor. Este libro es un testimonio de un Dios que nunca se da por vencido con nosotros, nunca deja de buscarnos, y nos ama más de lo que pensamos, aunque su pueblo no lo haga.

Kyle Idleman, autor de *Not a Fan* (No soy un fanático) y *Gods at War* (Dioses en guerra)

Valoro tanto que Anne haya escrito estas palabras tan sinceras sobre el profundo daño que causa ser lastimado . . . traicionado . . . rechazado . . . y acusado. Conozco esto personalmente. Y es doblemente difícil cuando viene del interior del Cuerpo de Cristo. Pero no tenemos que preocuparnos ni sufrir solos. Con gran sabiduría y profunda empatía, Anne nos ha dado a todos los guerreros heridos un lugar de dulce gracia al cual acudir cuando somos derribados.

Lysa TerKeurst, autora de los éxitos de ventas de la lista del *New York Times*, *Fui hecha para desear* y *Unglued* (Alterada)

Los enemigos no pueden traicionarlo. Solo un amigo puede hacerlo. Y a veces, ese amigo puede surgir de su íntimo círculo de confidentes más cercanos. Por eso las heridas que sufrimos de manos de otros cristianos siempre son profundas y dejan cicatrices. Afortunadamente, mi amiga Anne Graham Lotz provee sabias palabras de consuelo y aliento en *Heridos por la gente de Dios*, uno de sus más finos trabajos. Ella responde al antiguo grito del profeta: —¿No hay bálsamo en Galaad?—y nos recuerda que Jesús restaura, sana y nos da una capacidad enviada desde el cielo para perdonar. ¡Recomiendo efusivamente *Heridos por la gente de Dios* a cada seguidor de Jesús!

Joni Eareckson Tada, Centro Internacional de la Discapacidad
Joni and Friends.

Anne ha escrito un libro profundamente personal. Usted será conmovido por la transparencia y vulnerabilidad con que ella comparte sus heridas más dolorosas, infligidas por personas del Cuerpo de Cristo. Pero finalmente, como muestra la historia de Agar, y Anne ilustra tan elocuentemente, Dios es el gran Sanador de su corazón herido.

Mark Batterson, autor del superventas de la lista del *New York Times*, *El hacedor de círculos*

Anne Graham Lotz ha enseñado la Palabra de Dios con audacia y con una postura valiente respecto de los principios bíblicos. Aún enfrentando las heridas del criticismo, jamás titubeó en sus convicciones. No hay nadie a quien respete más que a esta mujer de Dios.

Shirley Dobson

El extraordinario nuevo libro de Anne nos alienta a encontrar nuestra—Agar interior—y liberarla por el poder del perdón. Ella ha transformado sus propias profundas heridas en gran sanidad para otros.

Kathie Lee Gifford

Heridos por la gente de Dios es un libro que necesitábamos desde hace mucho tiempo. Conozco a tanta gente que ha sido herida por la iglesia—y demasiados de ellos han devuelto el golpe. Dejé la iglesia durante años por un comentario que un anciano hizo sobre mí. Pasaron dos décadas hasta que volví. Recomendando fervientemente esta combinación de honesta enseñanza y poesía saturada de amor, basada en las Escrituras, largamente necesitada que da convicción de pecado y a la vez sana, es fuerte y profunda. Compraré varios ejemplares.

Francine Rivers, autora del superventas de la trilogía *La marca del león*

¡Ay! Duele ser calumniado por gente del mundo que cree que los seguidores de Cristo somos enemigos y fanáticos. Pero eso palidece en comparación con el dolor que sentimos por las heridas causadas por quienes también pretenden seguir a Jesús. Esos son los daños más profundos. Anne Graham Lotz conoce muy bien ese dolor. Pero también sabe a dónde ir para vendar las heridas más intensas. Abra este libro y permita que Anne lo guíe al perdón y la restauración mientras le comparte el dolor que ella conoció; que Agar

experimentó; que quizás usted también haya encontrado. Permita que Anne lo lleve directamente a Jesús, porque Él también conoce esas heridas y puede sanar su dolor.

Janet Parshall, conductora de un programa de entrevistas emitido en toda la nación.

¿Por qué nos sorprendemos cuando otro seguidor de Cristo nos lastima? La gente de Dios—como todas las personas—somos seres angustiados que lastimamos a otros con nuestras acciones. Anne Graham Lotz trae buenas noticias para los hijos de Dios, tanto los heridos como los heridores: Dios redime nuestro dolor a través de su dolor. Por su llaga fuimos nosotros curados. Lea y sea restaurado.

Elisa Morgan, editora, www.fullfill.org, oradora, autora de *The Beauty of Broken* (La belleza del quebrantamiento), www.elisamorgan.com

Cuando los cristianos hacen daño a otros cristianos, siempre se produce un efecto dominó: usted recibe la herida, luego se siente incapaz de confiar en el pueblo de Dios y luego llega a ser incapaz de confiar en el propio Dios. En su libro, Anne Graham Lotz ofrece esperanza y transformación sobre este asunto. Lo recomiendo enfáticamente.

Dr. John Townsend, consultor de liderazgo y psicólogo, coautor de *Boundaries* (Límites).

Me encanta este libro porque es inteligente, humilde y notablemente transparente. Sea cual fuere su herida, usted encontrará que Anne Graham Lotz lo entiende. Con franqueza y gracia, ella ofrece la clase de ayuda que bien puede sanar su alma.

Ann Spangler, autora de *Praying the Names of God* (Orando los

nombres de Dios).

Heridos por la gente de Dios es un libro extraordinario que arroja luz sobre el devastador problema de ser herido e infligir heridas dentro de la comunidad cristiana. Desde su experiencia, Anne habla con claridad y entendimiento a quienes han sufrido épocas de gran pérdida. Profunda y auténtica, quita el velo de las tinieblas de la traición cometida por el pueblo de Dios y ofrece respuestas alternativas y piadosas a las heridas infligidas.

Vonette Bright, cofundadora, Campus Crusade for Christ, International.

ANNE
GRAHAM
LOTZ

HERIDOS
por la gente de Dios



La mayoría de los productos de Casa Creación están disponibles a un precio con descuento en cantidades de mayoreo para promociones de ventas, ofertas especiales, levantar fondos y atender necesidades educativas. Para más información, escriba a Casa Creación, 600 Rinehart Road, Lake Mary, Florida, 32746; o llame al teléfono (407) 333-7117 en Estados Unidos.

Heridos por la gente de Dios por Anne Graham Lotz

Publicado por Casa Creación

Una compañía de Charisma Media

600 Rinehart Road

Lake Mary, Florida 32746

www.casacreacion.com

No se autoriza la reproducción de este libro ni de partes del mismo en forma alguna, ni tampoco que sea archivado en un sistema o transmitido de manera alguna ni por ningún medio—electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro—sin permiso previo escrito de la casa editora, con excepción de lo previsto por las leyes de derechos de autor en los Estados Unidos de América.

A menos que se indique lo contrario, el texto bíblico ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional[®] NVI[®] copyright © 1999 por Bíblica, Inc.[®] Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas de la Escritura marcadas (RVR60) han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Las citas de la Escritura marcadas (NTV) corresponden a la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas (LBLA) corresponden a La Biblia de Las Américas © Copyright 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso.

Copyright © 2014 por Casa Creación

Todos los derechos reservados

Traducido por: María Mercedes Pérez, María del C. Fabbri Rojas y María Bettina López. Coordinación, revisión de la traducción y edición: María del C. Fabbri Rojas

Director de arte: Bill Johnson

“Originally published in the U.S.A. under the title: *Wounded by God’s People*

Copyright © 2013 by Anne Graham Lotz

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan.

www.zondervan.com

All rights reserved.

Further reproduction or distribution is prohibited.”

Visite la página web de la autora: www.annegrahamlotz.com

Library of Congress Control Number: 2013957391

ISBN: 978-1-62136-492-4

E-book: 978-1-62136-493-1

Nota de la editorial: Aunque la autora hizo todo lo posible por proveer teléfonos y páginas de internet correctas al momento de la publicación de este libro, ni la editorial ni la autora se responsabilizan por errores o cambios que puedan surgir luego de haberse publicado.

*Dedicado
a
los heridos*



Contenido

Sacada de un pozo

Prólogo por Beth Moore

Jesús entiende

Él también fue herido

La sanidad es un viaje

Usted está invitado a comenzar

La historia bíblica de Agar

1. Amado por Dios en la periferia

Dios no es elitista

2. La vida es difícil

Todo el mundo tiene alguna herida

3. El ciclo del dolor

Los heridos se convierten en heridores

4. El creyente en el exilio

Huyendo de los heridores

5. Dios nos cuida

Usted no se puede escapar de Dios

6. Puntos ciegos espirituales

Usted se está perdiendo lo obvio

7. Heridas dolorosas

Hacer lo que corresponde puede ser doloroso para el herido

8. Rechazado por ellos

Pero no por Él

9. Andar errante por el desierto

Dios sigue estando ahí

10. Dios está atento

Él oye cuando usted clama por ayuda

11. Se rompe el silencio

*Dios es un Dios que escucha la oración, que contesta la oración,
¡que obra milagros!*

12. Un espíritu obstinado

Exiliarse de Él es una autoimposición

13. El punto de inflexión

Eso fue entonces, esto es ahora

14. ¡Puedo ver!

Su valle puede ser el lugar de la visión

15. No mire atrás

*No se puede conducir hacia adelante mirando por el espejo
retrovisor*

16. Es hora de avanzar

Usted se puede reconciliar

Conclusión: El fin del viaje de sanidad

Es hora de volver a casa

Epílogo: Cavar profundamente

Agradecimientos: Levantados

Notas

*Él sana a los quebrantados de corazón,
y vena sus heridas.*

Salmos 147:3



PRÓLOGO

Sacada de un pozo

En una época en que la mayoría de los comunicadores no se ahorran ninguna opinión y comparten todo pensamiento impulsivo, Anne Graham Lotz mide su expresión y piensa antes de escribir. Así que cuando tomé el libro con su nombre, y el título *Heridos por la gente de Dios*, ya me había sentado derecha, con los oídos atentos, lista para escuchar lo que ella tuviera que decir. Sabía dos cosas antes de comenzar: Anne estaba completamente convencida de que Dios la estaba guiando a escribir esto y su propio dolor era lo suficientemente profundo como para sustentar la pasión santa que necesitaría para terminarlo. Los autores no siempre eligen sus libros. Su recorrido, y mucho más a menudo su dolor, son los que escogen.

Anne usa la historia bíblica de Agar para mostrar cómo una esclava egipcia fue herida por alguien del pueblo de Dios, más precisamente, alguien a quien Dios llamaba su amigo: Abraham. La tinta que necesitó para escribir los siguientes capítulos fue sacada de un pozo muy similar al que Dios usó para abrir los ojos de Agar en el libro del Génesis. Anne lo llevará hasta allí como me llevó a mí. Quizás usted descubra, como me pasó a mí, que ha dejado algunos asuntos sin resolver y que es tiempo de que Dios los trate, los enjuague con agua de ese pozo y los sane. Anne echa mano de su propia travesía, no para aprovecharse de ella, sino para explorarla; no para desacreditarla, sino para destacarla. Y lo invita a recorrer el camino hacia un corazón sanado.

Las heridas causadas por nuestra propia gente no son iguales a las que produce el enemigo. No podemos contabilizarlas como actos fortuitos de

crueldad. Son personales. Son infligidas por personas que nos conocen, por personas que creíamos que nos amaban o que al menos pensaban bien de nosotros. Cuando no se trata solo de *nuestra* gente, sino de la gente *de Dios*, la herida puede abrirse de par en par y convertirse en una vorágine de confusión.

Alienación.

Aislamiento.

Vergüenza.

En palabras de Santiago: “Hermanos míos, esto no debe ser así” (Santiago 3:10b). Pero, lamentablemente, es así. Y probablemente eso sea de esperar en este mundo inacabado entre personas inacabadas como usted y yo.

Alabado sea Dios, no es que no tengamos remedio. Ni que nos falte comunión. La Biblia registra una gran nube de testigos que fueron heridos por su propia comunidad y sacados del campamento de una u otra forma. Como creyentes del Nuevo Testamento, encontraremos que superar este dolor provoca un profundo impacto en la forma en que nos hermanamos con el sufrimiento de Cristo. Para que Él fuera probado y tentado y herido de todas las formas posibles, como nosotros lo somos—siendo sin pecado—el que lo traicionó, Judas, tenía que venir de su propio círculo íntimo. La traición defrauda una segura camaradería. Existía una relación, que más tarde fue considerada prescindible.

Con la conducta que tenemos la bendición de esperar de Anne, habla en estas páginas no solo acerca de ser herido, sino también sobre cuán fácilmente podemos herir. Yo he sido esa persona. Usted quizás también. Gracias a Dios, quienes hieren también pueden encontrar sanidad y plenitud. Todos podemos ser alcanzados por Dios. Se nos habla a todos en su Palabra, todos estamos incluidos en su sabio consejo, y estamos completamente inmersos en su amor insondable. Él es un pozo que jamás se secará.

Estoy tan agradecida por Anne Graham Lotz. Ella es un regalo para el Cuerpo de Cristo. Una rareza, creo, en nuestra cultura. Solo Dios sabe lo que la llamó a soportar con propósitos que van mucho más allá de su propio bien y su santificación. Estoy convencida de que mucho de lo que ella comparte en estas páginas con semejante transparencia y humildad fue asignado a su camino porque Dios sabía que ella no se guardaría la sanidad para sí misma. Esa es la naturaleza del evangelio. Cuando usted encuentra buenas noticias en un mal momento, tiene que compartirlas.

Abra estas páginas de par en par, y encontrará a un Dios que ya lo ha encontrado a usted allí mismo, en el desierto. Oh, Él puede hablarle tan tiernamente.

Beth Moore
Living Proof
Ministries

PREFACIO

Jesús entiende

Él también fue herido

Quando reviso mi vida, me entristece reconocer que algunas de mis heridas más dolorosas fueron ocasionadas por gente religiosa, pueblo de Dios. Los que fueron más hirientes, los más crueles, los que me traicionaron, me calumniaron y me debilitaron son los mismos que se llaman a sí mismos por el nombre de Dios. Son considerados cristianos por ellos mismos y por otros. Sin embargo, han sido hombres y mujeres cuyas palabras y comportamiento no concuerdan con lo que dicen creer, y contradicen lo que Dios dice. Aún hoy sacudo la cabeza con incredulidad al recordar algunas de las dolorosas experiencias que compartiré con usted en este libro.

Un factor de complicación para quienes hemos sido heridos por el comportamiento de cristianos como esos es que sufrimos en silencio. Esto me lleva a preguntarme: ¿Es usted uno de nosotros? ¿Será usted como una querida mujer que sufrió en silencio y me expresó su dolor en una carta?:

No podría decirle cuántas veces lloré tan intensamente que todo mi cuerpo se sacudió por las cosas dolorosas que me sucedieron en mi iglesia. Fui tan herida que dejé de asistir a la iglesia durante bastante tiempo . . . Hace poco volví a una nueva iglesia, pero a

menudo me pregunto qué hice mal o qué podría haber hecho para manejar mejor la situación pasada. Creo que el rumor en mi antigua iglesia es que me fui porque estaba deprimida o algo así . . . principalmente porque me quedé callada en vez de tratar de defender mi postura. No quería decir nada que pudiera entrar en la red de chismes y herir a quienes me habían herido a mí.

He decidido romper el silencio. Al meditar sobre las heridas infligidas intencional y no intencionalmente a mí y a otros, siento que es hora de decir algo. Es tiempo de ponerlo sobre la mesa y llamar la atención a que “pecado que hay en el campamento”.¹

Tan dolorosas y devastadoras como pueden ser las heridas infligidas por la gente de Dios, me han dado más determinación para vivir el resto de mi vida lo que auténticamente creo. Estoy muy motivada por conocer a Dios. Quiero conocer cómo es Él verdaderamente, no a través del distorsionado reflejo de quienes se llaman por su nombre. Y quiero darlo a conocer a otros de manera tan exacta, amigable, clara y convincente como sea capaz.

Aunque no conozco a Dios tan bien como quisiera, o tan bien como debería, sí lo conozco lo suficiente como para saber que Jesús entiende, porque Él también fue herido. Fue parte del plan de redención de Dios que Jesús fuese herido y rechazado por aquellos a quienes vino a salvar. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”.² Su propio pueblo, que conocía las profecías mesiánicas mejor que nadie, los que deberían haber estado primeros en la fila para reconocerlo y adorarlo, los religiosos, los educados, los líderes cultos del pueblo de Dios, fueron los que rechazaron a Jesús. Los mismos que se hacían llamar hijos de Dios endurecieron obstinadamente sus corazones contra su Hijo. Sí, el Hijo de Dios entiende lo que se siente al ser herido por el cruel rechazo. La gente religiosa de su tiempo arrojó sus misiles verbales contra Él, y luego actuó decididamente contra Él . . .

“Algunos de los maestros de la ley murmuraron entre ellos: ‘¡Este hombre blasfema! ¿Por qué habla éste así? ¡Está blasfemando!’”³

“Los fariseos afirmaban: ‘Éste expulsa a los demonios por medio del príncipe de los demonios’”.⁴

“Pero los fariseos salieron y tramaban cómo matar a Jesús”.⁵

“Entonces salieron los fariseos y tramaron cómo tenderle a Jesús una trampa con sus mismas palabras”.⁶

“Se reunieron entonces los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo . . . y con artimañas buscaban cómo arrestar a Jesús para matarlo”.⁷

“Los que habían arrestado a Jesús . . . le escupieron en el rostro y le dieron puñetazos. Otros lo abofeteaban”.⁸

“Todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron la decisión de condenar a muerte a Jesús. Lo ataron, se lo llevaron y se lo entregaron a Pilato, el gobernador . . . a Jesús lo mandó azotar, y lo entregó para que lo crucificaran”.⁹

Las palabras que le llegaban de aquellos hombres tan poderosos, tan religiosos, debe haberse sentido como repetidos golpes en el estómago. ¿Puede sentir su dolor? Pedro sí pudo. Él fue testigo de los ataques a Jesús. Pero Pedro también aprendió de ellos. Aquí vemos cómo describió lo que vio en Jesús: “Cuando proferían insultos contra él, no replicaba con insultos; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba a aquel que juzga con justicia”.¹⁰

Si alguien tuvo derecho a protestar: *Esto no está bien, esto no es justo, no merezco esto*, fue Jesús.

Si alguien tuvo derecho a desistir e irse, fue Jesús.

Si alguien tuvo alguna vez una excusa para quejarse, sentir pena de sí mismo, hallar que Dios le había fallado, fue Jesús.

Si alguien tuvo derecho a contraatacar y—literalmente—
condenar a quienes lo estaban maltratando, fue Jesús.

En lugar de ello, Jesús se encomendó a Dios. Conocía a su amado Padre lo suficientemente bien como para saber que esta gente tan religiosa, aunque se considerara a sí misma representante de Dios en la tierra, no era tal cosa. Eran pecadores hipócritas, malvados que un día tendrían que comparecer ante Dios y rendirle cuentas de lo que hubieran hecho.

Nunca deja de asombrarme que las mentiras más despiadadas, los ataques más violentos, el peor rechazo a Jesús, viniera no de los romanos ni de los griegos, o de los paganos o gentiles, sino de los israelitas que se consideraban a sí mismos y eran vistos por otros como los hijos de Dios. El pueblo de Dios.

De manera que me niego a que religiosos hipócritas destruyan lo que siento por el Único que me ama y se acerca a mí cuando estoy herida. Me niego a dejarme robar el mayor tesoro de la vida: una relación personal,

permanente, apasionada con Dios mediante la fe en Jesús.

Querido creyente herido en el exilio, ¿cuál es tu historia? ¿Qué capítulo se está escribiendo hoy? ¿Está tu espíritu tumbado en el polvo del desierto por el que estás vagando? ¿Puedes oír su voz, llamándote? No rechaces al Dios de los que te rechazaron a ti. Rechazando a Dios no los dañarás a ellos; solo a ti mismo. Tú eres el que ha sido devastado. Y es a ti a quien Dios está llamando.

Corre hacia Dios y aférrate a Él. Dios entiende cada comentario cruel, cada injusticia encubierta, cada esquirra emocional, cada mirada malintencionada. Pero Él también registra en los libros, y un día sacará todo a luz.

Mientras tanto: “Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Así, pues, consideren a aquel que perseveró frente a tanta oposición por parte de los pecadores, para que no se cansen ni pierdan el ánimo”.¹¹ ¡Jesús entiende! Porque Él también fue herido.

INTRODUCCIÓN

La sanidad es un viaje

Usted está invitado a comenzar

Casi todas las personas que conozco han sido heridas en un grado u otro. No importa si una persona es joven o anciana, rica o pobre, inteligente o ignorante, sana o enfermiza, educada o iletrada. Todos hemos experimentado heridas. Algunas pueden ser superficiales y otras destructivamente profundas, pero todas duelen. Si se las deja seguir su curso natural, pueden infectarse y convertirse en amargura, resentimiento y enojo, que infectan otros aspectos aparentemente no relacionados de nuestras vidas. Quizás esa sea una razón por la que la Biblia tiene tanto que decir sobre las heridas. Y sobre los heridos. Y sobre los heridores. A través de la Escritura, sentimos el dolor, oímos el llanto, vemos la venganza. Frecuentemente observamos cómo los heridos se convierten en heridores con lo que el ciclo se repite de persona a persona y de generación en generación. Pero a lo largo de las apasionantes historias, el amor de Dios contrasta con el dolor como la luz del sol cuando emerge en plateados rayos desde atrás de una nube oscura. Porque el amor de Dios no solo conforta y redime, también sana.

Una narración así es la historia que estoy por desarrollar para usted en este libro. Es una pequeña historia que es como una nota a pie de página de otra mayor, como un pequeñísimo afluente de un gran río.

El Misisipi es un río formidable. Es la cuenca hidrográfica más grande de Norteamérica y uno de los ríos más largos y caudalosos del mundo. Es tan potente que dos de sus principales afluentes son también grandes ríos, el Ohio y el Misuri.

El “afluente”, o la historia menor, fue puesta en mi corazón cuando escribí *Magnífica obsesión*,¹ que es una crónica del camino de fe de Abraham.² Su extraordinaria vida es un formidable río que corre a través de la historia humana e impacta significativamente nuestro mundo desde hace cuatro mil años.

Insertada en la biografía de Abraham hay una historia afluente que se convierte por sí misma en un importante río en el flujo de la historia humana. Es la historia de Agar, una joven esclava egipcia con quien Abraham tuvo un hijo llamado Ismael. El hombre hasta el cual muchos pueblos árabes contemporáneos rastrean su linaje, y de quien todos los musulmanes creen descender.

Cuando me sumergí en el estudio de la historia de Abraham, Agar captó mi atención. Ella se distinguió porque fue herida, no físicamente, sino de maneras que eran tan dolorosas emocional y espiritualmente como lo hubiese sido una herida en el cuerpo. Algunas heridas fueron provocadas por su propio mal comportamiento, pero otras fueron infligidas por quienes eran considerados pueblo de Dios.

Yo también he sido herida por gente de Dios. Algunas heridas son más profundas que otras, algunas parecen haber salido de no se sabe dónde, algunas fueron provocadas por mi propio mal comportamiento, pero todas ellas han sido profundamente dolorosas. Y parecen doler mucho más cuando los que hieren disfrazan su comportamiento de religión o de piedad.

Dios usó la historia de Agar para hacer brillar la luz de su verdad en mi propio corazón, revelándome que yo no solo había sido herida, sino que también fui una heridora. La culpa y la pena que resultaron de ello aumentaron mi carga por escribir este libro, porque descubrí que verdaderamente Dios puede redimir el dolor, la culpa y el sufrimiento. Quiero compartir su amor con usted, invitándolo a que se embarque en un viaje sanador.

Y es toda una travesía. No hay remedios rápidos. Pero sí hay pasos específicos a seguir que lo llevarán a salir del pozo cenagoso que sus heridas han cavado un pozo en el cual hay raíz de amargura, el gozo ha sido robado y

las relaciones fueron destrozadas.

El primer paso de esta travesía es reconocer su dolor. Deje de taparlo, racionalizarlo, defenderlo, justificarlo, ignorarlo. Solo admítalo. Ahora. Una vez que haya dado ese paso inicial, lo guiaré muy suavemente a lo largo del camino de descubrimiento que Agar trazó para nosotros.

Así que . . .

Si usted está entre los que han sido tan profundamente heridos que han confundido a la imperfecta gente de Dios con Dios y quizás incluso han huido de Él como consecuencia de eso;

Si usted es alguien culpable de herir y ofender a otros en nombre de Dios, solo para encontrarse a sí mismo, como resultado de ello, herido y privado de su paz y gozo;

Si está cautivo de un círculo generacional de dolor que lo ha convencido de que no hay salida . . .

Sean cuales fueren sus heridas, mi oración es que las siguientes páginas le . . .

levanten del pozo hasta un nuevo encuentro con Dios.

guíen a reclamar el gozo y la paz de la presencia de Dios.

quiten el aguijón y el agudo dolor mientras comienzan a

fluir las bendiciones de Dios.

amplíen su visión sobre el propósito de Dios para su

vida, que es más grande de lo que usted creía.

Mi oración es que, junto con Agar, usted descubra el poder redentor del amor de Dios y sea sanado de todas sus heridas. Porque Dios ama al herido. Y a los heridores. Lo sé . . .

Me identifico en mayor o menor medida no solo con Agar, sino con cada personaje de su historia, incluyendo la historia dentro de la historia que se entreteje a través de las sombras de su vida. Es una hermosa y tierna historia de amor, no sobre su relación con Abraham, sino sobre su relación con Dios. Él se empeña en una búsqueda intencional, apasionada, de una esclava egipcia que al final llegará a convertirse en madre de naciones. Mientras usted lee, oro que el Dios de Agar abra sus ojos, y su corazón, hacia Él . . . y

hacia su búsqueda de usted.

A handwritten signature in cursive script, reading "Anne Graham Lotz". The signature is written in a dark ink and is positioned above the printed name.

Anne Graham Lotz

La historia bíblica de Agar

Cuando Abram llegó a Egipto, los egipcios . . . trataron muy bien a Abram. Le dieron ovejas, vacas, esclavos y esclavas, asnos y asnas, y camellos.

Abram salió de Egipto con su esposa . . . , y con todos sus bienes, en dirección a la región del Néguev.

Saray, la esposa de Abram, no le había dado hijos. Pero como tenía una esclava egipcia llamada Agar, Saray le dijo a Abram: El Señor me ha hecho estéril. Por lo tanto, ve y acuéstate con mi esclava Agar. Tal vez por medio de ella podré tener hijos. Abram aceptó la propuesta que le hizo Saray. Entonces ella tomó a Agar, la esclava egipcia, y se la entregó a Abram como mujer. Esto ocurrió cuando ya hacía diez años que Abram vivía en Canaán. Abram tuvo relaciones con Agar y ella concibió un hijo. Al darse cuenta Agar de que estaba embarazada, comenzó a mirar con desprecio a su dueña. Entonces Saray le dijo a Abram: ¡Tú tienes la culpa de mi afrenta! Yo puse a mi esclava en tus brazos, y ahora que se ve embarazada me mira con desprecio. ¡Que el Señor juzgue entre tú y yo!

Tu esclava está en tus manos contestó Abram; haz con ella lo que bien te parezca. Y de tal manera comenzó Saray a maltratar a Agar, que ésta huyó al desierto.

Allí, junto a un manantial que está en el camino a la región de Sur, la encontró el ángel del Señor y le preguntó: Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas?

Estoy huyendo de mi dueña Saray respondió ella.

Vuelve junto a ella y sométete a su autoridad le dijo el ángel. De tal manera multiplicaré tu descendencia, que no se podrá contar.

“Estás embarazada, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre

Ismael,¹

porque el Señor ha escuchado tu aflicción. Será un hombre indómito como asno salvaje. Luchará contra todos, y todos lucharán contra él;
y vivirá en conflicto con todos sus hermanos.

Como el Señor le había hablado, Agar le puso por nombre “El Dios que me ve”, pues se decía: “Ahora he visto al que me ve”. Por eso también el pozo que está entre Cades y Béred se conoce con el nombre de “Pozo del viviente que me ve”.

Agar le dio a Abram un hijo, a quien Abram llamó Ismael. Abram tenía 86 años cuando Agar tuvo a Ismael . . .

Tal como el Señor lo había dicho, se ocupó de Sara y cumplió con la promesa que le había hecho. Sara quedó embarazada y le dio un hijo a Abraham en su vejez. Esto sucedió en el tiempo anunciado por Dios. Al hijo que Sara le dio, Abraham le puso por nombre Isaac.

Cuando su hijo Isaac cumplió ocho días de nacido, Abraham lo circuncidó, tal como Dios se lo había ordenado. Abraham tenía ya cien años cuando nació su hijo Isaac. Sara dijo entonces: “Dios me ha hecho reír, y todos los que se enteren de que he tenido un hijo, se reirán conmigo. ¿Quién le hubiera dicho a Abraham que Sara amamantaría hijos? Sin embargo, le he dado un hijo en su vejez”.

El niño Isaac creció y fue destetado. Ese mismo día, Abraham hizo un gran banquete. Pero Sara se dio cuenta de que el hijo que Agar la egipcia le había dado a Abraham se burlaba de su hijo Isaac. Por eso le dijo a Abraham: ¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de esa esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac.

Este asunto angustió mucho a Abraham porque se trataba de su propio hijo. Pero Dios le dijo a Abraham: “No te angusties por el muchacho ni por la esclava. Hazle caso a Sara, porque tu descendencia se establecerá por medio de Isaac.

Pero también del hijo de la esclava haré una gran nación, porque es hijo tuyo”.

Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le

entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba.

Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo de un arbusto y fue a sentarse sola a cierta distancia, pues pensaba: “No quiero ver morir al niño”. En cuanto ella se sentó, comenzó a llorar desconsoladamente.

Cuando Dios oyó al niño sollozar, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: “¿Qué te pasa, Agar? No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómallo de la mano, que yo haré de él una gran nación”.

En ese momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio de beber al niño.

Dios acompañó al niño, y éste fue creciendo; vivió en el desierto y se convirtió en un experto arquero; habitó en el desierto de Parán y su madre lo casó con una egipcia.²

CAPÍTULO 1

Amado por Dios en la periferia

Dios no es elitista



En ese entonces, hubo tanta hambre en aquella región que Abram se fue a vivir a Egipto. Cuando estaba por entrar a Egipto, le dijo a su esposa Saray: “Yo sé que eres una mujer muy hermosa. Estoy seguro que en cuanto te vean los egipcios, dirán: ‘Es su esposa’; entonces a mí me matarán, pero a ti te dejarán con vida. Por favor, di que eres mi hermana, para que gracias a ti me vaya bien y me dejen con vida”.

Cuando Abram llegó a Egipto, los egipcios vieron que Saray era muy hermosa. También los funcionarios del faraón la vieron, y fueron a contarle al faraón lo hermosa que era. Entonces la llevaron al palacio real. Gracias a ella trataron muy bien a Abram. Le dieron ovejas, vacas, esclavos y esclavas, asnos y asnas, y camellos.

Pero por causa de Saray, la esposa de Abram, el Señor castigó al faraón y a su familia con grandes plagas. Entonces el faraón llamó a Abram y le dijo: “¿Qué me has hecho? ¿Por qué no me dijiste que era tu esposa? ¿Por qué dijiste que era tu hermana? ¡Yo pude haberla tomado por esposa! ¡Anda, toma a tu esposa y vete!” Y el faraón ordenó a sus hombres que expulsaran a Abram y a su esposa, junto con todos sus bienes . . .

Abram salió de Egipto con su esposa, con Lot y con todos sus bienes, en dirección a la región del Néguev.

Génesis 12:10-20; 13:1

Todos sabemos cómo se siente quedar en la periferia. Mi esposo y yo de repente nos encontramos “afuera” luego de haber sido totalmente rechazados por nuestra iglesia. Aunque sucedió hace muchos años, aquel doloroso recuerdo sigue merodeando.

El recuerdo resurgió cuando hace poco me detuve en un semáforo frente a nuestra antigua iglesia. Mientras contemplaba el hermoso edificio de columnas de ladrillo, con su capitel apuntando hacia el cielo azul cobalto, me pareció volver a oír los débiles ecos de los aplausos en el santuario. Estaba lleno de gente cuando votaron para que mi esposo, Danny, dejara un estratégico puesto de liderazgo. Sus años de fiel servicio a la iglesia—como presidente de la junta de diáconos, presidente del ministerio de varones, y como maestro de la escuela dominical para adultos—parecieron no importar. Esa mañana de domingo, durante lo que se describió como un “servicio de adoración” nuestros oídos fueron sacudidos por el sonido del rechazo.

La congregación aplaudió cuando se anunció el resultado de la votación. Seiscientos miembros contra Danny y doscientos a favor. El desigual resultado no dejó lugar a dudas ni discusión en cuanto al deseo del cuerpo de la iglesia. Querían que Danny se fuera. Después del servicio, los cinco minutos de caminata hasta el estacionamiento nos parecieron una travesía de cinco millas por el desierto. Con los ojos nublados y mi mente confundida por lo que acabábamos de experimentar, sostuve la mano de Danny mientras caminábamos aturridos hasta el coche. En conclusión, la ofensa por la que se nos acusaba era que creíamos, vivíamos y enseñábamos la Biblia como la inerrante, inspirada y autoritativa Palabra de Dios. Fuimos víctimas inocentes atrapadas en una lucha de poder político de una denominación que en ese momento estaba enfrentada justamente por ese asunto.

Amábamos entrañablemente a la gente de esa iglesia. La habíamos servido fiel y sacrificialmente por más de quince años. Nuestros hijos habían nacido y sido bautizados allí. Le diría con total franqueza que ser rechazado por esa

iglesia *dolió*. Y duele hasta el día de hoy. Fuimos lastimados.

¿Usted también ha sido herido por gente de Dios? ¿Le han hecho sentir que estaba fuera del círculo íntimo de Dios? A veces estamos de acuerdo con ese rechazo porque no creemos ser lo suficientemente buenos para Dios, merecedores del amor de Dios, o lo bastante dignos para estar adentro de todos modos. Esa forma de pensar puede ser el resultado de haber sido maltratado de alguna manera por quienes se hacen llamar por el nombre de Dios. O el tratamiento confirma lo que nosotros ya habíamos pensado de cualquier manera. El rechazo, la desaprobación o el maltrato por parte de la gente de Dios puede ser devastador porque si usted y yo no tenemos cuidado, podemos llegar a confundir a la gente de Dios con Dios. Y la gente de Dios no siempre actúa como debería hacerlo el pueblo de Dios.

El modo en que usted y yo manejemos el rechazo es crucial. Nuestra respuesta puede llevarnos a la sanidad . . . o a más dolor.

Entiendo perfectamente que si usted ha sido muy lastimado por la gente de Dios haya tomado la decisión de irse: alejarse no solo de la iglesia, de los cristianos, no solo de los que se hacen llamar por el nombre de Dios, sino de Dios. Yo también podría haberlo hecho. En vez de eso, Dios me encontró a mí—y me amó—en la periferia. ¿Por qué? Porque Dios no es elitista. Él no solo se relaciona con quienes parecen ser parte de un círculo íntimo, sino con aquellos a quienes se les ha hecho sentir que están afuera.

La Biblia está llena de historias de cómo el amor de Dios es suficientemente amplio, suficientemente profundo, suficientemente alto y suficientemente largo como para atraer a quienes son tratados como marginados. La historia de Agar es conmovedora.

Agar era una de las muchas jóvenes egipcias que servían en el palacio de faraón. La Biblia no nos dice si nació en esclavitud o si fue forzada a ello por el pago de una deuda o por alguna otra razón. La historia no nos da detalles, pero resulta seguro suponer que no era dueña de su propia vida. Era una esclava que vivía al arbitrio de faraón. No se necesita demasiada imaginación para suponer que su condición seguramente resultó en múltiples heridas de una forma o de otra.

Un día, faraón tomó una deslumbrantemente encantadora nueva esposa. Por todo el palacio se propagó la noticia de la exótica “princesa” de una tierra lejana que había llegado a Egipto con su hermano. La princesa, Saray, había sido rápidamente llevada por los funcionarios del gobierno como una

brillante adición a la colección de esposas del rey.¹

Este había quedado tan cautivado por su nueva esposa que colmó a su hermano, Abraham. Con regalos: “Gracias a ella trataron muy bien a Abram. Le dieron ovejas, vacas, esclavos y esclavas, asnos y asnas, y camellos”.² Y fue entonces cuando la vida de Agar dio un dramático giro, sin que ella pudiera decidir absolutamente nada. Fue arrancada de la oscuridad y colocada en el escenario mundial de la historia humana, porque fue uno de los regalos que faraón le dio a Abraham en agradecimiento.

Pero las cosas no eran lo que parecían. Abraham no era solo el medio hermano de Saray, también era su esposo.³ Y tenía una relación tan especial con el Dios vivo que el Señor consideraba como un trato hacia sí mismo la forma en que la gente tratara a Abraham y a su familia.⁴ Así que cuando Saray fue colocada en una situación vulnerable, comprometida y en peligro de ser deshonrada por un rey pagano, Dios intervino. Para proteger a Saray físicamente, así como para guardar su reputación, atacó a todos con graves enfermedades.⁵

Faraón unió las líneas de puntos entre las enfermedades, su nueva esposa, su hermano y un Dios enojado. Como resultado, el engaño de Abraham quedó expuesto. Fue reprendido públicamente por faraón, y expulsado de Egipto junto con Saray y todos sus bienes, que incluían a Agar.⁶

Agar se encontró súbitamente desarraigada de todo lo que había conocido. Pasó de vivir en un lujoso palacio—aunque ella solo residiera en las dependencias de servicio—a habitar en tiendas de pieles de animales con un pueblo nómada cuyo idioma no entendía, cuya comida le resultaba extraña, cuya ropa le parecía relativamente sencilla, y cuya forma de ser le era extraña. Su estatus posiblemente es revelado por su lugar en la lista de regalos entregados a Abraham: después de las ovejas, vacas y esclavos, y antes de los asnos y asnas, y camellos. Ella no parecía ser más que otra posesión de un extranjero. Agar era una marginada . . . una marginada para la cultura egipcia de su familia ya que ahora les pertenecía a Abraham y Saray, y ahora también una marginada para la casa de Abraham, ya que era egipcia. Era doblemente marginada, no pertenecía a ninguna parte.

¿Ha sentido alguna vez que no pertenece a ninguna parte? Quizás usted haya sido desplazado por un desastre natural, un divorcio, el desalojo de su vivienda, o el cese de un trabajo. Si está casado con alguien de diferente raza, o nacionalidad, o cultura, o lenguaje o estrato económico o nivel educativo,

quizás haya descubierto que de repente se encuentra viviendo en la periferia de su familia o amigos . . . o de la familia y amigos de su cónyuge. Por extraño, incómodo y solitario que pueda ser—tan impresionante como puede resultar que su mundo privado se dé vuelta completamente en un abrir y cerrar de ojos—no estoy segura de que sea el mismo dolor que encontrarse fuera de la iglesia por haber sido rechazado por la gente de Dios. De alguna manera, el hecho de que Dios esté dentro de la ecuación, hace que ese rechazo duela peor.

Al continuar nuestro viaje con Agar, descubriremos que sus heridas se incrementaron al incluir las infligidas por la gente de Dios. En su dolor, ella se comportó mal y se convirtió en una heridora. Como resultado, fue herida aún más profundamente, quedó atrapada en el círculo de dolor que envolvía a quienes la rodeaban, incluyendo a su propio hijo. Así que corrió hacia los más lejanos límites exteriores, corrió hacia la periferia.

Pero Dios amaba a Agar. Él ama a los que no pueden soportar más y huyen. De hecho, la Biblia está llena de historias de su amor por quienes son como Agar. Una de esas historias es la de Rajab.

Rajab era una prostituta cananita. Como tal, ella también era doblemente marginada. Como prostituta, vivía en la periferia del comportamiento aceptable, y como cananita, quedaba fuera del pueblo de Dios, los hijos de Israel. Era una candidata realmente poco probable a obtener la atención de Dios, mucho menos su amor redentor.

Su historia se encuentra en el Antiguo Testamento, en el libro de Josué.⁷ Y no se necesita mucha imaginación para concluir que Rajab había sido usada por y sufrido abuso de otros. De hecho, su cultura idealizaba los abusos, idolatraba la inmoralidad y literalmente adoraba la maldad y la perversidad. Sacrificios humanos y orgías eran parte de la expresión de su religión. Ni se pensaba en los sentimientos de las víctimas o en las consecuencias de satisfacer deseos animales.

Rajab indudablemente quedó atrapada en una vida que no quería. No pudo volver atrás, no hubo manera de desenmarañar los años de pecado y trauma en un esfuerzo por retomar la vida que había tenido antes de ser una prostituta. No podía ir hacia delante porque no había esperanza para su futuro. ¿Quién se preocuparía de ayudar a una prostituta? Y además, toda su familia era cananita. No conocía a nadie que pensara, viviera o sintiera de manera diferente. Lo único que podía hacer era sobrevivir un día a la vez,

tratando de ahogar el dolor de las heridas tanto antiguas como nuevas. Estaba atrapada en una vida de degradación sexual y humillación. Por dentro, debe haber estado llena de gritos silenciosos a cualquier dios que hubiera por allí que fuera real y que pudiera salvarla.

Ni se imaginaba Rajab que sí había, ciertamente, un Dios que era real y que había oído sus gritos inaudibles. En la omnisciente soberanía de Dios, el anhelo de salvación y libertad de Rajab coincidió con un suceso trascendental de la historia divina. Después de cuarenta años de peregrinaje, toda la nación de Israel, que contaba con varios millones de personas, estaba por fin preparada para entrar a la Tierra Prometida. Pronto, los israelitas poseerían la tierra que Dios les había prometido a Abraham, a Isaac y a Jacob. Lo único que interrumpía su avance era Jericó, una fortaleza enemiga que parecía impenetrable y que era la ciudad donde vivía Rajab.

Los que vivían dentro de las murallas fortificadas de Jericó habían oído del Dios de Israel: cómo había diezmado a Egipto con una serie de plagas y luego había destruido a su ejército de categoría mundial en un acto de poderío sobrenatural sin precedentes. Y también conocían otros milagros: Cómo Dios los había guiado por el desierto durante cuarenta años con una nube para protegerlos del calor del día y una columna de fuego para darles luz y calor durante la noche; cómo había saciado su sed dándoles agua de una roca; cómo los había alimentado cada mañana con el pan que aparecía en el suelo y cada tarde con las codornices que volaban a su campamento; cómo le había dado a Israel la victoria sobre los enemigos que trataron de frustrar su progreso. ¡Oh, sí! Los cananitas que vivían en Jericó, incluyendo a Rajab, habían escuchado sobre el Dios de Israel.⁸ Así que cuando se despertaron una mañana y vieron que se encontraban en la mira de Israel, se sintieron amedrentados y descorazonados.⁹ Su temor debe haberse intensificado hasta llegar casi a una parálisis cuando, en vez de atacar inmediatamente, los israelitas se limitaron a acampar fuera de los muros de la ciudad y esperar . . . *¿por qué?*

La Biblia nos dice que Josué, el líder de los israelitas, utilizó el tiempo de espera para enviar espías a Jericó. Debía querer obtener respuestas para una gran cantidad de preguntas logísticas: *¿Hay más de un muro? ¿Qué tan gruesos son los muros? ¿Cuántas entradas hay en los muros? ¿Cuántos hombres armados hay para defender la ciudad?* Pero cuando la historia se desarrolla, vemos que la evaluación militar resultó innecesaria. Dios tenía una

idea completamente diferente de cómo derribar la fortaleza enemiga y no tenía nada que ver con la estrategia militar, la cantidad de soldados enemigos, el acceso o la salida.

¿Pudo haber sido que Dios contuviera todo el avance israelita porque oyó el llanto de una persona? ¿Una cananita, no una israelita? ¿El llanto de una mujer, no de un hombre? ¿El llanto de una prostituta, no de una mujer honorable? Aunque ella vivía en la periferia del pueblo de Dios y era, incuestionablemente, una marginada, sin embargo Rajab tenía ojos para ver, oídos para oír, un corazón con esperanza, y la voluntad de entregarse a la misericordia de Dios. ¿Podrá haber sido que Dios, en respuesta al llanto de Rajab, pospusiera el avance de Israel a la Tierra Prometida por varios días para salvar *precisamente a una persona*?

Cuando los espías de Israel aparecieron en el burdel de Rajab buscando información, fue obvio que ella había estado en una búsqueda espiritual y había llegado a una inevitable conclusión: *El Dios de Israel es el único Dios verdadero.*¹⁰ Así que ella con valentía sacó un cordoncito de fe, y lo envolvió alrededor del carácter del Dios del cual había oído. Reuniendo coraje y sabiendo que esa era su única oportunidad de liberación, aprovechó para hacer un trato con los espías: salvaría sus vidas si ellos salvaban la suya. El deseo de ella era pertenecer al Dios de Israel. Me pregunto si habrá contenido la respiración mientras esperaba que ellos le respondieran. De haber sido así, no tuvo que esperar mucho tiempo. ¡Ellos estuvieron de acuerdo! Sus palabras fueron seguramente una respuesta del cielo al clamor de su corazón. Si los escondía y los ayudaba a escapar de la ciudad, ellos se encargarían de que ella y toda su casa estuvieran a salvo cuando Jericó fuera destruida.

Aproximadamente tres semanas después, los israelitas dejaron el campamento y avanzaron. Cuando los muros de Jericó cayeron en una espantosa nube de polvo y escombros, solo una sección permaneció en pie. Asentada en el tope de esa sección estaba la casa de Rajab, señalizada con un cordón rojo que colgaba de su ventana para que el ejército invasor israelita identificara el lugar. Ella había cumplido su parte del trato. Al contemplar la destrucción desde su precaria situación, debe de haber tenido un momento de puro pánico.

¿Cumplirían los espías lo que habían prometido? ¿Realmente se preocuparía su Dios de una prostituta cananita?

Imagino el terror de Rajab cuando sintió el estruendo como de un

terremoto cuando los muros cayeron y se vio rodeada de los terribles sonidos de la batalla, el choque de las armas y los ruidos de quienes estaban siendo asesinados en la ciudad, el grito insurgente de los soldados israelitas que avanzaban sobre la ciudad que ahora estaba expuesta, y luego el sonido de las pisadas de los soldados que retumbaban a su paso. Su puerta debe haberse abierto de golpe y los israelitas, cubiertos de polvo, gritaron: “Rajab, ¡estás a salvo! ¡El Dios de Israel nos ordenó salvarte a ti y a toda tu casa!”.¹¹ Entonces Rajab supo con seguridad: ¡Dios es real! ¡Y misericordioso! Y Él verdaderamente ama a los que están en la periferia.

Como Rajab, me pregunto si usted habrá sido considerado un marginado . . . en la periferia . . . por mucho tiempo. Quizás por generaciones su familia vivió separada del único Dios viviente, separada de la verdad, la verdadera bondad, justicia y santidad. Las heridas en realidad pueden ser un subproducto de la creencia de nuestra cultura . . .

No te enojas, véngate.

No te dejes pisotear por nadie.

Reclama tus derechos.

Mantente firme.

Lo que se siente bien, está bien.

Si funciona, hazlo.

La gente exitosa no falla.

Más dinero significa mayor felicidad.

Dile a la gente lo que quiere oír; no te preocupes por la verdad.

Date todos los gustos.

Si no pones tus intereses en primer lugar, ¿quién lo hará?

Como usted ha sido criado en esta cultura, ¿lo han atrapado estos valores distorsionados en un entorno similar a una fortaleza que sofoca su espíritu? Como Rajab, ¿se siente irremediabilmente atrapado detrás de las paredes y los muros del pecado que impactan . . .

sus recuerdos y su matrimonio;

sus hijos y su carrera;

su estilo de vida y su apariencia;
su cultura y sus elecciones;
su entorno y su entretenimiento;
su actitud y su ambición;
sus reacciones y su razonamiento . . . ?

¿Es el pecado una poderosa fortaleza cananita de la cual no puede escapar?
El pecado que lo ha separado de Dios y lo ha dejado fuera.

Mientras lee esto, si su corazón se acelera con el anhelo de una manera de vivir diferente, un anhelo de ser libre, de obtener la verdadera salvación del pecado, entonces lo invito a que clame al Dios de Rajab. Él es el mismo hoy que en el tiempo de Rajab. Tiene oídos para oír el sincero clamor de una persona, no importa quién sea usted o dónde esté ni cuánto hace que está allí. Use las palabras de la siguiente oración, si necesita ayuda para articular su clamor.

Querido Dios:

Estoy viviendo en propia versión de Jericó: me siento atrapado en una vida y en una cultura de pensamientos, acciones y patrones pecaminosos. Mi espíritu se asfixia. He sido tan profunda y continuamente herido que ya no sé lo que es vivir sin sentir dolor cada momento del día. Por favor, sálvame. Libérame. Estoy tan cansado de sufrir.

Confieso que algunas de las heridas me las inflingí yo mismo. Otras vinieron como consecuencia de cómo yo herí a otros. Soy un pecador, eso es lo que soy y lo que hago.¹² Peco. Y sé que estoy separado de ti. Estoy atrapado detrás de gruesas paredes que han sido levantadas a lo largo de semanas, meses, años, décadas y generaciones, y esos muros son barreras entre tú y yo.

Por favor, derriba esas paredes y perdóname por mi pecado. Sálvame. Libérame. Hazme libre. Quiero ser tuyo.

Creo que Jesús es tu Hijo. Lo enviaste a Jericó a abrir camino para mí, para que sea salvo. Creo que Él murió para hacerme libre. Ahora mismo, ¿me perdonas todos mis pecados por su amor?¹³ Creo que Jesús se levantó de entre los muertos para darme vida. Por favor, dame la libertad de la vida eterna, que sé que será una

morada eterna cuando muera.¹⁴ Pero también sé que entablo una relación personal contigo en este mismo momento.¹⁵

Elijo abandonar Jericó y mi antigua manera de vivir. Te invito a que entres a mi vida.¹⁶ Como los israelitas de la antigüedad, te seguiré a dondequiera que me guíes.¹⁷

Amén.

Escuche tranquilamente con los oídos de su corazón. ¿Puede oír el sonido de sus pies subiendo las escaleras hacia su vida . . . ? *¡Usted es salvo! El Dios de Rajab me ha ordenado que lo salve.¹⁸*

CAPÍTULO 2

La vida es difícil

*Todo el mundo
tiene alguna herida*



Abram se había hecho muy rico en ganado, plata y oro. Desde el Néguev, Abram regresó por etapas hasta Betel, es decir, hasta el lugar donde había acampado al principio, entre Betel y Hai. En ese lugar había erigido antes un altar, y allí invocó Abram el nombre del Señor.

También Lot, que iba acompañando a Abram, tenía rebaños, ganado y tiendas de campaña. La región donde estaban no daba abasto para mantener a los dos, porque tenían demasiado como para vivir juntos. Por eso comenzaron las fricciones entre los pastores de los rebaños de Abram y los que cuidaban los ganados de Lot. Además, los cananeos y los ferezeos también habitaban allí en aquel tiempo.

Así que Abram le dijo a Lot: “No debe haber pleitos entre nosotros, ni entre nuestros pastores, porque somos parientes. Allí tienes toda la tierra a tu disposición. Por favor, aléjate de mí. Si te vas a la izquierda, yo me iré a la derecha, y si te vas a la derecha, yo me iré a la izquierda”.

Lot levantó la vista y observó que todo el valle del Jordán, hasta Zoar, era tierra de regadío, como el jardín del Señor o como la tierra de Egipto. Así era antes de que el Señor destruyera a Sodoma y a Gomorra. Entonces Lot escogió para sí todo el valle del Jordán, y partió hacia el oriente. Fue así como Abram y Lot se separaron . . .

Después de que Lot se separó de Abram, el Señor le dijo: “Abram, levanta la vista desde el lugar donde estás, y mira hacia el norte y hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste. Yo te daré a ti y a tu descendencia, para siempre, toda la tierra que abarca tu mirada. Multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra. Si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tus descendientes. ¡Ve y recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo daré!”

Entonces Abram levantó su campamento y se fue a vivir cerca de Hebrón, junto al encinar de Mamré. Allí erigió un altar al Señor.

Génesis 13:2-11, 14-18

¿Cuándo comienzan las heridas? ¿Quién puede recordar la primera?
¿Quién puede asegurar no tener ninguna ¿ en la vida?

Entre mis más tempranos recuerdos de estar herida está una experiencia que tuve en la escuela primaria. Mi maestra de quinto grado era una misionera presbiteriana jubilada. Era lo que mi hermana menor y yo describíamos como una “solterona”. Lucía como un arquetipo de Hollywood —cabello canoso peinado hacia atrás en un rodete ajustado, rostro que parecía de granito con arrugas y esculpido con un gesto de reproche, boca apretada en una mueca constante, vista de lince que no se perdía nada—y no me quería. Su porte adusto, nuestro salón oscuro, y las clases que parecían alargarse eternamente eran una combinación mortal para una niña llena de energía. Así que de vez en cuando, un profundo y espontáneo suspiro se escapaba de mis labios. Una tarde ella me dijo con absoluta claridad, en términos nada inciertos que si suspiraba una vez más en clase, ¡me daría una bofetada! Inhalé profundamente, exhalé con suavidad, y, créame, lo hice muy silenciosamente. Mi madre jamás entendió por qué me resultaba tan difícil ver a los misioneros como los veía ella, como “la aristocracia del cielo”. Si eso hubiese sido cierto, yo suponía, me sentiría contenta de seguir siendo una campesina.

Al recordar mi niñez, es aleccionador meditar en el impacto que un adulto severo, poco atractivo, carente de amor y cruel puede tener sobre un niño. Especialmente si esa persona es alguien a quien se considera un cristiano maduro. Si las actitudes y el comportamiento de mi maestra de quinto grado no hubiesen estado compensados por mi madre, una mujer profundamente espiritual, cuya belleza, ingenio, gracia y compasión eran tan encantadoras, estoy segura de que nunca hubiera deseado llegar a ser una cristiana madura.

Pero la primera vez que recuerdo haber sido muy gravemente herida por quienes se daban en llamar cristianos fue en noveno grado. Mis padres me habían mandado a un internado donde también estudiaba mi hermana mayor.

Ella era prácticamente un emblema de la escuela; se sentaba en la mesa principal cuando comíamos, y la presentaban a todas y cada una de las visitas importantes, mientras yo era arrastrada hacia la periferia. Me criticaban y gritaban por razones que yo no entendía. Cuando desarrollé una estrecha amistad con otra estudiante como para protegerme de todo ese maltrato, la directora hasta me acusó de tener tendencias homosexuales. Yo ni siquiera sabía qué era un homosexual. Recuerdo haber buscado la palabra en el diccionario y seguir sin comprender lo que quería decir o cómo se podría aplicar a mí. Pero una cosa sí estaba clara. Definitivamente yo estaba fuera del círculo íntimo. A los tres meses, me habían reprendido por contestar a la directora, me había hecho cierta reputación de rebelde, y fui a parar a la enfermería con una enfermedad repetitiva. Aprendí de la manera difícil que las heridas que nos infligen, aunque solo sean producto de laceraciones verbales, pueden enfermarnos físicamente. Mi madre me sacó de la escuela por varios meses para que me recuperara en casa, pero luego me volvió a enviar para que terminara el año. Al final de ese primer año escolar, fui transferida de ese internado a la escuela secundaria pública de nuestro pueblo de montaña al oeste de Carolina del Norte, donde estuve mucho mejor.

Un par de años después, me interesé por ser modelo de moda, y mi madre me ayudó a conseguir algunos trabajos sencillos pero agradables cerca de Asheville. Por ende, comencé a usar maquillaje, me teñí el cabello y un domingo en la mañana tuve la audacia de usar un sombrero de hombre, como había visto en una modelo de la revista *Vogue*, para ir a la iglesia presbiteriana de la que éramos miembros en Montreat. Todavía recuerdo estar sentada en la cuarta fila con mi madre y mis hermanos, esperando a que comenzara el servicio. Observé cómo una distinguida dama anciana se levantó de su banca, caminó con fría formalidad hacia mi madre, y con una severa mirada pronunció un juicio sobre mí y sobre mi madre por permitirme usar ese sombrero de hombre, especialmente para ir a la iglesia. “Y, a propósito”, agregó, “quería hablar con usted, Ruth, por la forma en que permite que Anne se tiña el cabello y se maquille”. Mi madre sonrió, le agradeció a la señora su consejo, me guiñó el ojo y me dijo que yo era preciosa. Excepcional, pero preciosa.

Esta herida que puede parecer pequeña sucedió en la iglesia y fue la primera de una serie de heridas que he tenido que soportar hasta el día de hoy. Heridas infligidas por gente de la iglesia que pronunció juicios sobre mí, no por cómo lucía, sino por la manera en que yo hablaba . . . dónde hablaba .

. . y con quién hablaba.

Esas son solo algunas de mis primeras experiencias de sentirme dolorida y excluida por la gente de Dios. Con los años esas heridas pueden parecer más leves, pero las recuerdo vivamente por lo mucho que me dolieron en ese momento y porque fueron las primeras de muchas experiencias similares que vinieron después. Compartiré más historias a medida que desarrolle el libro. Pero a lo largo de todas estas experiencias dolorosas, Dios, en su infinita gracia, me ayudó a diferenciar a su pueblo de Él mismo. En cada experiencia dolorosa, me confrontaba una decisión: *¿Voy a rechazar a Dios porque fui rechazada por ellos?* En lugar de rumiar esa decisión en cada oportunidad en que era rechazada, hace años decidí que de una vez por todas me comprometía a vivir mi vida para Dios, más allá de la forma en que Él estuviera siendo representado por otros. En otras palabras, la forma en que los demás me traten no afectará mi relación con Dios, sino para acercarme más . . . fortalecer mi fe en Él . . . intensificar mi búsqueda de conocer más cómo es Él y no la deformada imagen de Dios que su pueblo refleja a veces. Fue una decisión que probó ser valiosa. Porque aunque protegida y cubierta de oración por mi familia, puedo decirle, sin entrar en detalles, que hubo heridas que se acumularon sobre heridas. Traición, adulterio, violación, alcoholismo, robo, adicción a las drogas, mentiras y otros actos de naturaleza pecaminosa se han manifestado en mi familia extendida.¹ Acciones motivadas por celos, ambición, orgullo, lujuria y avaricia—puro y simple pecado—dieron como resultado heridas que han infligido un daño incalculable sobre los heridos. ¿Lo sorprende esto? ¿Que la familia de un predicador incluya no solo personas profundamente heridas sino también heridores? Si, así es. Y esa es una de las razones por las que sé que el amor de Dios sana. Él puede redimir al herido. Y perdonar a los heridores.

Si pensamos en ello, ¿por qué mi familia habría de estar exenta de heridas? La Biblia dice que todos pecamos—que el corazón del hombre es engañoso y perverso—y que vivimos en un mundo caído.² Me atrevo a decir que todas las familias llevan heridas infligidas por otro, en mayor o menor grado. La vida familiar puede ser difícil.

Y la vida en “familia” era cada vez más difícil para Agar. Como esclava, las heridas se tejían en la propia trama su existencia. Cuando dejó Egipto, devastador como habrá sido para una muchacha joven, ¿me pregunto si al principio no lo habrá visto como una aventura! Puede haberse sentido llena

de entusiasmo al imaginarse explorando más allá de los muros del palacio y de las fronteras de Egipto. Puede haberse sentido emocionada al escapar de la autoridad de los funcionarios del palacio y del propio faraón, e ilusionada por servir a Sara, la princesa cuya belleza quitaba el aliento. Quizás a Agar le pareció, para su herida vida, el gran escape que soñaba pero creía que jamás iba a experimentar.

Al reflexionar sobre los primeros años de nuestras vidas, supongo que la mayoría de nosotros hemos tendido a mirar el mundo con ojos radiantes y ansiosos. Estábamos colmados de expectativas de aventuras y descubrimientos. Las posibilidades parecían ilimitadas para nuestra joven imaginación y nuestros sueños. Pero luego la realidad se impuso.

¿Cuándo lo golpeó a usted la vida real? Nuestros sueños pueden morir cuando nos encontramos como Agar, con todo en contra, tal vez por una familia disfuncional, un padre ausente, un hermano que nos atormentaba en un momento y nos abrazaba al siguiente, siendo abusado por algún amigo o miembro de la familia extensa. Quizás mientras crecía usted fue herido por . .

Haber tenido que trabajar muchas horas a temprana edad para ayudar económicamente a su familia, y por ello se le negó una niñez más inocente;

La amargura de un difícil divorcio de sus padres justo cuando usted más los necesitaba;

La inesperada muerte de un padre o hermano que lo dejó con un sentimiento de abandono . . . permanente;

El traslado de un sitio al otro porque uno de los padres insistía en buscar un mejor trabajo, o porque se mudaban a otra base militar;

Embarcarse en la aventura de una nueva carrera que resultó ser muy diferente a lo que usted había imaginado. Y muy desagradable.

¿Su gran oportunidad se convirtió en un inmenso fracaso? A veces, el gran escape de una herida pasada puede convertirse en algo peor, cuando descubrimos que las heridas no estaban solo afuera, sino en el interior. Así que sin importar a dónde vayamos, qué hagamos, o con quién estemos, llevamos esas heridas con nosotros.

La vida puede ser difícil, ¿no es cierto? Desde el momento en que dejamos la comodidad del útero materno y el médico o la partera golpean nuestras

nalguitas para hacernos llorar y que respiremos profundamente por primera vez, somos heridos. Todo aquel que haya vivido más de un día experimenta una variedad de heridas. ¡La vida duele! Porque es difícil.

La vida de Agar con Abraham y Sara puede no haber sido difícil al principio. Parece que ella vivió cómoda y felizmente en la casa de Abraham por unos diez años después de dejar Egipto. Quizás sintió que había dejado para siempre su antiguo y difícil modo de vida. Siendo tan joven, supongo que aprendió rápidamente su idioma, se habrá adaptado a su estilo de vida nómada, y se habrá acostumbrado a sus maneras sin dificultad. Si no hubiera encajado bien, Sara nunca hubiera pensado en recomendársela a Abraham, como veremos que hizo en el siguiente capítulo. Así que si bien Agar pudo haber sentido nostalgia de Egipto y todo lo que le resultaba familiar, no hay indicación de que así fuera. La impresión es que Agar debe haber adoptado su nuevo hogar, su nueva familia, su nuevo estilo de vida y su nuevo futuro sin resentimiento, sino con aceptación y flexibilidad.

Me pregunto qué pensó la primera vez que observó a Abraham construir un altar y lo oyó invocar el nombre de su Dios.³ ¿Le habrá pedido a él o a Sara o a alguno de los otros sirvientes una explicación? Seguramente le habrán respondido que Abraham estaba adorando al único Dios verdadero, el Dios Altísimo, Creador del cielo y de la tierra.⁴ Mientras ella hacía la limpieza después de la comida de la noche y atendía las necesidades de Sara, ¿le habrá explicado su señora cómo Dios le había hablado a Abraham cuando él estaba viviendo en Ur? Ese Dios le había dicho a Abraham que si lo seguía en una vida de fe y obediencia, sería bendecido para ser una bendición para el mundo.⁵ ¿Le habrá dicho Sara a Agar que un aspecto principal de la bendición de Dios para Abraham era la promesa de una “simiente”? ¿Un hijo?⁶ No era necesario que Sara le dijera a Agar que ella no había podido concebir esa simiente y dar a luz un niño. Eso habría sido obvio. No solo por el hecho de que no había hijo, sino por la mirada de dolor, de vacío en el rostro de Sara cuando hablaba de su anhelo . . . y de la promesa.

Los amos de Agar seguramente eran amables y buenos con ella, y ella debe de haber relacionado ese trato con su “Dios”. El contraste entre la forma en que ellos vivían y la forma en que vivían los cananeos que los rodeaban debe haber hecho que ella tomara a su Dios y su fe con seriedad. Con su trasfondo egipcio, Agar debe de haberse dado cuenta de cómo eran los cananeos . . . obscenos, pornográficos, egoístas, egocéntricos, codiciosos, crueles, pero

ricos y atractivos. Aunque no eran tan sofisticados como los egipcios, los cananeos tenían mucho en común con la cultura en la cual ella se había criado. Pero la familia de Abraham era diferente.

Ella había sido testigo de primera mano de la diferencia cuando se desató la pelea entre los sirvientes de Abraham y los de su sobrino, Lot.⁷ Abraham inmediatamente actuó para disolver la tensión, mientras que Lot utilizó la crisis para su propio beneficio, buscando la tierra con mejores pasturas para sus rebaños y manadas. Lot se fue con lo que parecía ser todo, y dejó a Abraham viviendo en una tienda bajo los árboles. Lo que debe haber maravillado a Agar y provocado su reticente admiración fue que en vez de estar amargado, Abraham parecía contento. A diferencia de los cananeos y los egipcios, él no defendió sus derechos, ni hizo ostentación de su posición, ni peleó para obtener más posesiones, ni hizo uso de su poder para forzar a los otros a que hicieran lo que él quería. Él parecía soltarlo todo y confiar en que Dios le daría lo que a la larga sería mejor. Abraham parecía estar viviendo para algo más grande . . . mucho . . . mayor que el aquí y el ahora. Eso la intrigaba. Agar debe de haberse ido dando cuenta de a poco de que no era *algo* lo más grande. Sino *Alguien*. Agar debe haberse ido dando cuenta de que la diferencia en la vida de Abraham era su Dios.

Con el correr de los años, me pregunto si Agar habrá comenzado a sentir afecto por Abraham y su familia. ¿Habrá comenzado a desear que las oraciones de ellos fueran contestadas? ¿La confianza que Abraham tenía en la promesa de Dios habrá sido derramada sobre Agar de manera que ella ansiara el día en que él y Sara tuvieran un hijo? Durante el período de diez años en que les sirvió después de haber dejado Egipto, ella se debe haber acomodado y debe haber empezado a respetarlos, a confiar y a preocuparse por ellos.

La larga relación de Agar con Abraham y con Sara debe haber hecho que su herida fuera aún más angustiosa. Porque aunque todos nosotros experimentamos golpes y magullones a lo largo de nuestras vidas . . . injusticia . . . arbitrariedad . . . crueldad . . . maldad . . . La historia de Agar no trata de esa clase de heridas. Su historia trata de heridas que fueron infligidas por aquellos con quienes ella una vez se sintió segura y de quienes menos esperaría que la hirieran. Heridas infligidas por los que ella amaba, respetaba y en quienes confiaba. Agar fue herida por gente de Dios.

Si usted también ha sido herido por gente de Dios . . . herido por aquellos con quienes una vez se sintió seguro y de quienes menos hubiera esperado

que fueran sus heridores . . . herido por aquellos a quienes amaba, respetaba y en quienes confiaba . . . entonces entiende que el dolor no es algo que se pueda superar fácil ni rápidamente. En realidad, usted y yo podemos acarrear esas heridas hasta que ellas comienzan a girar en un ciclo de dolor, y nosotros, a nuestro turno, nos convertimos en heridores.

CAPÍTULO 3

El ciclo del dolor

Los heridos se convierten en heridores



Saray, la esposa de Abram, no le había dado hijos. Pero como tenía una esclava egipcia llamada Agar, Saray le dijo a Abram: “El Señor me ha hecho estéril. Por lo tanto, ve y acuéstate con mi esclava Agar. Tal vez por medio de ella podré tener hijos.

Abram aceptó la propuesta que le hizo Saray. Entonces ella tomó a Agar, la esclava egipcia, y se la entregó a Abram como mujer. Esto ocurrió cuando ya hacía diez años que Abram vivía en Canaán. Abram tuvo relaciones con Agar, y ella concibió un hijo.

Al darse cuenta Agar de que estaba embarazada, comenzó a mirar con desprecio a su dueña. Entonces Saray le dijo a Abram: “¡Tú tienes la culpa de mi afrenta! Yo puse a mi esclava en tus brazos, y ahora que se ve embarazada me mira con desprecio. ¡Que el Señor juzgue entre tú y yo!”

“Tu esclava está en tus manos” contestó Abram; “haz con ella lo que bien te parezca. Y de tal manera comenzó Saray a maltratar a Agar . . .

Génesis 16:1-6

Durante el verano en que cumplí diecisiete años, nuestro amado pastor animó enfáticamente a mis padres a que me mandaran a un instituto para un entrenamiento de dos semanas para líderes cristianos. Estaba ubicado en las montañas de un estado del oeste espectacularmente bello. Cuando mis padres aceptaron el consejo y me enviaron, yo estuve entusiasmada por ir. Me encontré sumergida en todo tipo de talleres, plenarias y reuniones opcionales. Después de años en una escuela pública, ansiaba obtener entrenamiento y estaba entusiasmada por los amigos que podría hacer entre personas que pensarán como yo. Amigos que también quisieran crecer en su relación con Dios y que tuvieran pasión por darlo a conocer a otros. Con el correr de los días, me torné cada vez más escéptica sobre aquello a lo que estaba siendo expuesta, no porque hubiera algo no bíblico, sino por la desconexión que veía entre lo que enseñaban y el comportamiento que observaba en los maestros.

Una de las sesiones fue conducida por una hermosa pareja; estaban comprometidos para casarse y acababan de pasar el fin de semana juntos en la costa. Los ojos de la joven brillaban mientras me contaba los momentos de intimidad que habían tenido en aquella casa en la playa. Otras sesiones fueron dirigidas por personas que decían todas las palabras correctas, pero cuyas conversaciones fuera de las sesiones formales me sonaron orgullosas, autopromociándose y con pretensiones de superioridad moral. Cuando no pude conciliar lo que los líderes enseñaban con cómo vivían, perdí interés en el entrenamiento. Resulté no ser la única.

Rápidamente formé un grupo de amigos que estaban igualmente desencantados, y comenzamos a escaparnos durante las clases vespertinas para divertirnos en un centro turístico cercano. Como me había salteado algunas clases, el último día del instituto fui cuestionada por una de las jóvenes con quienes había compartido una *suite* en el hotel donde nos hospedábamos. Ella me expresó la desaprobación colectiva de las otras chicas, todas las cuales sentían que yo no había cumplido con las expectativas

que ellas tenían sobre una hija de Billy Graham. Luego, llorando, me informó que todo el grupo estaba orando por mí porque era tan “carnal”. Yo no estaba segura de qué significaba ser carnal, pero si era ser diferente a las sentenciosas muchachas de mi *suite*, ¡así era como quería ser!

Las expectativas que me había formado sobre el instituto, el liderazgo y los amigos que había esperado hacer se habían desmoronado con el correr de los días. Aún hoy recuerdo el dolor de la desilusión y la decepción por la falta de auténtica vida y amor cristiano que observé. Me pregunto si Agar habrá tenido una similar dosis de realidad.

Agar no tenía manera de saber que estaba entrando en una familia lastimada. Para tener una familia herida, es lógico pensar que hay alguien que inflige ese dolor. Un “heridor”. Abraham, el amigo de Dios, el patriarca fundador del pueblo de Israel, el padre de la fe, no solo era él mismo un heridor, sino que también estaba casado con otra. Sara era una mujer dolorida cuya herida la llevó a herir a otros.

Abraham y Sara se amaban verdaderamente, pero no tenían hijos. Durante muchos años llevaron el dolor que solo conocen las parejas que no pueden tener hijos. Abraham quería desesperadamente tener un hijo, alguien a quien dejarle todo lo que había aprendido y todo lo que poseía. Sara también quería un hijo desesperadamente, no solo para sentirse plena, sino para aplacar la vergüenza que significaba la esterilidad en su cultura. Además de sus propias razones para tener un niño, ella sin duda deseaba darle a su amado esposo el hijo que él tanto anhelaba. Para la época en que Abraham y Sara adquirieron a Agar, el dolor de la infertilidad ya había sentado las bases para un devastador ciclo de heridas.

Me pregunto . . . ¿cuándo se le habrá empezado a ocurrir a Sara la ingeniosa solución para el dolor de sus vidas? Quizás cuanto más lo pensaba, más lógico le parecía. Ella sabía que Dios le había prometido a Abraham un hijo, pero Dios no había dicho que el hijo sería también de ella. Quizás, solo quizás, Dios estaba esperando que ella hiciera algo. Seguramente, pensó, de todos modos Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. Y como ella ya había pasado la edad para concebir—lo que en su mente representaba que el niño que Dios le había prometido a Abraham no podría ser su hijo biológico—quizás podría haber otra solución. Una salida para su dolor. Una forma de satisfacer el sueño de toda su vida y al mismo tiempo obtener lo que Dios había prometido: un hijo.

¿Cuál fue la solución de Sara? ¡Una madre sustituta! Debe haberle parecido una idea brillante. Quizás ella incluso se preguntó por qué no lo había pensado antes. Todos sus vecinos seguían la costumbre aceptada en ese tiempo de utilizar una sierva para tener un hijo cuando no podían concebir, así como hoy muchas parejas usan una madre sustituta para tener un niño. Así que el corazón de Sara se debe haber acelerado, y sus ojos deben haber brillado con ansias mientras se acercaba a Abraham para compartirle su propuesta: “El Señor me ha hecho estéril. Por lo tanto, ve y acuéstate con mi esclava Agar. Tal vez por medio de ella podré tener hijos”.¹ Y fue entonces cuando el ciclo de dolor dio su siguiente giro, porque “Abraham aceptó la propuesta que le hizo Sara . . . Abraham tuvo relaciones con Agar, y ella concibió un hijo”.²

Ni Abraham ni Sara consultaron a Dios. Muy en su interior, ellos deben haber sabido lo que Dios diría sobre esta solución adúltera. Aunque utilizar una madre sustituta para tener hijos haya sido una práctica común entre sus pares, la Palabra de Dios había establecido claramente desde el principio que el matrimonio es entre un hombre y una mujer.³ Aunque la Biblia no condena a Abraham y Sara por lo que hicieron, deja que la historia se desarrolle, para mostrarnos que salirnos de los principios de Dios nunca es la solución para un problema. En realidad lo empeora. En este caso, aunque ellos pueden haber conseguido algún temporario alivio de su dolor, esto complicó sus vidas mucho más. En un corto período la casa que había estado llena de amor y paz, comenzaron a resonar voces enfadadas. Las relaciones se tensaron hasta resquebrajarse. Más heridas formaban capas sobre las previas. Y ninguno de ellos consideraba cómo podría todo esto lastimar a Agar. ¿Cómo se habrá sentido ella al ser utilizada como la madre sustituta del hijo de Abraham? Se producen tantas heridas sin siquiera pensar, ¿no es cierto? Nunca pecamos contra nosotros mismos. El pecado invariablemente incluye a otros, y generalmente afecta a quienes están más cerca de nosotros.

Cuando Agar quedó embarazada, quizás al principio no se notaban sus heridas. Al ser quien ahora esperaba al bebé de Abraham, su posición en la casa debe haberse elevado considerablemente. ¡Pero entonces . . . ! ¿Habrá llegado a la asombrosa conclusión de que sería ella, y no Sara, la que le daría a este gran hombre lo que siempre había soñado . . . un hijo? Ese pensamiento debe haberse disparado en su mente . . . ¡Oh, mi Dios, llevo el Hijo de la promesa! ¿Habrá comenzado a pensar que ahora ella tenía un valor

excepcional en la casa? Un valor que podría intercambiar por un mejor trato. Una posición más elevada. Una tienda más lujosa. Esclavas de su propiedad. ¿Su crianza egipcia habrá emergido en su actitud y se habrá vuelto arrogante y egocéntrica? ¿Su tono de voz habrá mostrado desdén cuando le hablaba a Sara? ¿Alzaría las cejas, la miraría por encima del hombro, le tiraría el pelo, trataría a su señora como si fuera una inferior molesta? ¿Ya no sería rápida para servir, sino lenta y resentida porque se le seguía pidiendo que hiciera cosas? Como fuera que Agar haya expresado su actitud de superioridad, sabemos que la felicidad por su embarazo fue de corta duración, porque “Al darse cuenta Agar de que estaba embarazada, comenzó a mirar con desprecio a su dueña”.⁴ Agar obviamente creía que su capacidad de concebir la hacía de alguna manera mejor que Sara.

La arrogancia de Agar y su vientre en crecimiento deben haber sido como sal derramada en las profundas heridas en carne viva del tierno corazón de Sara. El bebé podría pertenecerle legalmente a ella, porque Agar era su esclava, pero ese niño nunca sería verdaderamente suyo. Sara seguía siendo estéril y estaba profundamente herida. En su dolor, y con comprensible indignación, atacó a Abraham, quien se abatió ante la ira de su esposa. Y a continuación ella atacó a Agar.⁵

Las personas heridas pueden convertirse muy pronto en heridoras, ¿no es cierto? Aprendí esta lección de una forma muy impresionante cuando era una niña. Cuando mi hermana mayor dejó de vivir en casa y se fue a estudiar, heredé a Cedric, su caniche toy plateado, y nos volvimos inseparables. Cedric dormía conmigo a la noche, se quedaba a mi lado cada minuto del día, se sentaba a mi lado cuando comíamos, me acompañaba hasta la puerta a la mañana cuando me iba a la escuela, y me esperaba en la puerta para recibirme cuando regresaba a la tarde. ¡Yo amaba a ese perrito!

Una tarde, el asistente de mi padre, Doug, vino para llevarme a una entrevista. Corrí hacia la puerta y entré al auto de un salto, pero me olvidé de dejar a Cedric a resguardo dentro de la casa antes de salir. Cuando comenzamos a bajar la empinada curva de ese camino de montaña miré por la ventana ¡y vi horrorizada que Cedric corría hacia mí! Le pedí a Doug que detuviera el auto para llevar a Cedric a casa, pero él creyó que yendo más rápido podría dejarlo atrás. En cuestión de segundos escuché el temido golpe debajo del auto y supe que acabábamos de atropellar a mi amiguito. Doug detuvo el auto y yo salté. Efectivamente, Cedric yacía hecho un bollito en la

calle. Corrí hacia él para tomarlo en mis brazos, solo para echarme luego hacia atrás dolorida y confundida cuando con ferocidad me hundió sus dientes en la mano, hasta el hueso. Y no me soltaba. Tuve que sacudirlo para que me soltara la mano. Ahora los dos estábamos heridos y sangrando. ¡Cedric estaba lloriqueando y yo sollozando!

Envolví su pequeño cuerpo partido en mi chaqueta, alejándome con cuidado de sus dientes, mientras lo llevábamos al veterinario. Más tarde, con mi herida ya curada y un vendaje, le pregunté a mi madre por qué Cedric se había vuelto contra mí. “Anne”, respondió ella, “Cedric estaba dolido. Y cuando los animales sienten dolor, debes ser muy cuidadosa al acercarte a ellos porque su dolor puede hacer que ataquen a ciegas”.

Nunca olvidé esa lección. Los animales heridos, ya sean de cuatro patas o de dos, pueden convertirse en heridores cuando sienten dolor. Afortunadamente, como Cedric, nosotros también podemos recuperarnos de las “mordidas” causadas por el dolor encefalico. Aunque mi amiguito terminó por sucumbir un año después del accidente por complicaciones de las heridas internas, siguió siendo leal y amoroso conmigo hasta el día de su muerte.

Quizás el ejemplo más extremo y literal de un herido que se convierte en heridor sean las personas que se automutilan, en un comportamiento que se conoce como *cutting*. Las personas que sufren este desorden se cortan a sí mismas regularmente en un intento por liberar sentimientos reprimidos como enojo, temor, vergüenza, culpa o ansiedad. Usan el dolor físico para descargar dolor emocional. Entre las personas más prominentes que han luchado públicamente con el *cutting* estaba la princesa Diana. En una entrevista de la BBC, ella reconoció haberse cortado con un rebanador de limón dentado, un cuchillo de cocina y con hojas de afeitar. Al explicar qué la llevo a ella y a otras personas a lastimarse a sí mismas, dijo: “Tienes tanto dolor adentro tuyo que tratas de lastimarte por fuera porque quieres ayuda”.

La gente herida hiere a otros. Y a menudo el que parece recibir más “cortes” es la persona que más ataca. Alimentan su dolor, su rabia, su amargura, su frustración, su falta de perdón o su resentimiento hasta que esas emociones se convierten en sus amos y ellos se vuelven sus esclavos. Son dominados por lo que Jesús describió como: “enojo sin causa”;⁶ el enojo puede estallar en una furia ciega que no tiene nada que ver con la persona que está cerca, sino que es ira reprimida hirviendo por dentro. Aunque esa

erupción puede traer un alivio temporario al dolor, la triste verdad es que “cortarse” no los ayuda a sentirse mejor por mucho tiempo. De hecho, pueden caer en otro tipo de “cutting”: la autoflagelación por su comportamiento incontrolable. Al toquetear la costra de una herida física, reviven una y otra vez las situaciones que les resultaban dolorosas, sostienen conversaciones imaginarias que parecen no terminar nunca, y viven con el sentimiento de culpa que acompaña a su herida, deseando desesperadamente tener una segunda oportunidad.

Cuando somos heridos debemos tener mucho cuidado de lo que suceda después. Como en el período subsiguiente somos vulnerables, el enemigo de nuestras almas procurará usarnos para lastimar a otros. ¡Atención!

No hay duda de que Sara estaba dolida. Y al recibir una herida sobre otra, respondió rápidamente convirtiéndose en heridora.

¿Se identifica con la princesa Diana o con Sara? ¿Ha intentado liberar su dolor con más dolor? No funciona, ¿no es cierto? Herir a otro, a lo sumo, libera algo de dolor solo temporalmente. Quizás se sienta bien por un momento, unas horas o días, pero después en realidad magnifica y perpetúa el dolor. Hace que el ciclo siga girando en círculos cada vez más amplios que pueden llegar a impactar a generaciones futuras. Así que ¿cuál es la alternativa que honra a Dios?

Muchos años después de Abraham, Sara y Agar, la Biblia nos habla de otra mujer que padeció el mismo profundo dolor que Sara había sufrido. Como ella, era estéril. Y también como Sara, había sido lastimada profunda y repetidamente en la misma herida. Su nombre era Ana.

Ana era la segunda esposa de Elcana. Su Agar, o antagonista, era Penina, la primera esposa de su esposo, quien ridiculizaba despiadadamente a Ana por no poder concebir y tener un hijo. “Penina, su rival, solía atormentarla para que se enojara, ya que el Señor la había hecho estéril. Cada año, cuando iban a la casa del Señor, sucedía lo mismo: Penina la atormentaba, hasta que Ana se ponía a llorar y ni comer quería”. Deprimida y prácticamente paralizada, Ana se describió como “una mujer angustiada”.⁷ Su dolor era obvio, ¿pero cómo le respondió a Penina? ¿Contraatacó? ¿La atacó al menos verbalmente? ¿Atacó o culpó a Elcana por permitir que esto sucediera en su casa?

No. Nada de eso. La forma en que Ana lidió con su dolor contrasta totalmente con la forma en que lo hizo Sara. La reacción de Ana nos da una

hermosa y conmovedora imagen de una respuesta alternativa a una herida, que está disponible para todos los hijos de Dios.

Ana oró. En sus propias palabras, explicó: “Estaba derramando mi alma ante el Señor . . . he estado orando aquí debido a mi gran angustia y dolor”.⁸ Ana se negó a convertirse en una heridora. El ciclo de dolor se detuvo cuando ella decidió orar en vez de responder. Oró hasta que sintió la confirmación de que Dios había oído su oración. Cuando sintió esa confirmación, inmediatamente se levantó de su depresión y “se despidió y se fue a comer. Desde ese momento, su semblante cambió”.⁹

En vez de experimentar otro giro en el ciclo de dolor, ¡Ana fue bendecida más allá de lo imaginable! Dios respondió milagrosamente su oración y le dio no solo un hijo muy especial, Samuel, sino que abrió su útero para que pudiera tener tres hijos más y dos hijas.¹⁰ La negativa de Ana a ser una heridora dio como resultado gozo y deleite, y en última instancia, honor para ella, no solo ante los ojos de su esposo, amigos y las generaciones futuras, sino a los ojos de Penina, su rival y atormentadora.¹¹

Cuando usted está herido, especialmente cuando la herida es infligida en un lugar de su corazón que ya está sensible, ¿qué diferencia a largo plazo haría si elige responder como lo hizo Ana? Sé que si Sara hubiese escogido orar en lugar de contraatacar, no solo hubiera evitado el ciclo de dolor en su propia familia, sino que quizás hubiera alcanzado la bendición suprema que Dios había reservado para ella mucho antes de lo que hizo. Como resultado de tomar el asunto en sus propias manos, en realidad ella retrasó trece años la suprema bendición de Dios de dar a luz su propio hijo.

Sara eligió responder al ser herida convirtiéndose en una heridora cuando la arrogancia y la insolencia de Agar desencadenaron la avalancha de furia que brotó de su corazón. Ella enterró a Abraham en un tsunami emocional que hizo que bajara los brazos y renunciara a toda responsabilidad: “Haz con ella lo que bien te parezca”.¹² Y se fue.

Sara obviamente pensó que lo mejor era herir a Agar tan profundamente como la otra la había herido a ella: “De tal manera comenzó Sara a maltratar a Agar”.¹³ Aunque la Biblia no nos dice cómo maltrataba Sara a Agar, podemos imaginarlo fácilmente. ¿La habrá insultado verbalmente, menospreciándola, diciéndole que nunca valdría algo? ¿Sara le habrá pegado a Agar o la habrá confinado a vivir en los cuartos de servicio a pan y agua? ¿Habría contraatacado forzando a Agar a limpiar los establos de los camellos

además de sus habituales tareas domésticas? Aunque solo podemos suponer qué es lo que realmente sucedió entre ellas, sí sabemos que Sara, elogiada en el Nuevo Testamento por haber sido una ejemplar mujer de fe, hirió a Agar.

Antes de que levantemos las cejas y juzguemos a Sara, ¿cuántos de nosotros, querido lector, hemos herido a alguien? Es triste admitirlo, y nos da vergüenza, pero hasta los que consideraríamos ejemplares hombres y mujeres de fe, hieren a otros. Yo lo sé.

Hace varios años, una querida amiga invirtió su tiempo y energía para recibirme en varios eventos ministeriales estratégicos en su ciudad. Hizo un trabajo maravilloso no solo organizando su comunidad para que cada evento estuviera lleno en toda su capacidad con hombres y mujeres entusiastas, sino también presentándolos ella misma. Dirigió las reuniones con gracia y aplomo, expresando claramente que nuestro objetivo era animar los corazones del pueblo de Dios. Cuando hacía los necesarios anuncios al público, también promocionó mis productos, que estaban sobre una mesa al fondo del salón. Yo entendía que su razonamiento era que cada producto que se estaba ofreciendo serviría para ayudar a quienes lo comprarán para profundizar en la Palabra de Dios. Aunque no tenía ninguna duda de que su motivación era sana, sentí que podría haber sido malinterpretada por algunos que podrían haber pensado que estábamos usando esas reuniones para hacer dinero con mis productos. Así que cuando subí al púlpito, intenté aclarar lo que ella había dicho. Pero lo manejé muy mal. Al tratar de ser sensible a la audiencia, fui insensible con mi querida amiga cuando resté importancia a los productos, diciendo que no eran tan importantes como profundizar en la Palabra de Dios por uno mismo. La forma en que lo dije sonó como una corrección.

No fue sino al final de ese día, cuando habíamos completado nuestras actividades ministeriales, que me di cuenta de cuán herida estaba mi amiga. Temprano, a la mañana siguiente, la llamé y le pregunté si podía ir a verla. Ella accedió. Cuando entré a su oficina, vi el dolor en sus ojos y la mirada abatida en su rostro. Sabía que la única razón por la que podría haberla herido hasta ese punto era porque ella me amaba y me respetaba. Suspiré profundamente, tragué saliva, y le dije cuánto lo sentía. Para mi sorpresa, ella no aceptó fácilmente mis disculpas. Inmediatamente, aprendí una dura lección. A algunas personas puede no resultarles sencillo ni rápido superar las heridas. Puede ser difícil hacer a un lado las heridas solo porque el heridor dice: “Lo siento”. Pero yo persistí, desesperada por reconquistar la cálida

relación que había significado tanto para mí. Así que le expliqué en detalle lo que yo había dicho y ella me explicó cómo lo percibió. Le expliqué por qué lo dije y escuché su contraataque sobre por qué no debería haberlo dicho. Al final, todo lo que pude hacer fue decir que lo sentía. Y era verdad. Todo lo que ella pudo decir era que me perdonaba. Y era verdad. Y seguimos adelante. Seguimos siendo muy buenas amigas hasta hoy.

Me pregunto qué diferencia hubiese habido si Sara simplemente hubiera dicho que lo sentía. O si Agar lo hubiera dicho. ¿Qué diferencia hubiera habido si se hubiesen tomado el tiempo de hablar las cosas y explicar cómo cada una hirió a la otra? Pero no lo hicieron. Ninguna pidió perdón. Aunque le pueda haber producido alguna satisfacción temporaria o incluso placer a Sara golpear a Agar, el ciclo del dolor comenzó a girar en su familia y en la de Agar, y sigue girando hasta hoy. El conflicto contemporáneo entre el estado judío de Israel y los vecinos árabes que lo rodean, que resulta en repetidas heridas físicas, emocionales, políticas y psicológicas, puede ser rastreado hasta el comienzo de este ciclo. ¡Eso se suma a más de cuatro mil años y a billones de heridas no contadas!

Las heridas pueden ser contagiosas. Una herida se puede dividir y multiplicar como si fuera una célula, hasta que la familia entera elige su bando, pelea, demanda, deja de hablar con el otro. ¿Describe eso a su familia? ¿O a la familia de su cónyuge? Cuánto sufrimiento podemos infligirnos unos a otros. Y las familias constituyen naciones que hasta toman las armas y van a la guerra por . . . ¿qué? Heridas. Y las heridas de represalias de generaciones pasadas que se han transmitido hasta convertirse en conflictos regionales parecen no tener una solución pacífica ni diplomática, porque las partes en conflicto solo quieren hacerse daño la una a la otra.

Los ejemplos vienen rápidamente a la mente, ¿no es cierto? El conflicto de los Balcanes; el conflicto que se sigue desarrollando en el Oriente Medio; la hostilidad generacional que ha existido entre Rusia y sus vecinos, entre Irán e Irak, entre Japón y China, entre los hutus y los tutsis en Ruanda, entre los musulmanes sunitas y los chiítas, entre los afroamericanos y los angloamericanos, solo por nombrar algunos; todos pueden ser rastreados hasta heridas y lastimaduras y generaciones enteras que adoptaron el grito de guerra. Sería seguro suponer que algunas de esas personas que siguen peleando hoy no saben por qué están peleando o cómo ni cuándo comenzó el conflicto. Solo están sumidos en el odio que nació mucho antes de que ellos viniesen al mundo. Son enseñados por sus padres, abuelos, hermanos, líderes

políticos e instituciones religiosas a odiar . . . solo porque sí.

¿Se detendría el contagioso círculo del dolor en su vida, o en su familia, o en la iglesia, si usted fuera la primera persona que extendiera la mano, se rindiese, dijera que lo siente, o al menos entablara una conversación sobre el origen de las heridas? Nunca sabrá la diferencia que eso podría lograr hasta que lo haga.

CAPÍTULO 4

El creyente en el exilio

Huyendo de los heridores



Y de tal manera comenzó Saray a maltratar a Agar, que ésta huyó al desierto.

Génesis 16:6

Una de las experiencias más difíciles que sufrimos mi esposo, Danny, y yo ocurrió en la iglesia que ayudamos a plantar. Después de cuatro años de reunirse con un grupo de hombres a orar regularmente por el liderazgo y la bendición de Dios, Danny se les unió y lo incorporaron al cuerpo de la iglesia. Danny servía como anciano y como maestro de escuela dominical para adultos. Una vez que la iglesia estuvo establecida, los ancianos hicieron entrevistas y llamaron a un joven profesor de seminario llamado Steve para que sirviera como pastor principal. Él aceptó el llamado, y todos estuvieron encantados. Tenía pasión por la Palabra de Dios y por traer a la gente a la salvación por medio del evangelio. Su prédica era sólida, su conducta era confiable y la iglesia empezó a crecer. Por unos tres meses.

Luego Steve sufrió un terrible accidente de motocicleta que lo dejó en el hospital durante semanas. Fue entonces cuando comenzó la campaña de rumores, instigada por quienes habían decidido que Steve no era el pastor que habían previsto para la iglesia. Utilizaron su ausencia para fomentar la insatisfacción: *¿Te gusta cómo predica Steve? ¿No te parece que sus mensajes son un poco difíciles de entender? ¿No te parece que le faltó el tema principal del capítulo tal y tal?*

Al escuchar lo que los miembros estaban diciendo y lo que mi esposo me contaba que se hablaba a puertas cerradas en las reuniones de ancianos, supe que se estaba impulsando el despido de este joven pastor. La sorprendente razón de que todos esos rumores fueran tan efectivos era que sus principales instigadores eran dos prominentes maestros de Biblia de la iglesia. Tuvieron éxito al sembrar dudas y descontento sobre Steve en los corazones y las mentes de muchos, porque la gente confiaba en ellos y los amaba.

Lo que siguió fueron meses de casi diarias reuniones nocturnas de ancianos que funcionaron más como un juicio solapado que como un grupo de hombres fieles buscando la voluntad de Dios. Cuando mi esposo resistió los esfuerzos para sacar a Steve del liderazgo, a la esposa de un prominente

anciano se le asignó que nos hiciera una visita a domicilio. Lloró mientras trataba de convencernos de que Steve no era la persona correcta para ese puesto y que por lo tanto debía ser removido. Nuestra respuesta fue que la iglesia había llamado a Steve, y que a menos que hubiera una razón moral, ética o teológica para removerlo, lo seguiríamos apoyando. Ella no estuvo de acuerdo, y le pedimos que se retirara de nuestro hogar.

Al final, con mi esposo como el único anciano que se mantuvo firme junto al joven pastor herido, Steve fue forzado a renunciar.

Aunque la gente que asistía a la iglesia eran buenas personas, no sabían lo que había sucedido a puertas cerradas. La partida de Steve se presentó públicamente como un deseo de su parte de volver a enseñar en el seminario a tiempo completo. La cena de despedida fue acompañada por alabanza y oraciones y una generosa indemnización. El encubrimiento funcionó para la congregación, que no tenía razón alguna para creer otra cosa. Simplemente parecía estar agradecida de que el pastor que les habían hecho creer que no era la elección de Dios para su iglesia se estuviera yendo por su propia voluntad.

Cuando Steve se fue, Danny y yo también nos fuimos. Durante un año no asistimos a la iglesia. Una vez más, nos encontramos fuera. La primera vez había sido años atrás cuando el liderazgo de Danny fue rechazado por el aplauso de la congregación. Esta vez fue porque sentimos que teníamos que respaldar a Steve y tomar una posición por lo que creíamos que era correcto, ético, bíblico y cristiano. Yo no estaba amargada, enojada ni quería venganza. Solo tenía el corazón destrozado. Escribí una carta a cada uno de los siete ancianos de la iglesia explicándoles nuestra postura y pidiéndoles reconciliación. Nunca recibí ni una sola respuesta. De manera que simplemente elegimos separarnos. Nos convertimos en creyentes en el exilio.

¿Usted también está en el exilio? ¿Ha sido rechazado o no aceptado? ¿Desairado o calumniado? ¿Defraudado o traicionado? ¿Demonizado o divorciado? ¿Abandonado o acusado? ¿Pasado por alto o empujado? ¡Herido!
¡Por gente de Dios!

Como consecuencia, ¿simplemente se fue? ¿Dejó la iglesia, una organización o denominación religiosa, una relación, una familia, un ministerio o un trabajo? ¿Está huyendo de los heridores hasta llegar a exiliarse? Si es así, yo lo entiendo.

Como resultado de nuestra propia experiencia de ser creyentes en el exilio,

he estado atenta a otros que se encuentran en una situación similar. Una de esas personas llamó mi atención como una dotada maestra de la Biblia, criada en la iglesia porque su padre era el pastor, pero que ahora no pertenece a ninguna iglesia. Sustituyó la iglesia por un pequeño grupo que se reúne en varias casas. Otro creyente en el exilio es un muy conocido autor cristiano que no asiste regularmente a la iglesia sino que flota de un círculo de amigos cristianos a otro. Cuando le compartí el tema de este libro, me confirmó la necesidad de que lo escribiera. Me contó que muchos de sus amigos están en la misma situación que él. Son cristianos comprometidos, pero han sido tan quemados por las iglesias organizadas que ya no se sienten cómodos en ellas. Están en el exilio.

Mientras trabajaba en este libro, fui a visitar a mi padre. Había preparado una cena para él, y como suele hacer después de cenar, me invitó a compartir un devocional con él y con otras personas que estaban en la casa. Leí la Biblia y luego abrí el tiempo de debate.

Una amorosa joven hizo algunos comentarios que me llevaron a preguntarle: “¿A qué iglesia vas?” Parpadeó, y supe que estaba mirando a una persona que había sido herida. Ella nos contó que junto con su esposo habían participado activamente en su iglesia. Enseñaban a los jóvenes, conducían retiros, se convirtieron en muy buenos amigos del pastor y de su esposa, y se los incluyó entre el personal de la iglesia. Luego su esposo la abandonó súbitamente. Simplemente se fue. Cuando compartía su historia, no era el recuerdo de haber sido abandonada lo que hacía que se le cayeran las lágrimas, sino el hecho de que nadie del personal de la iglesia, ni del cuerpo le extendió la mano. Nadie la llamó, se le acercó, le alcanzó una nota, o simplemente le preguntó cómo estaba. Nadie.

“Así que no voy más a la iglesia”, susurró.

Se convirtió en una creyente en el exilio.

¿Qué lo impulsó a usted al exilio? ¿Quién lo hirió? ¿Fue un compañero que lo amonestó? ¿Alguien de su familia política que lo ridiculizó? ¿Un cónyuge que abusó de usted? ¿Un jefe que lo humilló? ¿Un niño que lo desobedeció? ¿O _____? Llene el espacio vacío.

¿Y aquellos que podrían haberlo ayudado se sintieron tan intimidados o fueron tan indiferentes que simplemente bajaron los brazos y se fueron, dejándolo indefenso—así como Agar se sintió indefensa ante Abraham? ¿Cómo lo hizo sentir eso?

No hace mucho, una bella señora mayor me describió una experiencia de indefensión. Unos doctores le dieron un diagnóstico errado de adicción a medicamentos y la encerraron en un hospital psiquiátrico para forzarla a dejar esos medicamentos, y lo hicieron con el consentimiento de su esposo. Dos días después, los mismos doctores la dejaron ir porque identificaron la verdadera causa de su enfermedad. No era una adicción a medicamentos. Mientras ella contaba su experiencia traumática de ser mal diagnosticada e internada contra su voluntad, se le iba la voz por la emoción al compartir: — Y mi esposo estaba allí, y lo permitió—.

¿Ha sido herido mientras alguien que podría haber intervenido para evitarlo no lo hizo? ¿Un hermano le robó la herencia de uno de sus padres mientras el otro lo permitió para evitar la confrontación? ¿Algún miembro del personal de la iglesia lo sacó de las responsabilidades del ministerio voluntario mientras su pastor principal decía que no podía invalidar la cadena de mando de la iglesia? ¿Un compañero de trabajo le robó el crédito de su proyecto mientras que el gerente mantuvo silencio para evitar el conflicto? ¿Su excónyuge lo maltrató verbalmente mientras su cónyuge actual dijo que no era correcto que él o ella interviniera? ¿Duele, no es cierto?

Cuando nuestro único y amado hijo atravesaba el trauma y el dolor de un divorcio, en varias ocasiones sus emociones recrudecieron mucho y se volvió inestable. Había sido profundamente herido, y en su dolor él atacaba. En una ocasión en particular, la casa retumbaba con el sonido de las airadas palabras dirigidas especialmente contra mí. Mi esposo, su padre, presencié esa explosión, pero se quedó allí sentado, en silencio, todo el tiempo. Luego se puso de pie y se fue de la habitación. En ese momento, no tuve respaldo alguno, nadie que me defendiera, nadie que me protegiera. Y me dolió.

Aunque todo padre experimenta esos momentos en que el otro no interviene y queda solo para lidiar con la situación que sea, igual duele, ¿no es cierto? Todo lo que yo podía hacer era clamar a Dios.

Al reflexionar sobre otras veces en que he sido herida y maltratada o en que quedé indefensa, debo admitir que no siempre oré primero. Mis respuestas han cubierto casi todo el espectro. He orado, también he llorado. Traté de devolver el golpe. He afilado la espada de mi lengua y devuelto el ataque tan ferozmente como lo había recibido. Me he quedado sin palabras. He hablado con suavidad. He hablado enérgicamente en mi propia defensa. He pedido perdón inmediatamente. Y ha habido ocasiones en que intenté por

todos los medios apartarme de la situación y luego hice lo posible por evitar a la persona, que es una forma de huir. ¿Cómo ha respondido usted a su dolor? En ocasiones, huir parece el único recurso de autoprotección.

Agar respondió a la herida huyendo. Cuando Abraham le dio a Sara permiso para que hiciera lo que quisiera con la esclava y se fue con aparente indiferencia, Agar debe haber sentido como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Y por eso no es de sorprender que huyera.

Agar también respondió con lo que estoy segura que consideró defensa propia: una dosis enorme de autocompasión al huir. Ella debe de haberse visto como una víctima, una esclava forzada a hacer lo que Abraham y Sara le ordenaron que hiciera. Cuando Abraham la dejó a expensas de la misericordia de Sara, Agar debe haber pensado: *No me voy a quedar a soportar esto. Los paganos en Egipto me trataban mejor que estos que se hacen llamar “gente de Dios”. Volveré a Egipto.* Así que Agar, embarazada del hijo de Abraham, huyó. Pero al huir del dolor y la humillación, también huyó de la gente de Dios, de la presencia de Dios y de sus promesas. Y me pregunto . . . ¿estaría huyendo también de Dios? Porque si Sara era el reflejo de lo que Dios es, de alguna manera, es comprensible que Agar hubiera decidido que nunca querría conocerlo.

Sean cuales fueren las circunstancias de su herida, no cometa el error de Agar. No culpe a Dios por el comportamiento de la gente que lo hirió. Entiendo el deseo desesperado de huir de *ellos*, pero no de *Él*. Además, huir nunca resuelve nada, ¿no es cierto? Solo retrasa el trato con la situación o con quien quiera que sea de quien se esté huyendo.

Aunque sea autodestructivo, muchas otras personas heridas parecen imitar la decisión de Agar de huir al exilio. Recientemente, leí un artículo sobre una novelista de las más exitosas, Anne Rice.¹ Ella había llegado a la fe en una conversión de la que se habla mucho y que describe en su libro *Called Out of Darkness: A Spiritual Confession* (La llamada de la oscuridad: Una confesión espiritual). El artículo incluía esta cita de la página de Facebook de la autora:

Para aquellos a quienes les importe, y entiendo si a usted no le importa, hoy dejo de ser cristiana, estoy fuera. Sigo comprometida con Cristo, como siempre, pero no sigo siendo “cristiana” o siendo parte de la cristiandad . . . Me resulta simplemente imposible “pertenecer” a un grupo pendenciero, hostil, discutidor y con

merecida mala fama. Durante diez años lo intenté. Fallé. Estoy fuera. Mi conciencia no me permite hacer otra cosa.

Si las palabras de Anne Rice me resultan desgarradoras, y lo son, puedo imaginar cómo sus palabras y su decisión habrán afligido al Dios de Agar. Sinceramente oro que Dios encuentre a la señora Rice en el exilio. Allí es donde encontró a Agar. Dios se interesó por Agar, y se interesa por Anne Rice. Dios se interesa en quienes huyen del dolor. Huyen del problema. Huyen de la gente de Dios. Huyen de los heridores. Y sí, Dios se interesa por usted. Aunque usted esté huyendo de Él.

CAPÍTULO 5

Dios nos cuida

Usted no se puede escapar de Dios



*Allí, junto a un manantial que está en el camino a la región de Sur,
la encontró el ángel del SEÑOR y le preguntó: “Agar . . . ”*

Génesis 16:7-8

En el capítulo anterior he descrito la situación de la iglesia que nos envió al exilio a mi marido y a mí. Pero permítame continuar la historia, porque a pesar de que nos “escapamos” de la iglesia, no podíamos escaparnos de Dios.

El mismo día en que mi esposo y yo salimos de la iglesia, sonó el teléfono. Un joven pastor llamado Marc nos llamaba desde un estado lejano. Había sido amigo de nuestros hijos cuando estuvieron juntos en la universidad, había estado en nuestra casa, y había llegado a ser nuestro amigo. No habíamos oído hablar de él en años, así que su llamada fue una deleitosa sorpresa. Después de ponerse al día con las noticias personales, Marc le dijo a Danny el propósito de su llamada. Quería hablarnos de un buen amigo suyo llamado Scott que había servido como pasante en la misma iglesia grande en la cual Marc integraba el equipo pastoral. Describió a Scott como un predicador talentoso que tenía pasión por el evangelismo y quería plantar una iglesia en nuestra área. Marc, que no sabía nada de nuestra situación respecto a la iglesia, le preguntó a Danny si estaría dispuesto a llevar a Scott a recorrer nuestra comunidad. Para mi gran sorpresa, Danny estuvo de acuerdo.

Después de cuarenta años de practicar la odontología en nuestra ciudad y cuarenta y cinco años de ser parte de varias grandes organizaciones paraeclesológicas, mi marido conocía a casi todo cristiano de influencia en nuestra área. Así que, aunque me alegré de que él le abriera puertas al joven pastor y le presentara a algunas personas clave, yo no quería participar en ello. Lo último que deseaba era complicarme en la plantación de otra iglesia, por lo que me mantendría apartada de Scott.

Pero cuanto más tiempo pasaba Danny con Scott, y cuanto más escuchaba lo que Scott tenía en el corazón y su visión, más se iba emocionando con ayudarlo a iniciar una iglesia, y más escéptica me sentía yo. Por último, sentí que no tenía otra opción. Estuve de acuerdo en conocer a Scott, su esposa, y su hija recién nacida, pero tenía toda la intención de acallar el entusiasmo de mi marido. Durante el almuerzo, le formulé a Scott, algunas preguntas

bastante definidas: ¿Cuál había sido su experiencia de conversión? ¿Cuál fue la última vez en que dirigió personalmente a alguien a la fe en Jesucristo? ¿Por qué quería plantar una iglesia en nuestra área? ¿Qué esperaba lograr en una región donde hay una iglesia en cada esquina? ¿Qué tendría de singular la iglesia que quería empezar?

Scott respondió con humildad, decisión, confianza, claridad de visión y propósito, y cuanto más hablaba, más me daba cuenta de que la mano de Dios estaba sobre su vida. Al final de esa primera conversación, mi ojos fueron abiertos a algo que yo creía que Dios estaba haciendo, y mi resistencia se derritió. Estuve de acuerdo con Danny en hacer lo que pudiéramos para ayudar a Scott. Un año después del día en que salimos hacia el exilio, Danny y yo regresamos. Volvimos a la comunión de la iglesia con aquellos que no son perfectos pero se han comprometido a conectar a la gente con Jesús para que sus vidas cambien. Como Dios cuida de nosotros, nos sacó del exilio.

Aunque Agar no se diera cuenta, Dios también la estaba cuidando mientras ella huía de sus heridores. Imagino que debe de haberse sentido sola, confundida, asustada y enojada mientras sus pies con sandalias se movían rápidamente sobre el terreno áspero y rocoso que desembocaba en un desierto sin fin. Supongo que mentalmente repetía una y otra vez la escena con Sara. Quizás hasta tuvo con ella una confrontación imaginaria: *¿Quién te crees que eres? Tu nombre puede significar “princesa”, pero no eres más que una amargada vieja estéril. En cuanto a dormir con tu marido, ¿crees que me gustó siquiera un poco? Solo estaba cumpliendo mi deber. Ahora estoy llevando a su hijo, que es más de lo que tú puedes decir. Y será mejor que no me sigas o correré y correré y seguiré corriendo hasta que esté tan lejos que nunca me encontrarán. Y el viejo nunca tendrá su bebé.*

Una razón por la cual creo que Agar pudo haber sostenido una confrontación imaginaria con Sara es que suelo ensayar conversaciones imaginarias con mis heridores, afilando mis palabras como cuchillos de pedernal hasta que no solo son fuertes, sino que me parecen brillantes. Por supuesto, como mis palabras se hacen más agudas, me voy sintiendo enojada y más justificada para autocompadecerme o tramar la venganza. Aunque nunca digo las palabras en voz alta, ellas destruyen mi paz interior, ya que me mantienen concentrada en “ellos”, y en lo que me hicieron.

En lugar de mantener una conversación imaginaria conmigo misma, me hubiera servido más derramarle mi corazón a Dios en oración. Sin embargo,

he descubierto que aunque puedo tener una interminable cantidad de palabras de enojo para una conversación mental unilateral, me encuentro con una deplorable falta de palabras para orar. Cuando me sucede esto y lucho por hallar palabras, suelo recurrir a las oraciones de David en los Salmos y las utilizo como si fueran mías. Por ejemplo:

Atiende, SEÑOR, a mis palabras; toma en cuenta mis gemidos.

Escucha mis súplicas, rey mío y Dios mío, porque a ti elevo mi plegaria.

Por la mañana, SEÑOR, escuchas mi clamor; por la mañana te presento mis ruegos, y quedo a la espera de tu respuesta . . .

No hay lugar en tu presencia para los altivos, pues aborreces a los malhechores.

Tú destruyes a los mentirosos

SEÑOR, por causa de mis enemigos, dirígeme en tu justicia; empareja delante de mí tu senda.

En sus palabras no hay sinceridad . . . Que caigan por sus propias intrigas . . .

Pero que se alegren todos los que en ti buscan refugio; que canten siempre jubilosos

Extiende tu protección, y que en ti se regocijen todos los que aman tu

nombre.

Porque tú, SEÑOR, bendices a los justos; cual escudo los rodeas con tu buena voluntad.¹

La honestidad de David en sus oraciones resuena en mi corazón. Con frecuencia empieza a orar quejándose, gritando, expresando ira hacia sus enemigos, pero invariablemente termina su oración alabando a Dios. Usted casi puede identificar el lugar donde su enfoque cambia de “ellos” a “Él”.

Sé por experiencia lo que David sabía. La oración puede ayudarlo a curar su herida. Puede quitarle el aguijón. Una razón para ello es que puede ayudarlo a poner la herida en perspectiva. Cuando me concentro en Dios y quién es Él, mis heridores no parecen tan intimidantes y de alguna manera mi dolor se hace más pequeño. Así que ¿me permite alentarlo? Ponga freno a

cualquier flujo mental de conversaciones que pueda estar manteniendo con quienes lo hirieron. Si no lo hace, y esas palabras afiladas atraviesan precipitadamente la carretera de su viaje de sanidad, su corazón herido y su vida van a terminar siendo algo así como salpicaduras de animales atropellados en la ruta. Usted retrasará, y tal vez hasta impedirá, la sanidad que Dios quiere darle. Y aunque el daño pueda no ser evidente para cualquier otra persona, usted perderá la bendición y el propósito que Dios tiene para su vida.

Tal vez usted no esté sosteniendo conversaciones imaginarias—enfrentamientos mentales unilaterales con sus heridores. Sin embargo, quizás está teniendo conversaciones *reales* . . . pero con otros, no con quienes lo hirieron. Tal vez usted ha atraído a gente que también ha sido herida. A medida que abre repetidamente sus heridas a oídos compasivos, comienza a sentirse no solo apoyado y alentado, sino también justificado en el endurecimiento de su corazón. Es como si su deterioro en una persona amargada, enojada, no fuera solamente algo de lo cual puede culpar al heridor, sino también un medio de venganza. Quiere que otros sepan cuán mala ha sido esa persona, mostrándoles cuán destrozado está usted. Esto me recuerda un viejo dicho: “La amargura es como beber veneno esperando que la otra persona se enferme”.

¿A quién ha invitado a “beber el veneno” con usted? ¿Cuán larga es la lista de invitados a su festín de autocompasión? ¿Está reuniendo una audiencia para que escuche sus quejas airadas, sea testigo de sus lágrimas calientes y eso le suscite la misma indignación que usted siente por el ofensor? Desafortunadamente, los festines de autocompasión nunca resultan en auténtico beneficio o bendición, sino que solo amplían, profundizan e intensifican la herida al exponerla repetidamente. Este tipo de discusiones con otros, como mínimo, lo mantendrá concentrado en sus heridas en lugar de concentrarse en su Sanador.

Sin duda Agar no estaba concentrada en su Sanador. Ella estaba escapando. Y estaba escapando por “el camino de Sur”.² Ese era el camino hacia Egipto. Agar estaba volviendo. Volvía a la casa de su madre. Volvía a casa con los familiares paganos de Egipto. Volvía a la casa a la que había pertenecido. Me recuerda al apóstol Pedro, que volvió a su anterior vida de pescador después de haber fracasado rotundamente como discípulo cuando negó a su Señor.³

Cuando fracasamos al tratar de hacer lo correcto, o vivir de la manera correcta, o decir las palabras correctas, o ser la persona correcta, o entrar en la comunión correcta, solemos querer desistir y decir: “No puedo hacerlo. Volveré a la vida que conozco”. La familiaridad con una antigua manera de vivir, o antiguos amigos, o hábitos anteriores parece ser confortable cuando somos heridos o rechazados por la gente de Dios. El “mundo” de Egipto parece ser más seguro que la “iglesia” de la tienda de Abraham. Pero volver solo aumentará nuestra desdicha, ¿no es cierto? No podemos volver. No realmente. Porque podemos recordar lo que era estar en la presencia de Dios y ser parte de su familia con un objetivo de vida mayor que el mero vivir para nosotros mismos. Sin embargo, nos encontramos en un círculo vicioso. En realidad no queremos volver a nuestro antiguo modo de vivir, pero sentimos que tampoco encajamos con la gente de Dios. Es por eso que el propio Dios tiene que aparecer.

Fue en este penoso momento del camino del Sur, cuando Agar no solo estaba escapando, sino que huía hacia atrás, cuando Dios se presentó y le enseñó una profunda lección de vida: *Aunque escapes de los heridores, no podrás escaparte de Dios.*

Mientras corría, el corazón debe haber estado saliéndosele del pecho. Su respiración debe de haberse convertido en jadeos superficiales, ya sea por el esfuerzo físico o por el pánico que seguramente experimentó cuando “el ángel del Señor encontró a Agar cerca de un manantial en el desierto”.⁴

¡Dios se apareció! Agar no estaba sola, después de todo. Él estaba allí. Justo allí. Porque Dios nos cuida. Fue a ella como “el ángel del Señor”, una misteriosa descripción de Él cuando de tiempo en tiempo aparece de pronto, inesperadamente, y al parecer de la nada, en el Antiguo Testamento. Dios fue descrito como el Ángel del Señor cuando luchó con Jacob junto al río Jaboc, dejándolo bendecido y cojo.⁵ Fue descrito de manera similar cuando confrontó a Josué fuera de Jericó, le dijo que se quitara los zapatos porque estaba en tierra santa, y luego le indicó cómo vencer la fortaleza enemiga.⁶ Se le apareció a Gedeón de esta manera, nombrándolo libertador de su pueblo cuando él se escondía de los madianitas en el lagar.⁷ Una y otra vez aparece esta fascinante figura en toda la historia de Israel. Los estudiosos coinciden en que el Ángel del Señor es una “teofanía”, o una aparición del Hijo de Dios preencarnado. Sorprendentemente, ¡Él es Jesús antes de Belén! ¿Quién puede entender la magnificencia de la gracia de Dios en que la primera vez que

encontramos al Hijo de Dios visible está aquí, en la fuente junto a la carretera de Sur, revelándose Él mismo . . .

a una mujer no a un hombre;
a una sirvienta, no a un guerrero;
a una egipcia, no a un descendiente de Abraham;
a una pecadora, no a un santo;
a una esclava, no a un rey;
a una extraña, no a un iniciado.

Qué inmerecida, compasiva intervención del Creador en la vida de una mujer herida. Él deliberadamente la buscó y la encontró ¡mientras ella estaba huyendo!

¿Por qué? ¿Por qué fue Dios tras Agar? ¿Por qué no la dejó correr, morir en el desierto, tener un oportuno aborto involuntario, o volver a Egipto donde nunca se hubiera vuelto a oír de ella? Tener a Agar fuera de escena habría resuelto muchos problemas en el hogar de Abraham. Entonces, ¿por qué Dios no la despidió simplemente, como Abraham lo había hecho?

La respuesta increíblemente maravillosa, asombrosa, es ¡porque Dios amó a Agar! Dios sintió su dolor a pesar de que fue provocado por su propia arrogancia. Tanto se preocupó Él por las heridas infligidas a una sierva egipcia embarazada que dejó su trono del cielo y corrió tras ella, la buscó precisamente en el desierto. Así como Dios eligió a Abraham como aquel único por quien Él bendeciría al mundo, Agar representaba el mundo que Él quería bendecir.

¡Dios amaba a Agar tanto como amaba a Abraham!

Esta es una verdad para envolver alrededor de su corazón y de su mente, sobre todo en un mundo que a veces piensa que Dios cuida más de . . .

los judíos que de los musulmanes,
los blancos que de los negros,
los que van a la iglesia que de los no creyentes,
los incluidos que los excluidos,
los hombres que de las mujeres,
los ricos que de los pobres,
los adultos que de los niños,
los religiosos que de los ateos;

que Él nos cuida más a *nosotros* que a *ellos*.

Dios nos cuida a cada uno de nosotros y a todos nosotros: ¡punto! Y porque Él realmente lo ama—realmente cuida de usted—usted y yo podemos escapar, pero no podemos *escaparnos* de Él.

Cuando Agar se arrodilló para tomar un refrescante sorbo de la fuente, oyó un sonido. Puede haberle llevado algunos minutos aquietar el golpeteo de su corazón y ordenar sus pensamientos dispersos para poder escuchar realmente. Debe haber sido un sonido más hermoso que el gorgoteo del agua, más claro que el canto de un pájaro, más suave que el viento del desierto, más tierno que la voz de su madre.

Mirando en dirección al sonido, sus ojos deben haberse entrecerrado por la fuerte y deslumbrante luz del sol, tratando de enfocar a través de sus lágrimas al que le estaba hablando. Entonces lo vio. Una figura misteriosa que la miraba con una compasión que alcanza hacia atrás hasta antes de la fundación del mundo, y alcanza hacia adelante todo el camino hasta la cruz, alcanza hacia arriba todo el camino al cielo, y la alcanza hacia abajo a ella—ahí mismo—en la carretera del desierto que llevaba a Egipto.

Él le estaba hablando a ella, llamándola por su nombre. *Agar . . .*

Y la pequeña y herida sirvienta fugitiva, con lágrimas que le corrían por la cara sucia, su corazón que seguía bombeando furiosamente, su aliento que jadeaba, se encontró con el que ve y busca a los que están huyendo. Ella conoció al maravilloso Dios que David adoró y al que David oró:

¿A dónde podría alejarme de tu Espíritu?

¿A dónde podría huir de tu presencia?

Si subiera al cielo, allí estás tú;

si tendiera mi lecho en el fondo del abismo, también estás allí.

Si me elevara sobre las alas del alba,

o me estableciera en los extremos del mar,

aun allí tu mano me guiaría,

¡me sostendría tu mano derecha!⁸

Esté usted donde esté, sea quien sea, el Dios de David—el Dios de Agar—está ahí. Si usted puede aplacar el golpeteo de su corazón, aquietar sus pensamientos frenéticos, silenciar esas conversaciones imaginarias, escuchar cuidadosamente con los oídos de su espíritu, comenzará a oír su voz. Creo que lo puedo escuchar en este mismo momento, llamándolo a usted por su

nombre . . .

CAPÍTULO 6

Puntos ciegos espirituales

Usted se está perdiendo lo obvio



Y le preguntó: Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas? Estoy huyendo de mi dueña Saray respondió ella.

Vuelve junto a ella y sométete a su autoridad le dijo el ángel. De tal manera multiplicaré tu descendencia, que no se podrá contar.

Como el Señor le había hablado, Agar le puso por nombre “El Dios que me ve”, pues se decía: “Ahora he visto al que me ve”. Por eso también el pozo que está entre Cades y Béred se conoce con el nombre de “Pozo del Viviente que me ve”.

Agar le dio a Abram un hijo, a quien Abram llamó Ismael. Abram tenía ochenta y seis años cuando nació Ismael.

Génesis 16:8-10, 13-16

Mis dos padres han sufrido de degeneración macular, una enfermedad que empaña la visión, causando un punto ciego. Mi madre solía mirarme con su característico parpadeo y exclamar: “Anne, no puedo ver tu cara. Todo lo que puedo ver es un punto blanco enmarcado por cabello”. ¡Al final, ni siquiera podía ver mi cabello! Y a pesar de los modernos tratamientos médicos, como frecuentes inyecciones aplicadas directamente en los ojos, mi padre ha perdido la capacidad de enfocar. Ya no puede leer la Biblia o los diarios que siguen llegando a su casa. Su maravilloso equipo de personal ha improvisado instalando un gran televisor de pantalla plana a tres pies de donde él suele sentarse, pero sigue teniendo dificultades para ver la imagen. Una de las cosas que más disfruto cuando lo visito es ver la televisión con él, explicándole lo que veo. O leerle los titulares de los periódicos, comentando lo que leo y preguntarle qué piensa. Usted no puede imaginar lo difícil que es para mi padre, cuya mente está todavía alerta y activa, tener puntos ciegos que le impiden ver con claridad.

Después de haber sido testigo cercana de los efectos de esta enfermedad, la veo como la perfecta metáfora de la condición espiritual de Agar cuando huyó de Abraham y Sara. Ella sufría de un importante punto ciego, una especie de degeneración macular espiritual. Había algunas cosas que simplemente no podía ver con claridad. Así que el Ángel del Señor la interrogó amablemente. No para informarse, porque Él ya sabía lo que le había pasado. Interrogó a Agar para su propio beneficio, para ayudarla a enfocarse. Quería que Agar hablara las cosas con Él porque ella podía estar pensando que era solamente una víctima, que no era responsable de lo que había pasado. Que el desastre en que estaba era culpa de otra persona. Ella podía haberse enfocado amargamente en *ellos*—la gente de Dios que la había agraviado—y seguir estando ciega a sus propias fallas.

El Ángel del Señor sondeó suavemente su ceguera: “Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas?”¹ Leyendo entre líneas, puedo

imaginar un montón de preguntas adicionales: *Agar, ¿puedes hablar conmigo por un momento de lo que estás haciendo y a dónde perteneces? Eres esclava de Saray, ¿no crees que le perteneces a ella? ¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer con tu vida y a donde quieres ir? ¿Es esto realmente sabio? ¿Te hará feliz este curso de acción? Agar, sé que has sido profundamente lastimada por gente que se llama por mi nombre. Los estás rechazando. ¿También me estás rechazando a mí? Vamos a pensar en esto con cuidado. Juntos.*

Cuando estamos heridos, usted y yo también necesitamos pensar las cosas con mucho cuidado. ¿Podría ser que la herida que hemos recibido fuera respuesta a heridas que hemos infligido? Sería beneficioso hablar de las cosas con Dios, ya que, si usted es como yo, puede desarrollar fácilmente degeneración macular espiritual. Cuando me siento herida, me resulta mucho más fácil concentrarme en las faltas de otros. Parece ser una reacción casi instintiva a las heridas y un conveniente mecanismo de defensa: *No soy yo. ¡Son ellos! E incluso si se tratara de mí, lo que les hice no fue tan doloroso como lo que me hicieron. ¡Así que siguen siendo ellos!*

Como Agar, necesitamos ayuda para enfocarnos en nosotros mismos. Así que he parafraseado las preguntas que el Ángel del Señor usó para probar su corazón, para hacerlas más pertinentes y personales para nosotros. Considere en oración responderlas una por una . . .

- ¿Dónde está usted en su viaje de sanidad?
- ¿Se acuerda de cómo era su vida antes de que lo hirieran?
- ¿Cómo llegó a este lugar?
- ¿Cómo la forma en que está reaccionando hoy lo va a ayudar mañana?
- ¿Quiere que su vida se caracterice por el resultado de mantenerse centrado en “ellos”, mientras sigue siendo ciego a su propio orgullo, arrogancia, ira, resentimiento, insultos, pullas vengativas, planes de venganza o chismes viciosos disfrazados de peticiones de oración?
- Esas actitudes ¿están trabajando para usted y haciéndolo feliz?
- ¿Le darán una temporal sensación de satisfacción para luego desintegrarse en un mayor deseo de venganza? ¿Y mayor miseria?
- ¿Para qué está viviendo? En vez de vivir su vida para la gloria de Dios, ¿se siente atraído por el deseo de vengarse, reivindicar sus acciones, demostrar que otro está errado, justificar su opinión, exponer a la otra persona, estorbarle el camino?
- Considere cuidadosamente . . . ¿alguno de estos deseos en verdad

honra a Dios?

- ¿Cuándo fue la última vez que puso su cabeza en la almohada consciente de que la dulce paz y el gozo de Dios inundaban su corazón? Si no lo puede recordar, ¿no sería tiempo de poner atención a considerar la parte que le cupo en el daño?

Algunas de esas preguntas hieren. Lo sé porque me las he formulado a mí misma antes de compartirlas con usted. Puede parecer menos incómodo mantener los ojos cerrados cuando la luz de la verdad revela nuestros puntos ciegos que abrir los ojos y permitir que la luz penetre en los huecos profundos de nuestro corazón, donde rara vez miramos. Se necesita valor para soportar ese tipo de dolor, y solo tenemos que abrir nuestros ojos.

Agar no abrió los ojos. Su respuesta a las preguntas del Señor, aunque sincera, revela que seguía estando fuera de foco. Su atención parecía estar más en Sara que en sí misma: “Estoy huyendo de mi dueña Saray”.² Casi puedo oír el subtexto implícito detrás de sus palabras: *No es mi culpa. Saray es la causa de esto. Ella me hizo daño.*

Aunque ignorando su propio pecado de arrogancia, me pregunto si entonces la vida de Agar pasó como flashes por los ojos de su mente mientras se entregaba a un festín de autocompasión en gran escala. ¿Aparecerían todas las viejas heridas como forúnculos en su corazón? Cómo el faraón la había entregado como esclava a Abraham y Sara; cómo se había sentido asustada y sola en el desierto cananeo; cómo había intentado, pero al parecer fallado, complacer a Sara o encajar en su nueva vida; lo injusto que era que ella nunca podría tener su propio marido e hijos; cómo le había sido robada su inocencia cuando Sara la mandó a dormir con Abraham; lo surrealista que había sido descubrir que esperaba un bebé de él; cómo ella había aprovechado la situación, sabiendo que esperaba alpreciado heredero de Abraham; cómo había despreciado a Sara y se había rebelado contra ella por obligarla a la maternidad antes de poder ser una esposa; cómo Abraham, después de embarazarla, le había mostrado tanta indiferencia y mirado hacia otro lado cuando Sara abusaba de ella; cómo Sara la había despojado de sus privilegios, dándole una palmada, y enviándola de vuelta a las dependencias del servicio.

Estoy segura de que, cuanto más pensaba en eso, más borrosa se hacía su visión. Revivir lo que Sara le había hecho mantenía a Agar ciega a lo que ella le había hecho a Sara.

¿También sus ojos espirituales están fuertemente apretados mientras usted revive una y otra vez las acciones o palabras que lo han herido? El recuerdo de una expectativa imposible o una expresión irritante, una decisión injusta o una demanda irrazonable, una injusticia o un insulto, una herida o un error, pueden volver a traer a nuestra mente otro y otro hasta que nos estemos ahogando en un repugnante montón de fealdad que nos endurece el corazón y amarga nuestro espíritu y nos impide ver lo obvio: nuestras propias faltas y pecados.

Es a la vez interesante y triste pensar lo fácil que es cómo usted y yo podemos ver las faltas de otros, mientras que nos absolvemos a nosotros mismos de responsabilidad por lo que nuestras acciones o palabras puedan haber provocado. Aunque el comportamiento de Sara podría caracterizarse como hiriente, Agar no reconocía que su desprecio y desdén habían provocado a Sara.³ Cuando estamos heridos, los sentimientos dolorosos y el orgullo herido pueden distorsionar nuestra perspectiva y nuestro enfoque. En defensa propia, queremos explicar y excusarnos y culpar a los que nos hirieron. Queremos demostrar nuestro punto de vista: *¡Yo tenía razón, ellos estaban equivocados! ¡Cómo se atreven a tratarme de esa manera!* Tendemos a racionalizar nuestro propio comportamiento, mientras exigimos de otros un nivel que no se aplica a nosotros. Es revelador observar que cuando apuntamos con el dedo a otra persona, ¡literalmente, tenemos tres dedos apuntando hacia nosotros mismos!

Jesús trató esta ceguera espiritual en el Sermón del Monte cuando amonestó a la gente: “¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo, y no le das importancia a la viga que está en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: ‘Déjame sacarte la astilla del ojo’, cuando ahí tienes una viga en el tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de tu hermano”.⁴

Cuando usted y yo nos concentramos en la manchita de pecado de la vida de otra persona no prestando atención alguna a la viga en la nuestra, Dios comienza a llamarnos la atención. Él puede usar una falta de paz, una ausencia de alegría, una agitación de espíritu, un nudo en la boca de nuestro estómago, un embotamiento o depresión en nuestras emociones, o alguna otra cosa para alertarnos de que no estamos bien. Como Dios realmente nos ama a usted y a mí, no dejará que nos llevemos por excusas, racionalizaciones y autodefensas. Un punto ciego espiritual es algo que Él tratará de corregir.

La corrección puede ser difícil de tomar cuando viene a través de algún otro. Por mi parte, quiero prestarle toda mi atención al Ángel del Señor para que la corrección venga de Él, no de otra persona. En mi experiencia, cuando viene de Él, aunque lo señale específicamente, me abre los ojos de la autoconciencia con bastante suavidad y amor, pero con firmeza. No hay culpa ni condenación. Solo la verdad y la luz y la seguridad de que cuando lo confieso y me someto a su corrección estoy bien con Él, y tengo la esperanza de que un día voy a estar bien con los demás. Él me enseñó esto de una manera nueva hace no demasiado tiempo . . .

Una querida amiga de mucho tiempo me escribió un día para concertar un encuentro en que pudiera hablarme de algo que había en su mente. No me dijo lo que era, solo que necesitaba algún tiempo para que hablásemos. Sabía que ella era consciente de que yo estaba pasando un momento difícil, tanto personalmente como en el ministerio. En el pasado ella me había ayudado con algunas iniciativas ministeriales, y pasó por mi mente la idea de que tal vez quería ofrecerme su ayuda una vez más.

Cuando nos encontramos, la abracé calurosamente y pasamos más o menos veinte minutos poniéndonos al día como amigas. Describió una fractura en la relación entre sus hermanos y cuán afligida estaba por su falta de voluntad para perdonarse unos a otros. Le aseguré que iba a orar por la sanidad de sus relaciones familiares. Entonces le pregunté por qué había querido reunirse conmigo. Con lágrimas, me explicó que debido a que la había lastimado en el pasado, había tomado la decisión de no ayudarme con los retos del ministerio que actualmente estaba enfrentando. Dijo que en realidad ya no me podía seguir ayudando de ninguna manera. Yo había sido atrapada con la guardia tan baja que me quedé de piedra. Ella estaba cortando efectivamente nuestra relación mientras yo era incapaz de hacer otra cosa que quedarme sentada y mirarla fijamente, sin habla. Aunque no tenía palabras para responder, estaba realmente sorprendida por la ironía. Aunque mi amiga podía ver claramente el pecado de falta de perdón operando en la vida de sus hermanos, sin embargo, parecía totalmente ciega a su propia falta de voluntad de perdonarme por lo que sentía eran heridas del pasado. Mi mente daba vueltas confundida y consternada mientras me preguntaba a qué pecado de mi vida yo estaba ciega para haberla herido a tal extremo que ella iba a tomar esta medida.

Si el propósito de mi amiga al reunirse conmigo era herirme como sintió que la había herido a ella, tuvo éxito. Pero ¿que había logrado realmente? En

lugar de seguir conversando y buscar la reconciliación, rompió nuestra relación, una acción que creo entristeció el corazón de Dios. Y sucedió mientras solicitaba oración por la reconciliación de su propia familia. Eso es ceguera. Es degeneración macular espiritual.

Salí de esa reunión más decidida que nunca a tener mis ojos abiertos a la astilla que debe de haber estado allí. No podía dejar de preguntarme qué había hecho para hierla, y si la había herido tan profundamente, ¿podría ser que también estuviera hiriendo a otros sin saberlo? No quise ni quiero sufrir de degeneración macular espiritual. Especialmente cuando resulta en daño a otro.

Aunque yo quiera “ver” he encontrado difícil, si no imposible, abrir mis propios ojos. Sé que tengo puntos ciegos, pero no puedo verlos. En realidad, es por eso que se llaman puntos ciegos. Así el año pasado, tras la reunión con mi amiga y preparándome para liderar un evento de avivamiento, me decidí a pedirle a Dios que hiciera por mí lo que el Ángel del Señor hizo por Agar. Le pedí que me mostrara mis puntos ciegos. Y así lo hizo. Por lo menos me mostró algunos de ellos. Estoy bastante segura de que hay más.

Cuando le pedí a Dios que la luz de su verdad brillara en lo más profundo de mi corazón, por mi parte debía dedicar tiempo a que Él hiciera eso. En la práctica, esto significa que he pasado una parte importante de cada día y todos los días durante alrededor de dos meses buscando cualquier cosa que no fuera agradable a Dios. Para ayudar a concentrarme, usé un libro encuadernado con espiral que me había dado una amiga y que fue desarrollado para profundizar y enriquecer la vida de oración del creyente.⁵ En el libro había varias listas: Nombres de los pecados. Categorías de pecados. Definiciones de los pecados. Antídotos a pecados. Confesión de pecados. Perdón de los pecados con cientos de referencias bíblicas. Era exactamente lo que necesitaba para ayudarme a ver.

Como Dios es fiel y capaz de abrir los ojos de los ciegos, respondió mi oración. Me abrió los ojos al leer las listas de pecados . . . meditando solo en unos pocos cada día. Cuando traté de solucionar mi situación revisando todas las listas, volví a hacerlo. Y luego lo hice por tercera vez. Le puedo decir que no fue agradable. No fue cómodo. En realidad, fue doloroso y requirió coraje incluso para mirarme a mí misma tal como Dios me estaba revelando que era ante sus ojos. Pero también fue profundamente limpiador. Y correctivo. Y muy liberador.

Aunque no voy a compartirle los diversos pecados que Dios identificó en mi vida, sí le voy a compartir uno, porque yo había sido tan totalmente ciega a él. Estaba incluido en la categoría de “control”, que es el pecado que deshonra la soberanía de Dios. Y era este: el *perfeccionismo*. Me detuve, fría. Me quedé helada cuando mis ojos lo vieron en mi primera lectura de la lista. No necesitaba leer la lista tres veces para saber que eso era mío. Soy perfeccionista. Pero nunca había considerado que fuera un pecado. En realidad, había pensado que era una fuerza que me retaba a luchar por la excelencia, y a mi vez, he desafiado a mi familia y a aquellos con quienes trabajo a que también se esfuercen por la excelencia. Pero lo que nunca había visto es que mi perfeccionismo, llevado al extremo, había sido utilizado para controlar a otros. Aunque concentrada en la paja en el ojo de otros, había ignorado la viga en el mío. Cuando mi pecado entró claramente en foco, de inmediato, lo confesé sinceramente y le dije al Señor cuán sentía haber deshonorado su soberanía de tal manera. Luego le pedí humildemente que sanara a los que había herido inconsciente como resultado de eso.

Como yo, y tal vez como usted, Agar se había centrado en la astilla—la falta de Sara—sin tener en cuenta la viga de arrogancia de su propia vida. Así que las instrucciones de Dios a Agar fueron claras y reconfortantes, pero correctivas y firmes: “Vuelve junto a ella y sométete a su autoridad . . . De tal manera multiplicaré tu descendencia, que no se podrá contar”.⁶ En otras palabras: *Agar, la única manera de resolver todo este lío es cambiar el enfoque. Te estás perdiendo lo obvio. Tú no eres responsable de “arreglar” a Sara. Quizás ella nunca reconozca que lo que te hizo estuvo mal. Pero tú eres responsable de tus propias palabras y comportamiento. Tienes que regresar. Vuelve. Humíllate a ti misma. Afronta las consecuencias. Si lo haces, Agar, te bendeciré inconmensurablemente a ti, a tu hijo, a tus nietos y a tus futuras generaciones. Yo te dará un lugar de honor en la historia. Porque Yo no solo me intereso en tu herida, Agar, me intereso en ti.*

Sorprendentemente, Agar dio la vuelta. No petulantemente, de mala gana, o con dudas, sino con la alegría de saber que no solo Abraham, sino ahora *ella misma*—una esclava egipcia—¡tenía una relación personal con el Dios viviente, el Creador del Universo! Su herido corazón se llenó de la maravilla de su gracia y amor y atención personal, y exclamó: “Tú eres el Dios que me ve . . . Ahora he visto al que me ve”.⁷ ¡El punto ciego se había ido, y su visión era 20/20!

La Biblia describe el cambio de rumbo como arrepentimiento. Para mí, como para Agar, no fue suficiente con tener un nombre para mi punto ciego. No fue suficiente haber tenido un nuevo encuentro con Aquel que me ve a mí, por dentro y por fuera. Tuve que dar la vuelta. Cuando elegí arrepentirme, llevar adelante esa decisión fue un esfuerzo continuo mientras ejercitaba la aplicación práctica. Porque sigo siendo una perfeccionista. Pero he tenido que entrenarme para ver la diferencia entre excelencia y control, dando a los que me rodean, incluida yo misma, la libertad de fracasar y no cumplir mis estándares. Me encuentro continuamente probada en mi voluntad de dejar de lado el control sin dejar de elevar el estándar de excelencia. Son pruebas que, por la gracia y el poder de Dios, yo quiero pasar. Una por una. Día a día. Hasta que supere el pecado al que estuve tan ciega. Pero para pasar estas pruebas, debo estar dispuesta a dar la vuelta. A arrepentirme de mi pecado. A detenerlo.

¿Qué hay de usted? ¿Ha reconocido su pecado ahora que lo ve, pero todavía tiene que dar la vuelta? Hasta que no esté dispuesto a arrepentirse de su pecado, nunca lo superará. Y se va a perder la bendición que Dios tiene para usted. El arrepentimiento es vital para que usted y yo continuemos exitosamente nuestro camino hacia la curación.

La gente herida debe arrepentirse de su pecado. Y los heridores también deben arrepentirse. La misma Sara había sufrido de un severo caso de degeneración macular espiritual. Solo podemos imaginar la mirada de su rostro cuando Agar regresó. Consternación. Enojo. Culpabilidad. Tristeza.

Me pregunto si el shock de ver a Agar sacudió la visión de Sara para que ella también comenzara a ver más claramente. Ella había sido quien le sugirió a Abraham que tuviera un hijo con Agar. Pero cuando Agar quedó embarazada y arrogantemente despreció a su señora estéril, Sara ilógicamente, irrazonablemente y con puntos ciegos y dedo acusador le dijo a Abraham: “Tú eres responsable de lo malo que estoy sufriendo”.⁸ ¡Sara culpó a su marido por una situación que ella misma había provocado! Eso podría parecer ridículo si no fuera tan parecido a lo que todos hacemos cuando permitimos que nuestras heridas nos cieguen. Esa es la característica más llamativa de un punto ciego: que puede ser fácilmente visto por todos . . . excepto nosotros mismos.

Sara debe haber pensado que podía deshacerse fácilmente de su problema con solo una palabra aguda y una bofetada de su mano. Pero cuando Agar

volvió, Sara sin duda tuvo que hacer por su parte un serio examen de conciencia, limpieza de corazón y arrepentimiento del pecado. Durante los siguientes quince años más o menos, no se oye nada de ella o sobre ella. Ella se desliza en el trasfondo de la vida de Abraham y parece vivir tranquilamente con las consecuencias de sus decisiones. Y esto no debe haber sido fácil para ella, ya que, varios meses después del regreso de su esclava, “Agar le dio a Abram un hijo”.⁹

¿Podrá ser que usted, como Sara, también esté perdiendo de vista lo obvio? ¿Ha atacado y herido a alguien que lo hirió? Puede ser algo que parezca mucho menor de lo que la otra persona le hizo a usted. Y tal vez realmente lo sea. Pero no lo olvida. Tal vez es por eso que Dios ha permitido que las consecuencias vuelvan sobre su vida.

Si usted y yo realmente deseamos curar las heridas internas, debemos ser brutalmente sinceros con nosotros mismos. Tenemos que dejar de centrarnos en *ellos* y pedirle a Dios que abra nuestros ojos a nuestras propias faltas. Debemos tener el coraje de mirarnos verdaderamente a nosotros mismos, por doloroso que pueda ser. Luego, *dar la vuelta*. Dejar atrás todo orgullo . . . rebelión . . . racionalización . . . excusas . . . autodefensa . . . y autocompasión. Darse vuelta es una elección valiente: ¡es difícil de hacer! Puede doler tomar la viga de su propio ojo, enfrentarse al pasado, cambiar su enfoque, morir a su orgullo, admitir su error, rechazar vengarse, hacer frente a la persona, a riesgo de recibir otra herida. Y se necesita valor para decir que lo siente—que siente sus propias vigas y orgullo, defectos y pecados, faltas y fracasos—mientras deja a la otra persona a Dios. Sin embargo, casi puedo oír los aplausos en el cielo de los que nos han estado alentando y desafiando a usted y a mí: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”.¹⁰

El tiempo de refrigerio ha llegado, pero usted y yo debemos estar dispuestos a abrir nuestros ojos. Entonces, dése vuelta. ¡Dése vuelta!

CAPÍTULO 7

Heridas dolorosas

Hacer lo que corresponde puede ser doloroso para el heridor



Tal como el Señor lo había dicho, se ocupó de Sara y cumplió con la promesa que le había hecho. Sara quedó embarazada y le dio un hijo a Abraham en su vejez. Esto sucedió en el tiempo anunciado por Dios. Al hijo que Sara le dio, Abraham le puso por nombre Isaac. Cuando su hijo Isaac cumplió ocho días de nacido, Abraham lo circuncidó, tal como Dios se lo había ordenado. Abraham tenía ya cien años cuando nació su hijo Isaac.

Sara dijo entonces: “Dios me ha hecho reír, y todos los que se enteren de que he tenido un hijo, se reirán conmigo. ¿Quién le hubiera dicho a Abraham que Sara amamantaría hijos? Sin embargo, le he dado un hijo en su vejez”.

El niño Isaac creció y fue destetado. Ese mismo día, Abraham hizo un gran banquete. Pero Sara se dio cuenta de que el hijo que Agar la egipcia le había dado a Abraham se burlaba de su hijo Isaac. Por eso le dijo a Abraham: ¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de esa esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac.

Este asunto angustió mucho a Abraham porque se trataba de su propio hijo. Pero Dios le dijo a Abraham: “No te angusties por el muchacho ni por la esclava. Hazle caso a Sara, porque tu descendencia se establecerá por medio de Isaac. Pero también del hijo de la esclava haré una gran nación, porque es hijo tuyo”.

Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba.

Génesis 21:1-14

Recientemente, un día mientras conducía por la carretera, observé a un jardinero que podaba un árbol. Yo sabía que el tipo de árbol que estaba podando requiere que se corten las ramas viejas para hacer espacio para que crezcan las nuevas. Cuando florece bellamente en el verano el árbol es conocido porque no hará florecer las ramas viejas. Entonces Dios pareció susurrarme al oído, recordándome suavemente al Jardinero celestial que poda con amor las ramas unidas a la Vid.

El fruto de una vid solo crece en abundancia en un tallo nuevo y tierno. Como la madera de una rama envejece, tiende a endurecerse. Así que, aunque una rama pueda seguir estando viva y conectada a la vid, puede dejar de producir fruto. Aunque deje la rama conectada a la vid, el jardinero recorta la madera vieja y dura, forzando a la vid a un nuevo crecimiento que producirá fruto y no solamente hojas. De hecho, hay veces en que el jardinero recorta la rama tan drásticamente que todo lo que queda es la protuberancia donde se conecta a la vid. Mientras seguía pensando en la poda de los árboles por el jardinero, se me ocurrió que su poda podría ser descrita como *heridas*.

Más tarde, volví a leer y la ilustración de una viña que Jesús usó para describir nuestra relación con Él: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Toda rama que en mí no da fruto, la corta; pero toda rama que da fruto la poda para que dé más fruto todavía”.¹ Él estaba describiendo las heridas intencionales que resultan de la poda de Dios en la vida de un creyente.

¿Le duele que el jardinero corte tanto la rama? Creo que lo hace. Pero el escritor a los Hebreos ofrece una idea clave cuando afirma: “Ciertamente, ninguna disciplina [herida o podadura], en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella”.² Mi conjetura es que el corazón herido del Divino heridor seguramente debe sentir alivio cuando el resultado es abundante bendición y fruto.

Abraham fue un heridor. Cuando Dios lo llamó inicialmente a abandonar Ur de los caldeos, él obedientemente dejó todo para buscar a Dios. En el principio, una de sus principales razones para vivir una vida de fe fue la promesa de Dios de darle un hijo y descendientes más numerosos que las estrellas del cielo.³ Abraham pudo haberse sentido fascinado por la perspectiva de millones y millones de descendientes, pero lo único que realmente quería era un hijo propio. Un bebé que él pudiera sostener. Un niño al que poder hablar y enseñar, con quien jugar y disfrutar, a quien darle cosas y amor. Un hijo a quien pudiera dejarle todo. Un solo descendiente le sería suficiente.

Agar dio a Abraham un descendiente. Su nombre fue Ismael. Durante catorce años fue el único hijo de Abraham. No se requiere mucha imaginación para saber que Abraham, un hombre muy rico, cuyas propiedades rivalizaban con las de una pequeña nación, le prodigó todo a Ismael. Debe de haber pasado horas hablando con Ismael, jugando con él, enseñándole sobre cómo administrar una casa grande, e instruyéndolo en las buenas prácticas comerciales. ¡Abraham amaba a Ismael! Y como Dios era el centro de su vida, seguramente Abraham le habló a Ismael sobre Aquel que se había inclinado desde el cielo para hablarle a su vida cuando él vivía en Ur de los caldeos. De Aquel que le había prometido que lo bendeciría y lo haría ser un canal de bendición para el mundo. De Aquel que había llamado a Abraham a una vida de fe y obediencia; de Aquel que se le había aparecido una y otra vez cuando le construyó altares; Aquel que había hablado con él, lo consoló, y lo liberó del peligro. Creo que Abraham le habrá confiado a Ismael que él, su primogénito, era el cumplimiento de la promesa de Dios de bendecirlo con descendientes tan numerosos como las estrellas. Seguramente Abraham estuvo cada vez más unido al niño a medida que envolvía anhelos de años alrededor del hijo de Agar.

Durante catorce años, Ismael vivió como un virtual príncipe, el amado hijo único de un hombre rico y poderoso, muy conocido y muy respetado. Sin embargo, en vez de estar humildemente agradecido por sus privilegios, Ismael parecía haber heredado la arrogancia de su madre. Puede no haber sido evidente cuando era pequeño y su posición resultaba incuestionable, pero se volvió increíblemente obvio cuando Sara milagrosamente concibió y dio a luz a su propio hijo ¡a la edad de noventa años! El mundo de Ismael fue sacudido. Al no siguió siendo el único foco de la atención y el amor de su

padre, Ismael cultivó sus heridas y esperó con paciencia su momento. Luego devolvió el golpe duramente.

En el día en que el hijo milagroso de Sara y Abraham, Isaac, fue destetado, Abraham realizó una gran fiesta para celebrarlo. Ismael eligió ese momento para vengarse del niño que se había atrevido a alterar su mundo. Aunque no sabemos la forma exacta del ataque, sabemos que fue brutal y es probable que se centrara en el plan único de Dios para la vida de Isaac, ya que el Nuevo Testamento lo describe como “persecución”.⁴

Solo podemos imaginar el daño que la intimidación de Ismael podría haber hecho a su hermano menor si se hubiera mantenido como un pequeño secreto sucio. Sin duda se habría convertido en un patrón de conducta abusiva, tal vez incluso llegando a poner en peligro la vida de Isaac. Y ciertamente lo haría han sido al dañar emocional, espiritual, y psicológicamente el desarrollo de un pequeño hombrecito que estaba destinado para una función única en gran plan de redención de Dios.

Pero la persecución no se mantuvo en secreto durante mucho tiempo, porque Sara pescó a Ismael persiguiendo a su hijo. Durante años había vivido en silenciosa aquiescencia, soportando pacientemente la presencia diaria de Agar e Ismael. Ahora rompió el silencio con el mayor de todos los ataques de rabia. Erupcionó en una explosión de rabia contenida, se desató, envolviendo su furia en justa indignación y en los instintos de una madre protectora de su hijo. En un tono que sin duda no dejó ningún margen para el desacuerdo, exigió que Abraham echara tanto a Agar como a Ismael de la casa: “¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de esa esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac”.⁵ El tema fue presentado en su cruda realidad bajo la deslumbrante luz de la verdad —porque el hijo de Agar, Ismael, no era el hijo que Dios había prometido a Abraham. Él no era el heredero de la promesa de primogenitura espiritual, que era el más valioso tesoro de Abraham.

Ismael había nacido como resultado del esfuerzo propio de Abraham y de conformidad con su propia voluntad. Cuando creció la impaciencia de Abraham en la espera de que Dios cumpliera su promesa de darle un hijo, Abraham había tomado el asunto en sus propias manos. A los ochenta y cinco años, Abraham sabía que se estaba quedando sin tiempo para tener hijos y quizás pensó que Dios se había olvidado de su promesa. Así que Abraham se le había adelantado a Dios. Ignorando los principios de Dios para el

matrimonio,⁶ en esencia cometió adulterio, embarazó a su sierva, y luego esperó que Dios retroactivamente bendijera todo. Incluso antes de que Sara pronunciara el juicio, Abraham debe haber sabido en lo profundo de su corazón que un día llegaría la hora de la verdad. Ahora ya no podía seguir esperando o fingiendo que todo estaba bien. Era imposible que ambos niños tuvieran la misma herencia. Ni siquiera podían vivir pacíficamente en la misma casa. Finalmente el hacha debía caer. Era el momento de las tijeras del jardinero.

Las heridas tienen una manera de enconarse, ¿no es así? Agar, Sara, Abraham, y ahora Ismael e Isaac, todos fueron heridos. Y en realidad las heridas no se curan solas. Parecen mantenerse en estado latente y luego, en un momento insospechado, de manera inesperada, estallan.

¿Qué heridas se han enconado en su corazón y en su vida? Quizá estuvieron en estado latente, pero ahora están empezando a surgir, y usted se da cuenta de que siguen doliendo.

A veces nuestras heridas, como las de Abraham, son autoinfligidas. Son el resultado de decisiones que hemos tomado de acuerdo a nuestro propio esfuerzo y a nuestra propia voluntad. De acuerdo con lo que queremos. De acuerdo con lo estábamos convencidos de que teníamos que tener para ser felices y plenos.

Si somos honestos, creo que todos admitiremos que en algún momento de nuestras vidas hemos corrido hacia adelante, orando para que Dios bendiga lo que fuere que estuviéramos haciendo “que bendijera esa relación o bendijera esa decisión” mientras pretendíamos, incluso para nosotros mismos, que todo estaba bien y que Dios nos dejaría salirnos con la nuestra. Pero en el fondo entendíamos bien. Teníamos una incómoda sensación de que eso no era correcto. Nuestra conciencia nos advertía que nos estábamos adelantando a Dios y tomando por nuestra cuenta lo que queríamos. Tal vez incluso algo que creíamos que Dios nos quería dar. Hemos sentido que no podíamos esperar un día más para que Dios cumpliera su promesa, cualquiera fuese. Como al parecer nos quedábamos sin tiempo, podemos haber saltado a un matrimonio, una carrera, un ministerio, un embarazo, una adopción, un contrato de negocios, o un segundo trabajo.

Así que en lugar de esperar el tiempo de Dios y a que Él nos lo entregue a su manera, lo obtenemos por nosotros mismos. Como resultado, eso en lo que nos metimos nunca funciona como esperábamos. En realidad, podemos hacer

un verdadero lío, como Abraham hizo.

Si Abraham había estado reprimiendo un sentimiento de inquietud en el fondo de su espíritu, ahora erupcionó violentamente hacia la superficie. Su cara debe de haberse vuelto blanca, luego de un rojo intenso mientras se enfrentaba al hecho de que Sara estaba en lo cierto. Ese arreglo artificial fue un error y de ningún modo era lo que Dios quería. Su corazón roto en pedazos se evidencia en esta conmovedora frase de la Escritura: “Este asunto angustió mucho a Abraham porque se trataba de su propio hijo”.⁷ Aunque Isaac era el adorado niño milagro y el cumplimiento de la promesa de Dios, Ismael había sido el amado hijo único de Abraham durante catorce años. ¿Cómo echar a Ismael de la casa podría ser la solución adecuada? Y aunque lo fuera, ¿cómo podría hacer semejante cosa? *¡Él amaba a Ismael!*

Como el amor de Abraham por Isaac, Ismael y Sara chocó en un épico conflicto de intereses, él debe haber agonizado respecto de qué hacer. La turbulencia en su casa y en su corazón seguramente lo paralizó, porque Dios mismo se asomó desde el cielo para desprender las cosas sueltas. Dios en primer lugar reaseguró a Abraham y le dijo exactamente qué hacer: “No te angusties por el muchacho ni por la esclava. Hazle caso a Sara, porque tu descendencia se establecerá por medio de Isaac. Pero también del hijo de la esclava haré una gran nación, porque es hijo tuyo”.⁸

Tan impresionantemente incompatible como parece a nuestra humana comprensión de la justicia, Dios mismo, el Divino Jardinero, confirmó que eliminar a Agar e Ismael de la casa de Abraham era exactamente lo que había que hacer. Lo que Abraham de otro modo podría haber pasado por alto como una exagerada reacción irracional de Sara contra Agar e Ismael era realmente un consejo sabio y piadoso. Se protegería a Isaac, que sin duda habría sido devastado emocionalmente y destruido espiritualmente si se lo hubiera dejado a merced de un antagónico, arrogante y celoso hermano mayor. Y se liberaría a Ismael, ya un joven, para descubrir y cumplir el singular propósito de Dios para su vida.

Una vez que Dios hizo conocer claramente su voluntad, Abraham no mostró dilación o vacilación en obedecer. Podría haber resistido la directiva de Dios, quejándose de que, a los casi 105 años de edad, era demasiado viejo para una confrontación así. Pero no lo hizo. Aunque sin duda fue la cosa más difícil que debió hacer, Abraham, en este momento de su vida, hizo exactamente lo que Dios le pidió: “Al día siguiente, Abraham se levantó de

madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió”.⁹

Me pregunto lo que debe haber sido ese momento para Agar e Ismael. Creo que no es exagerado decir que resultaron heridos al extremo. Por Abraham, ¡un hombre de Dios y el amigo de Dios! Y aquí está el problema: *eso era lo que correspondía hacer*. Pero además nosotros sabemos que no solamente fue difícil para Agar e Ismael, sino que también fue difícil para Abraham. A veces hacer lo que corresponde hiere a otros, y también hiere al heridor este momento.

¿Le está resultando difícil aceptar el hecho de que Dios puede ordenarnos hacer algo que lastimará a otro? Pero a veces Él lo hace. Los caminos de Dios no son nuestros caminos y sus pensamientos no son nuestros pensamientos.¹⁰ Hay veces en que nos guía por senderos que van en contra de la sabiduría convencional y de los consejos de los que de otro modo podríamos considerar expertos. Él puede guiarnos a tomar decisiones que van en contra de nuestras propias opiniones o sentimientos muy arraigados. Pero cuando decidimos hacer lo que hizo Abraham—simplemente confiar y obedecer—a tiempo, descubriremos que Dios nos lleva siempre por la senda correcta.¹¹ La poda produce una vid más sana, más vigorosa y más fructífera.

A veces obedecer a Dios conlleva daños colaterales. Recuerdo haberlo experimentado yo misma cuando enseñé estudio bíblico y campañerismo en mi ciudad durante doce años. La clase mantenía constantemente una membresía activa de quinientas mujeres y aproximadamente doscientos niños pequeños. Usando el ejemplo que estableció Jesús cuando entrenó doce discípulos y luego los usó para llegar al mundo, yo me volqué a la formación de más de setenta líderes que luego fueron las responsables de discipular a un grupo pequeño de mujeres o de niños confiados a su cuidado para que cada miembro de la clase, fuera joven o adulto, recibiera individualmente atención y pastoreo.

Las líderes y yo llegamos a ser como hermanas. Crecimos juntas en nuestro conocimiento de las Escrituras, nuestro amor por Jesús, y nuestro deseo de llevar a otros a la Palabra de Dios. Realmente amaba a esas mujeres. Al día de hoy, cuando me encuentro con una de ellas en un restaurante o en una reunión, el fuerte vínculo que se desarrolló a través de nuestras frecuentes interacciones sigue estando ahí. Siento la alegría del Pastor cuando oigo que ahora enseñan sus propias clases de Biblia, o sirven de manera

significativa en sus propias iglesias, o escriben lecciones bíblicas para niños, u organizan alcances evangelísticos. Algunas han llegado a escribir libros. Algunas han escrito currículos para otros estudios de la Biblia.

Debido a que la salud y el bienestar espiritual de toda la clase era en última instancia mi responsabilidad final, trabajé incansablemente para asegurarme de que cada líder estuviera creciendo espiritualmente, fuera vibrante en su propia fe y relación con el Señor, y estuviera totalmente comprometida en discipular a los que tenía a su cargo. Y siempre era consciente de que no podía conducir a otros más allá de donde yo estuviera, lo cual me motivaba a crecer espiritualmente en forma constante.

Debido a que nuestra clase fue la primera en nuestra zona, las mujeres que puse en el liderazgo eran buenas mujeres que asistían a la iglesia, pero muy pocas tenían raíces profundas en su fe. Muy pocos habían estado alguna vez en un estudio bíblico antes de convertirse en miembros. Su frescura, su falta de ideas preconcebidas sobre la Escritura, su afán por aprender, su educabilidad hicieron de mi rol una delicia. Un verdadero privilegio.

Así que no quiero empañar el bello reflejo de lo que yo vi en mi círculo de líderes, pero en un puñado de ocasiones durante esos doce años, algunas de ellas tropezaron malamente. Una me confesó que tenía luchas en su matrimonio, y cuando la miré a los ojos, supe que estaba involucrada con otra persona. Lo estaba. Otra líder fue incapaz de cumplir con su papel, pero mintió para encubrir su fracaso. Cuando la enfrenté, trató de defenderse volviendo a mentirme. Otra líder resultó ser una alcohólica secreta.

En esos momentos, me enfrenté a una decisión. Podía poner en peligro la santidad y la rectitud que creo que Dios requiere de sus líderes y poner mi amor por la líder, así como mi preocupación por sus sentimientos, antes que el bienestar de toda la clase. O podría removerla. Sabía que si no tomaba medidas drásticas, todo el liderazgo se infectaría, lo que a su turno infectaría a toda la clase. En silencio, con amor, con cuidado para que pocas personas, incluso dentro del círculo de líderes, supieran por qué la líder ya no estaba presente, removí a cada una de ellos pidiéndoles individualmente su renuncia. Pero en cada caso la líder transgresora se sintió profundamente herida. Aunque sabía que su retirada estaba justificada, estaba herida por mí. Mi corazón estaba roto. Lloré por ella y por mí y por las otras líderes y por su clase. A pesar de que la remoción de cada una de las líderes era lo que había que hacer, dolía.

La única razón por la que alguna vez herí a otros a quienes amo y con quienes trabajo es porque amo y confío más en Dios, y Él dijo eso. Y la única razón por la que Abraham hirió a Agar y a su amado Ismael fue porque amaba y confiaba más en Dios, y Dios así lo dijo. En cada caso, alguien resultó herido porque Dios así lo dijo.

¿Le sorprende que a veces Dios nos mande hacer cosas sabiendo que resultarán en que otros sean heridos? Usted y yo podemos engañarnos con la secreta esperanza de que un Dios de amor pasará por alto el mal que nosotros, u otros, hayamos hecho si corregir ese error significa herir a alguien. Podemos creer falsamente que un Dios amoroso protegerá a los que realmente ama de este tipo de dolor. Podemos comprar un mensaje de prosperidad que nos convence de que el deseo de Dios para nosotros es que vivamos una vida libre de dolor, sin preocupaciones, felices.

A veces nuestra visión de Dios parece ser la misma que tenemos de un genio. Creemos que si lo frotamos de la manera correcta con oración y fe, Él aparecerá y nos dará lo que queramos. Es una visión que es drásticamente errónea. El propósito de Dios para nosotros no es que seamos sanos, felices, prósperos y libres de problemas. Su propósito supremo es conformarnos a nosotros a la imagen de su Hijo amado, que llevemos mucho fruto para su gloria.¹² Y a veces, para el cumplimiento de ese propósito, Él permite que seamos lastimados.

Hay veces en que el Divino jardinero corta todo de nuestras vidas, excepto nuestra relación con Jesús. Este tipo de heridas no solo le duele a Dios, sino también a nosotros. Tal vez usted no lo ha reconocido como poda, ya que fue una enfermedad que lo hizo aterrizar en la cama de un hospital, la terminación de su trabajo, una remoción de su posición en la iglesia, un colapso de su negocio, un rechazo por parte de sus compañeros, un sueño que llegó a un callejón sin salida, una acusación o una reprimenda.

Sea lo que haya sido o es, las heridas de la poda divino nos obligan a prestar atención a nuestra relación con Dios, porque Él es todo lo que tenemos. Y en el proceso,

Él fortalece nuestra conexión con la Vid, ablanda nuestros corazones, y se deleita en nuestro crecimiento a medida que nuestras vidas producen una mayor cosecha de frutos espirituales.

¿Cuándo fue usted reducido al meollo? ¿Cómo respondió al dolor de la herida? Me pregunto . . . ¿cuánto más fruto produciríamos usted y si

fuéramos totalmente sumisos a su herida? Si la aceptáramos en lugar de luchar contra ella . . .

Como su propósito y el mío es dar gloria a Dios, fructificar no es una opción. Tenemos que dar frutos. Y como una vid, con el fin de ser fructíferos debemos someternos a la poda. Cuando nos resistimos y luchamos, lo que realmente estamos haciendo es negarnos a glorificar a Dios, frustrando así el verdadero propósito de nuestra existencia.

Podemos confiar en que el Jardinero usará las tijeras en nuestras vidas pleno de amor, con habilidad y con eficacia. Confíe en Él. Él lleva muchos años podando; sabe lo que está haciendo.

También podemos hallar consuelo en saber que Jesús se sometió a las heridas divinas. Dios el Padre no solo lo permitió sino que destinó a su Hijo para que fuera herido por una mayor gloria. Mucho antes de que Jesús caminara en la tierra, el profeta Isaías describe al Mesías como un siervo sufriente siervo:

Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios, y humillado.

Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados.

Pero el Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir, y como él ofreció su vida en expiación, verá su descendencia y prolongará sus días, y llevará a cabo la voluntad del Señor.¹³

¿Fue la voluntad de Dios aplastarlo a Él y hacerlo sufrir? *¿Cómo es eso posible?* ¡Quién va a entender el amor de un Dios que hirió intencionalmente a su Hijo para que usted y yo pudiéramos ser curados de nuestras heridas! Sin duda, el gran corazón del Padre se rompió; seguramente las lágrimas inundaban el divino rostro; seguramente había sollozos en la voz de que había sido un trueno desde el Monte Sinaí—incluso aunque “ha dado a su Hijo unigénito” para morir en la cruz para que “para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”.¹⁴

Jesús , el Hijo de Dios “Cuando proferían insultos contra él, no replicaba con insultos; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba a aquel que juzga con justicia.

Jesucristo entregó su vida por nosotros”.¹⁵ Porque nos ama a usted y a mí. Como resultado de ello, Él llevó mucho fruto. Él . . .

derrotó al diablo,
conquistó la tumba,
hizo expiación por el pecado,
redimió a los pecadores,
abrió los cielos,
¡y triunfó trayendo muchos hijos a la gloria!¹⁶

Después de morir en la cruz, el Hijo del hombre se levantó de la muerte¹⁷ y regresó al cielo para reclamar toda su antigua gloria como Hijo de Dios.¹⁸ ahora está sentado a la diestra del Padre, con toda la autoridad del universo puesta bajo sus pies.¹⁹ No es de extrañar que el escritor a los Hebreos nos exhorte a que “Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Así, pues, consideren a aquel que perseveró frente a tanta oposición por parte de los pecadores, para que no se cansen ni pierdan el ánimo”.²⁰

Alabado sea Dios que Jesús aceptó el dolor de la herida divina por la gloria que vendría después. Él nunca lo confunde a *Él* con *ellos*.

No puedo comprender tal amor por una miserable pecadora como yo. Pero puedo adorar a Aquel que me amó tanto que hirió a su propio Hijo, para que por esas mismas heridas yo pudiera ser limpiada, perdonada y sanada. Puedo someterme al amado Hijo, que por sí mismo se sometió a las heridas de Dios. Y puedo obedecer las directivas de Dios, incluso cuando esa obediencia lastime a otro . . . y a mí.

CAPÍTULO 8

Rechazado por ellos

Pero no por Él



Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba.

Génesis 21:14

Al principio de este libro, he compartido con usted la experiencia que mi marido y yo tuvimos cuando fuimos rechazados por la iglesia. Lo que no dije fue que la herida se intensificó porque quedaba al tope de la pila de frescos, dolorosos recuerdos de rechazos previos. Unos pocos meses antes de que mi marido fuera expulsado de su posición de liderazgo con aplausos de la congregación, la junta de diáconos de la misma iglesia votó para cerrar las puertas a la clase de Biblia que yo había enseñado allí durante nueve años. ¿La razón? Utilizábamos la Biblia como nuestro único libro de texto. Esto puso a mi clase de quinientas mujeres en el punto de mira de la puja política y confesional en que la iglesia se hallaba atrapada. Pero Dios intervino a favor de la clase de Biblia: una semana después de la votación de los diáconos, otra maravillosa iglesia de la misma denominación abrió sus puertas para nosotros, así que no perdimos ninguna clase. Aun así, debido a que la iglesia que había rechazado mi clase era mi propia iglesia, sentí la necesidad de responder de alguna manera. Pero, ¿cómo? ¿Qué podía hacer o decir en respuesta a tal rechazo intencional? No lo sabía. Pero sí sabía lo que Dios hizo, y por eso clamé a Él, abriendo mis oídos a lo que me iba a decir, mientras escuchaba con mis ojos sobre las páginas de mi Biblia.

Por entonces estaba estudiando Jeremías en mis devociones personales. Estaba impresionada de que Dios frecuentemente le decía a Jeremías que representara sus mensajes proféticos. Aplicando la Escritura a mi situación, me preguntaba cómo podría representar un mensaje de amor a la iglesia que había cerrado sus puertas a mi clase de Biblia. No sabía cómo hacerlo, así que simplemente oré: *Dios, ¿cómo puedo hacerlo? ¿Qué quieres que yo haga? ¿Cuál es el mensaje que debo representar?*

Me acordé de que había crecido en una denominación que practicaba una forma de bautismo que mi iglesia actual no reconoce—lo que significa que el bautismo que había experimentado cuando niña no era reconocido por los líderes de la iglesia a la que ahora estaba asistiendo. Vino a mí el

pensamiento de que podría representar un mensaje del amor de Dios ofreciendo someterme a la forma de bautismo aceptado y practicado por mi iglesia actual. Desde la perspectiva de Dios, sabía que no necesitaba ser rebautizada. Pero quería honrar a Dios e identificarme con las personas que Él amaba, y sentí que una manera de hacerlo era someterme al bautismo por inmersión.

Así que a la edad de treinta y siete años, después de treinta años de vivir una vida cristiana comprometida, seguí lo que yo creía que era la dirección de Dios. Un domingo por la noche, poco después de que mi clase fuera cerrada, con mi padre en las aguas a mi lado y mi esposo y tres hijos en las bancas frente a mí, fui bautizada por inmersión como una demostración de amorosa identificación con la iglesia que había rechazado mi clase.

Aunque no esperaba que los diáconos de la iglesia revirtieran su decisión, creí que los miembros de la iglesia serían desarmados por mi acción y nos recibirían amablemente a mí y a mi gesto. Sin embargo, en vez de ser amablemente recibido, fue rechazado. En las semanas que siguieron, la gente se apartaba de mí cuando caminaba por los pasillos y me evitaba cuando entraba en las aulas. En lugar de ablandar los corazones, lo que pretendió ser un acto de amor en realidad los había endurecido.

Aunque no sé por qué fue rechazado, puede haber dos explicaciones. O ellos no entendieron mi gesto de amor a pesar de que yo había escrito una carta pública dando la razón de mi decisión de ser rebautizada. O tal vez mi gesto los había hecho sentirse culpables por su rechazo a mi marido. Tal vez había avergonzado a la congregación. Tal vez en lugar de pedir disculpas, simplemente volvieron su espalda, con la esperanza de que ambos nos fuéramos. Lo cual hicimos. Aunque muchos buenos amigos se pusieron junto a nosotros y se levantaron a nuestro favor, sabíamos que obviamente nos habíamos convertido en un problema para la mayoría. Así que teniendo mucho cuidado de no dividir a la iglesia forzando a la gente a tomar partido, nos fuimos en silencio.

Pero la herida de su rechazo dolió. Más tarde encontré confort al verme reflejada en el resto del testimonio de Jeremías:

Mis ojos desfallecieron de lágrimas, se conmovieron mis entrañas,
mi hígado se derramó por tierra . . .

Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajenjo y de la

hiel;

Lo tendré aún en memoria, porque mi alma está abatida dentro de mí;

Esto recapacitaré en mi corazón, por lo tanto esperaré.

Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias.

Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad.¹

Jeremías obedeció las instrucciones de Dios para representar la Palabra de Dios, pero sus acciones no fueron bien recibidas. Al final, su corazón estaba roto, y su vida fue tomada por el pueblo de Dios que lo apedreó hasta la muerte. ¡Herido! Pero Jeremías fue obediente, incluso hasta la muerte. Su confianza en Dios y su testimonio de la fidelidad de Dios siguen reverberando más de dos mil quinientos años después. Las palabras de su testimonio no solamente son la base de un amado himno cantado hoy en iglesias de todo el mundo,—Grande es tu fidelidad—, sino que ese fue el himno que nuestra familia le cantó a mi madre cuando ella dejó este mundo y entró en su hogar celestial.

Tan herida como estaba por el rechazo de la iglesia, mi relación con Dios era lo suficientemente fuerte y mi entendimiento de su Palabra lo suficientemente cabal para saber que ser rechazado por la iglesia no significa ser rechazado por Él. Mientras nos alejábamos de la iglesia que había sido nuestro hogar durante más de quince años, tuve la abrumadora conciencia de que Dios caminaba con nosotros. Nuestras lágrimas estaban en su rostro, y Él llevó también nuestra vergüenza y desgracia. Dios sabe cómo se siente el ser rechazado por su propio pueblo.²

Mientras Agar se alejaba de la casa que había conocido por más de veinticuatro años, recuerdos dolorosos de mucho tiempo atrás deben haber resurgido en su mente. Gritos y confusión, frustraciones y temores, enojos y angustia, turbación y lágrimas—todo ello largamente olvidado—deben haberle vuelto en estampida. ¿Habría recordado un día, veinte años atrás, en que había huido a ese mismo desierto? ¿Ahora todo parecía estar volviendo a ocurrir! ¿Se ahogaba Agar con su llanto, su respiración era entrecortada, mientras revivía los dolorosos recuerdos de su pasado? ¿Eso no era justo! ¿Dónde estaba Dios?

¿Sus recuerdos también incluyen recuerdos de la presencia de Dios?
¿Recordó Agar que Dios había estado con ella allí, en la desolada ruta que conduce al desierto? ¿Acaso no la había rodeado con sus amorosos brazos y la sostuvo así cerca para tranquilizarla y calmar su llanto? Pero . . . ¿*dónde estaba Él ahora?* ¿Cómo le podía estar pasando esto a ella— de nuevo— después de todos esos años? ¡Ella se había arrepentido! Ella había vuelto y se había sometido a Sara. Ella y Sara parecían sostener una relación cordial. ¿Cómo todo se había desintegrado tan de repente?

Una vez más, Agar se encontró en el camino del desierto y esta vez no había sido su elección. No se le había dado ninguna oportunidad de explicarse o de que Ismael pidiera disculpas y tratara de hacer las paces. No se le había dado ninguna posibilidad de defenderse a sí misma o a su hijo o incluso discutir la situación. ¡Simplemente había sido expulsada de la familia! Y una vez más, ella debe de haber gritado en su corazón: *¡Dios, ¿dónde estás?! ¿Dónde está El Viviente que me ve? ¿Estás buscando en otro camino y de alguna manera te pierdes lo que está pasando aquí? ¿Ves pero no te importa? ¿Ves y te importa, pero de alguna manera eres impotente para intervenir . . . nos sacrificas a mí y a mi hijo por algún propósito mayor? Dios, ¿estás de su lado?*

En este punto, Agar podría haber sacudido la cabeza, levantado la barbilla, y decidido enfáticamente: “No, Dios no está de su lado. El Dios que conozco nunca le habría dicho a Abraham que hiciera tal cosa. Su Dios no es Dios. Mi Dios es Dios”. Y podría haber comenzado a adorar a un dios que se inventó: un dios que le convenía por acomodarse a su punto de vista.

No puedo sino preguntarme . . . ¿cuántas iglesias, e incluso denominaciones, se han dividido por una actitud similar? Dos facciones no están de acuerdo, y cada parte afirma que Dios está de su lado. En el caso de Agar, ella fue lo suficientemente honesta para ver y aceptar lo obvio: Dios había estado de acuerdo con Sara. ¡*Él estaba del lado de ella!*

Mientras Agar caminaba penosamente por el desierto camino polvoriento con el odre de agua sobre su hombro caído, un paquete de alimentos aferrado a su mano, y su joven hijo a su lado, imagino que tropezó. Su visión era borrosa. Su andar tejía un movimiento de meandros, avanzando sin sentido, sin saber a dónde ir, sabiendo solo que tenía que salir de *ahí*.

Sin duda, todo lo que podía pensar era: *Dios estuvo de acuerdo con Sara. ¡Dios instruyó a Abraham que me eche!* La consternación debe haber sido

abrumadora. Sin duda nubló su pensamiento, desmanteló su fe, y la hizo sentirse totalmente abandonada ¿Había sido rechazada, no solamente por el pueblo de Dios, *sino por Dios?*

Tal vez usted ha tenido pensamientos similares que dieron lugar a una conclusión parecida—que si Dios ha permitido que usted o sus seres queridos sean tratados de una manera tan intempestiva por los que se identifican con Él, entonces usted quiere tener nada que ver con ellos—o con Él.

Uno de los resultados de que mi clase de Biblia fuera eliminada de nuestra iglesia, y después el subsecuente rechazo del rol de liderazgo de mi marido, fue que oímos a otros que habían tenido experiencias similares. Nuestro rechazo parecía agitar los dolorosos recuerdos de sus propias heridas. Una mujer que había sido una cristiana activo durante la mayor parte de su vida escribió: “Mi más graves heridas y decepciones han venido de creyentes cristianos Las heridas de espadas cristianas sanan muy lentamente”.

Las heridas de una “espada cristiano” sanan lentamente porque ellas parecen hacer el peor daño y penetrar en lo más profundo. ¿Su relación con Dios ha sido lo suficientemente fuerte como para llevarlo a atravesar el doloroso rechazo? ¿Se ha escondido en los brazos de su Padre celestial? ¿Ha enterrado su cabeza en su hombro mientras Él le calmaba el dolor con palabras de consuelo? ¿Ha sentido la compasión de alguien que conoce de primera mano lo que se siente al ser rechazado por su propio pueblo? ¿Es capaz de concluir que el rechazo de usted fue realmente un problema *de ellos* y no suyo?

¿O usted se siente más como Agar? Ante el rechazo, su fe se marchitó y luego se evaporó, dejándola con lo que debe de haber sentido como heridas incurables. La relación de Agar con Dios, aunque establecida años atrás cuando ella escapó, no parece haberse convertido en la que podría manejar este tipo de rechazo.

Al leer la historia de Agar, tal vez usted está reflexionando en la suya propia . . . *Si Dios realmente se preocupa por mí, ¿por qué no siento que me persiga? ¿Dónde está? ¿Por qué no se oye su voz preguntando: “¿Qué te pasa?”? ¿Dónde están sus amables instrucciones diciéndome qué hacer?* Tal vez sea esta la razón por la que está leyendo este libro. Porque Dios lo está persiguiendo a usted en este momento, viene a usted a través de la historia de Agar. No deje que sus propias lágrimas lo cieguen o que sus propios pensamientos lo ensordezcan a un encuentro con Él. Aquí mismo. Ahora

mismo. Es posible que haya sido rechazado por ellos, *pero usted no es rechazado por Él.*

CAPÍTULO 9

Andar errante por el desierto

Dios sigue estando ahí



Agar partió y anduvo errante por el desierto de Beerseba.

Génesis 21:14

El desierto es definido como una región no cultivada, deshabitada, inhóspita. Al menos esa es la definición que me fue dada en Google. También me gustaría describir al desierto como seco, estéril, solitario y rocoso. Y fue en un desierto espiritual donde yo misma me encontré hace varios años. Porque fue una época de mi vida que era seca . . . aparentemente desprovista de la lluvia de la bendición de Dios; estéril . . . aparentemente carente de la evidencia de verdadero fruto en mi vida; solitaria . . . desprovista de cualquier percepción consciente de la presencia de Dios; y fue rocosa . . . llena de problemas y obstáculos y cosas difíciles. Si pudiera precisar un particular disparador que me lanzó a mi experiencia de desierto, sería la partida de mi madre al cielo. No fue solo que mi dolor me dejó una sensación de vacío y de profunda tristeza, sino que alrededor del tiempo de su muerte hubo muchas circunstancias que parecían conducirme a un lugar espiritualmente seco, estéril, solitario, rocoso. La vida parecía cerrarse sobre mí.

Una mañana fui especialmente consciente de la opresión y la oscuridad que parecía aplastar mi espíritu hasta el punto de que hallaba respirar. Me deslicé en el lugar donde me encuentro con el Señor por la mañana temprano, con la intención de abrir mi Biblia en los versículos sobre los cuales había estado meditando el día anterior. Pero como la divina providencia lo entendió, cometí un “error”. En lugar de abrir en el pasaje que quería, abrí en un capítulo que estaba varias páginas después. Pero antes de que pudiera corregir el error, mi mirada cayó en este versículo: “Entonces Moisés se acercó a la densa oscuridad en la que estaba Dios, pero los israelitas se mantuvieron a distancia”.¹ El versículo parecía estar iluminado. Saltó de la página cuando oí que Dios me susurraba a través de las palabras: *“Anne, la mayoría de las personas huyen del desierto. No les gusta la oscuridad de la opresión, la soledad, la sequedad, la esterilidad. No les gusta estar en un lugar difícil. Si creen que voy a llevarlos allí, se resisten, retroceden y no quieren saber nada de seguirme. Pero, Anne, Moisés se acercó a la densa*

oscuridad. Porque era allí donde Yo estaba. Y es ahí donde sigo, Anne. Acepta la oscuridad”.

Antes de que pudiera responderle, antes de que siquiera pudiera orar, antes de que siquiera pudiera pensar, me encontré volviendo varias páginas atrás adonde se “suponía” que debería estar leyendo. El primer versículo de la lectura era: “Mientras Aarón hablaba con toda la comunidad israelita, volvieron la mirada hacia el desierto, y vieron que la gloria del Señor se hacía presente en una nube”.² ¡Yermo es otro nombre del desierto! Ese lugar rocoso, estéril, seco, solitario en el que me parecía estar. Y yo sabía que Dios me estaba diciendo: *Anne, estoy aquí. Mira de cerca. Verás mi gloria en la nube oscura.*

Yo no era consciente de ver su gloria en ese momento. Todo lo que sabía era que Dios me había hablado y me había dicho que estaba allí. Así que bajé la cabeza, con lágrimas corriendo por mi rostro, y le susurré en respuesta: *Si realmente estás en la oscuridad, entonces la acepto. Yo quiero estar donde tú estás.*

Dios está en la oscuridad y Dios está en el desierto. Ahora lo sé por experiencia personal. Pero aunque Agar había conocido la presencia de Dios en su desierto años atrás, se había olvidado. Ahora no la conocía. Por eso, cuando de repente se encontró arrojada no solo a un lugar físico seco y estéril, solitario, rocoso, sino que también se encontró en un desierto espiritual: sola por primera vez en treinta años y cargada con la responsabilidad de proveer para las necesidades físicas, emocionales, intelectuales, espirituales y prácticas de un adolescente difícil. Agar necesitaba desesperadamente ayuda. Sabía que no podía volver atrás, pero no tenía idea de cómo seguir adelante. Y así anduvo errante . . . por el desierto de Beerseba³ y los páramos de su propia devastación espiritual y emocional.

Usted no necesariamente tiene que ser una madre sola, empujada allí por una muerte prematura o un divorcio desagradable, para encontrarse en la situación de Agar. Como en mi caso, tal vez la vida se acaba de estrellar contra usted. Las heridas y el rechazo pueden acumularse. Quizás usted siente que no tiene a nadie a quien recurrir, nadie con quien hablar, nadie que le ayude. Si usted y yo no tenemos cuidado, esa soledad puede hacer que también andemos errantes en nuestro espíritu. Queremos alejarnos de la oscuridad, salir del desierto, pero en nuestro frenético esfuerzo trastabillamos del remordimiento al resentimiento, de la autocompasión a la autoflagelación,

del autoengaño a la depresión, del quebrantamiento a la amargura, de la fe al agnosticismo, de la frustración al enojo, de la herida a la dureza, de la dureza a la impotencia. ¿Puedo preguntarle algo que me he preguntado a mí misma? En lo profundo de las cámaras ocultas de su alma, ¿siente que fue ofendido por Dios? ¿Incluso está enojado con Él? ¿Anda errante *alejándose* de Dios? Usted pensó que lo conocía, pero ahora Él parece por lo menos remoto. La solemne conclusión a la que he llegado es que si Él está en todas partes, significa que también está en el desierto. Y allí, si no puedo volverme a Él, ¿a quién puedo acudir?

Mientras Agar trastabillaba a través del vasto desierto, su ropa se llenaba de espinas, sus pies tropezaban con las rocas, y la garganta se le cerraba por el polvo, perdió de vista todo menos su propia desesperación. Su preocupación por sí misma, aunque comprensible, la cegó a la presencia de Dios y a la provisión de Dios. Pero Dios no estaba ciego respecto a Agar. Él seguía estando allí con ella y vigilaba cada uno de sus pasos. Aunque su mirada nunca la dejó, su corazón debe haberse dolido ante la condición indefensa y desesperada de ella. *Agar, ¿me recuerdas? Sigo siendo Aquel que te ve.*⁴ *No estás sola. Yo estoy aquí.* Pero Agar estaba tan absorta en sus heridas que no levantó la vista; no clamó a Dios; no oró. Con su mirada cabizbaja, lo único que podía hacer era llorar.

Mientras el viento del desierto soplaba haciendo remolinos de polvo en su cara y el cielo se volvía rojizo por el calor, su mente debe de haberse hundido en pánico, disparado por una sensación de total impotencia. No sabía a dónde podría ir o dónde vivir o cómo podrían sostenerse ella y su hijo. Hasta el momento en que se alejó de la casa de Abraham, Agar había llevado una existencia bastante protegida. No había necesitado pensar en proveer la comida para su mesa o la vestimenta para su espalda o el techo sobre su cabeza. Abraham le había suministrado generosamente todo lo que siempre había necesitado. Ahora de repente estaba librada a sí misma, era responsable de proveer para sus necesidades básicas y las de su hijo. Debe de haberse sentido totalmente indefensa, ya que, humanamente hablando, *estaba* totalmente indefensa.

La comprensión general de Agar de su estado de absoluta indefensión fue llevada al límite, no solo por su deambular por el desierto, sino por sus muy reales necesidades físicas inmediatas. Estaba desesperada por agua para sí misma y para Ismael: “Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo

de un arbusto”.⁵ Ninguno de ellos sobreviviría mucho más tiempo sin agua. Casi no existía posibilidad de que la hallara por su cuenta. Y puede haber ocurrido que no solo su cuerpo se estuviera deshidratado, sino que su espíritu estuviera sediento porque ella se sintiera totalmente separada de Dios.

Yo sé cómo es estar espiritualmente sediento y desesperadamente seco. Sediento de Dios. Sediento de Aquel mismo que en el pasado se reveló a sus hijos en el desierto. Al considerar la revelación de que la gloria de Dios podría verse en el lugar desierto . . . en el yermo . . . le he pedido que me la muestre. Miles de años antes, Moisés había hecho una solicitud similar, así que había razonado: ¿por qué no podría yo?

Así que una mañana abrí mi Biblia y me volví a Éxodo 33 y 34, el relato de la petición de Moisés a Dios de que le revelara su gloria y la respuesta de Dios.⁶ Leí que Dios había puesto a Moisés en la hendidura de una roca, lo cubrió con su mano, y luego retiró la mano y dejó que Moisés mirara, no su rostro, sino la “espalda” de su gloria.

- Al considerar este pasaje, comprendí que la gloria de Dios no es solo una dorada luz brillante o una nube. Su gloria es su carácter.⁷ Y entonces Dios comenzó a “hablarme” . . . frase a frase . . . *Anne, te he puesto en la hendidura de una roca. Intencionalmente te he puesto en un lugar difícil. Estás atascada allí. Pero te he cubierto con mi mano, y has sentido la cercanía de mi presencia. Luego saqué mi mano de modo que te has sentido abandonada por mí. Pero Anne, mira hacia atrás. ¡Mira hacia atrás! Mi gloria puede ser vista si miras hacia atrás.*
- Así que abrí los ojos de mi corazón y de mi mente. Miré hacia atrás en mi vida y algunas de mis experiencias más recientes. *Fue entonces cuando vi su gloria . . .*
- Cuando me pidieron que diera mi testimonio en un estadio, en una reunión de veinte mil personas, diez días después de que mi madre se fue al cielo, Dios evitó que mis rodillas se doblaran, que mi voz temblara y que mis lágrimas cayeran . . . luego me dio sus palabras para ofrecer la esperanza del cielo a los que estaban allí. Cuando miro hacia atrás, puedo ver que el consuelo que Él me ha dado fue suficiente para compartir a fin de yo pudiera consolar a otros.⁸
- Cuando en mi ministerio tuve radicales cambios de personal que podrían haber causado grandes daños a mi pequeño equipo, Él reunió al personal permanente alrededor de mí, y luego incorporó a otro personal

destacado, de modo que hoy estamos más fuertes y mejor que lo que estábamos antes de enfrentar los cambios. Cuando miro hacia atrás, puedo ver su sabiduría que perfeccionó nuestras operaciones.⁹

- Cuando me sometí a una cirugía abdominal mayor, Él me rodeó con amor, proveyó para todas mis necesidades, y me bendijo con la atención 24/7 de mis dos hijas. Luego, cuatro semanas después, me dio su fuerza para subir a una plataforma rodeada por ocho mil mujeres y compartir tres mensajes, conducir un taller, y supervisar la transmisión simultánea de nuestras reuniones de avivamiento *Just Give Me Jesus* (Solo dame a Jesús) en Augusta, Georgia. Cuando miro hacia atrás, puedo ver su fuerza que fue más que suficiente en mi debilidad.¹⁰

- Cuando mi esposo, Danny, fue trasladado de urgencia al hospital, donde permaneció durante tres semanas con una infección por MRSA (estafilococo áureo resistente a la meticilina), ocurrió un momento en que mi agenda fue “casualmente” borrada de modo que solo debí cancelar un compromiso para estar con él. Y Dios contestó la oración trayendo a Danny milagrosamente de regreso desde el borde de la muerte ¡con un corazón espiritualmente resucitado! Cuando miro hacia atrás, puedo ver que no solo es Jehová-Rafa, el que nos sana, sino que también es el Buen Pastor que va delante de nosotros, nos conduce, y cuida de nosotros mientras lo seguimos.¹¹

Realmente podría seguir durante muchas páginas, compartiendo un ejemplo tras otro, vislumbre sobre vislumbre de su gloria que Él me ha dado en la oscuridad. Lo interesante que he aprendido es que parece que no puedo ver su gloria en el momento de mi angustia. Como le dijo a Moisés, no se me permite ver su “rostro” . . . la parte frontal. Parece que no puedo ver de antemano cómo me va a proveer, apoyar, equipar, sustentar, fortalecer o bendecir cuando la vida comienza a cerrarse a mi alrededor. Pero cuando me ayuda a lograrlo, miro hacia atrás y veo que ha estado conmigo en cada momento, en cada paso del camino.

Así que . . . si usted se encuentra atascado en la hendidura de una roca, ¿le pediría al Dios de Moisés que le muestre su gloria? Luego mire hacia atrás . . .

Y si usted anda errante por el desierto—ese lugar espiritualmente seco, estéril, solitario, y rocoso—¿podría recordar que el Dios de Agar sigue estando ahí?

CAPÍTULO 10

Dios está atento

Él oye cuando usted clama por ayuda



Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo de un arbusto y fue a sentarse sola a cierta distancia, pues pensaba: No quiero ver morir al niño. En cuanto ella se sentó, comenzó a llorar desconsoladamente.

Génesis 21:15-16

Dios no siempre se revela a nosotros tan espectacularmente como nos gustaría que lo hiciera. Ni tampoco responde siempre de inmediato a nuestro clamor. Pero cuando lo invocamos, Él oye. Y responderá. Yo he experimentado su fidelidad en estar atento y responder cuando clamo.

Cuatro semanas después de la cirugía mayor dirigí nuestras reuniones de avivamiento *Just Give Me Jesus* (Solo dame a Jesús), como mencioné en el capítulo anterior. El programa de la semana incluía reuniones de equipo, una conferencia de prensa, entrevistas individuales para los medios de comunicación y la grabación de un video, así como mi propia preparación. Todo eso fue seguido por las reuniones de avivamiento, que se celebraron en el estadio James Brown la noche del viernes y todo el sábado. Cuando subí a la plataforma el viernes por la noche, aunque debería haber estado débil y exhausta después de una semana tan intensa, creo que nunca me había sentido más fuerte o más segura de que Dios me iba a ver hasta el final.

Dios derramó su bendición esa noche del viernes mientras veíamos que cientos de personas vinieron a la cruz arrepentidas del pecado. Y como Él no se queda sin bendiciones, también las derramó en abundancia todo el sábado, que fue una maratón ministerial. Él me dio energía para dar el devocional de apertura, el primer mensaje, el taller de estudio bíblico interactivo, y el mensaje final.

Hacia la mitad del último mensaje, me sentí movida a compartir acerca de mi cirugía con el público. Yo sabía que había experimentado una continua y milagrosa infusión de su fuerza y su poder a lo largo del fin de semana en particular, y quería que los presentes fueran alentados en su propio viaje de fe al vislumbrar su gloria. Así que en solo una o dos oraciones, compartí brevemente por lo que había pasado, y les pregunté: *Si Él puede ayudarme a mí, ¿por qué no cree que puede ayudarlo a usted también?*

Casi tan pronto como las palabras salieron de mi boca, comencé a sentirme débil y mareada. Coloqué las manos en el podio en forma de cruz para

equilibrarme y afirmarme, pero cuando mi lengua se engrosó y mis palabras comenzaron a arrastrarse, supe que me iba a desvanecer. Interiormente, mis pensamientos eran algo inquietantes. Acababa de decirle a la audiencia que el Espíritu de Dios me había dado fuerza y que estaba dispuesto a hacerlo por ellos. Si yo me desvanecía, les estaría comunicando que era una mentirosa y Él también. Mi colapso diría sin palabras que no se podía depender de Él en una situación imposible o siquiera difícil. Yo sabía que eso iba a empañar su gloria que con tanto fervor había querido que vieran. Solo habían pasado unos momentos, estoy segura, pero fue tiempo suficiente para que me pusiera sudorosa y húmeda, y mis ojos comenzaron a perder claridad ya que el estadio se volvió borroso. En silencio, en mi corazón, ¡clamé! La oración fue muy simple: *¡Jesús, ayúdame!*

En el momento en que clamé, una fresca brisa sopló sobre la plataforma . . . y siguió soplando. Recuperé la compostura mientras mi cuerpo se sentía refrescado por el mover del aire. Dejé de arrastrar las palabras y recobré la concentración. Las palabras comenzaron a salirme con claridad, y cuando cerré con un desafío a vivir para Jesús, y luego di la bendición, mi voz fue realmente dinámica y enérgica.

Al día siguiente, le pregunté a nuestro gerente de producción si él o alguna de las personas de detrás de las cámaras había observado que yo luchaba y había encendido un ventilador. Rió al decir: *Anne, en ese viejo lugar no hay ningún ventilador que pudiéramos haber encendido aunque hubiéramos querido hacerlo.* Y yo supe que Dios había oído mi clamor y había intervenido para librarme de un dramático colapso.

Dios está atento. Y no solo en la plataforma pública de un estadio, sino que está atento en la vida. En cada momento de cada día, en cada situación. Pero puede ser necesario que usted y yo clamemos antes de que Él nos ayude. Qué desalentador sería llegar un día al cielo y descubrir todas las situaciones de las que podríamos haber sido librados, todas las bendiciones que podíamos haber experimentado, si solo hubiéramos clamado a Él pidiendo ayuda, pero no lo hicimos.

Un amigo de la familia me contó que durante años había compartido el evangelio con su querido médico. Debido a los graves problemas de salud que requerían que mi amigo le hiciera repetidas consultas, él y el doctor habían llegado a ser amigos íntimos. El médico, que era de otra religión, rechazaba una y otra vez las Buenas Noticias que mi amigo le presentaba.

Pero una noche, un tremendo terremoto sacudió toda la zona donde ambos vivían.

Varios días después, mi amigo volvió a ir a la consulta. Esta vez, el médico tenía una cálida sonrisa en el rostro y brillo en sus ojos cuando le compartió que finalmente se había arrepentido de su pecado y había confiado en Jesús como su Salvador. ¡Mi amigo estaba emocionado! Cuando le preguntó al médico cómo había llegado finalmente a esa decisión después de resistir por tanto tiempo, el doctor respondió: “Yo nací de nuevo entre la cama y el suelo”. Luego, con una sonrisa, explicó que el terremoto lo había arrojado de su cama y que antes de tocar el suelo clamó para ser salvo de su pecado. Y Dios, que había estado a su lado, lo salvó.

La Biblia describe a Abraham como un hombre que sabía lo que era clamar a Dios. Su vida de oración era uno de sus puntos fuertes. A menudo hablaba con Dios, no solo a su propio favor, sino también a favor de otros.¹ Cuando construía sus altares de oración, lo hacía de manera clara,

y pública.² No hay duda de que Agar fue testigo de que Abraham edificaba esos lugares de oración, así como que lo oyó hablar con Dios. Por eso, es especialmente curioso que Agar, después de vivir veinticinco años en casa de Abraham, no haya seguido su ejemplo ni rogado por su situación desesperada.

Quizás Agar estaba tan abrumada por una combinación de trauma emocional y físico—conmoción, miedo, confusión, sed y agotamiento—que nunca se le ocurrió orar. O tal vez sí se le ocurrió, pero quizás pensaba en Dios como alguien que estaba disponible en los altares y para necesidades espirituales, pero no en el desierto y para necesidades prácticas como agua y dirección. Quizás razonó que en realidad, de todos modos Dios no se preocupaba por ella, al menos no como una persona distinta por derecho propio. Tal vez la única razón por la que realmente se había preocupado antes por ella era porque integraba la familia de Abraham. Si era así, debe de haber sentido que había perdido para siempre la bendición y el derecho a la atención de Dios. Aunque una vez se hubiera sentido segura de que Él al menos se preocupaba por su hijo, esa esperanza puede haberse evaporado cuando nació Isaac. O quizás le estaba dando a Dios el tratamiento del silencio, enojada porque Él no solo había permitido que ocurriera ese horrible suceso sino que parecía haberlo dirigido.

Cualquiera fuera la razón, Agar no oró. En realidad, es difícil detectar

alguna evidencia de fe en sus acciones: “Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo de un arbusto y fue a sentarse sola a cierta distancia, pues pensaba: No quiero ver morir al niño”.³ ¿Morir? ¿Morir? Quiero decir: *Agar, sal de eso pronto. Otra vez sientes lástima de ti misma. ¿No estás olvidando algo? Algo muy importante. ¿Acaso Dios no te dijo que aumentaría tus descendientes?*⁴ *¿Eso no implica que Ismael tendrá hijos? Ismael ni siquiera se ha casado todavía. ¿Dónde está tu fe, Agar? Deja de mirar tus circunstancias y arraiga tu fe en el carácter de Dios y en la Palabra de Dios. Pero Agar no lo hizo. En cambio, se derrumbó desesperada.*

¿Es allí donde está usted, al final de su cuerda? ¿Ha arrojado su corazón herido bajo un arbusto de amargura o de rencor, de autocompasión o autodefensa, de lamento o de venganza, de resentimiento o de racionalización, de miedo o frustración? No permita que el enojo endurezca su corazón o haga que culpe a Dios por lo sucedido. No deje que eso le impida invocar a Dios. Ahora.

Oro para que el siguiente relato lo anime a clamar . . .

Como musulmana, María⁵ se considera una de las descendientes de Agar. Se encontró en una situación verdaderamente desesperante, viviendo con un marido que es un fanático religioso y que la golpeaba constantemente. No solo ella era víctima de abuso, sino que su marido también abusaba de su hijo de cinco años, golpeándolo y quemándolo con cigarrillos.

María oraba una y otra vez a su dios, pero no recibía respuesta. Finalmente, en su desesperación, gritó: *Dios, ¿dónde estás? ¿Quién eres tú?* En sus propias palabras, esto es lo que pasó . . .

“Yo estaba llorando en el suelo, pidiendo ayuda a gritos. De repente, vi un destello de luz brillante. Llenó la habitación y era la sensación más hermosa, calmante, y reconfortante que he tenido jamás en mi vida. Pero entonces, ocurrió algo aun más notable: Jesús se paró frente a mí y me habló. Su rostro estaba cubierto por una luz brillante, sus manos se extendieron para invitarme a su abrazo; tenían marcas de haber sido perforadas. Me dijo: “Aquí estoy. No estás olvidada. Yo morí por ti. Este mal pasará: Yo te libraré de él”. Después se fue. Nunca me he sentido tan segura y tan amada en mi vida.

Luego conocí a un creyente que me enseñó en la Biblia cómo recibir a Jesús como mi Salvador y convertirme en su discípula. Yo estaba más que deseosa de consagrarle mi vida a Él aunque eso pudiera significar que me mataran. No importaba: ¡No quiero estar nunca lejos de mi Jesús! Ahora soy una seguidora de Jesús”.

El mismo Ángel del Señor que prestó atención a Agar hace miles de años estaba prestando atención a esta “hija” de Agar. Y tan emocionante como es el testimonio de María . . . y tan cierto . . . enfatiza dramáticamente el hecho de que el Ángel del Señor nos está prestando atención a usted y a mí también. Dios oye nuestros gritos de desesperación, y responderá. Si tuviéramos ojos para ver en la esfera invisible, lo veríamos a Él allí de pie en la luz de su gloria, con los brazos extendidos, los ojos llenos de lágrimas, calmándonos con su presencia y su amor y su paz y su poder para salvar.

En su miseria, Agar puede haber culpado a todos los demás por lo que pasó. Sin embargo, en ese momento crítico de su vida, en realidad ya no importaba quién tenía la culpa de su situación desesperante y de su impotencia. No importaba si era culpa de Faraón por darla a Abraham y a Sara; o culpa de Abraham y Sara por sacarla de Egipto, o culpa de Sara por darla a Abraham, o culpa de Abraham por dormir con ella, o su propia culpa por despreciar con orgullo a Sara, o culpa de Ismael por perseguir a Isaac. Había suficiente culpa para repartir. Lo único que importaba ahora era que Agar ya no podía soportar más el desierto, el calor, la sed, el miedo, el sonido del llanto de Ismael. No podía soportar más las consecuencias. Ya había tenido bastante. Pero aún así, no levantó la vista.

¿Sufría de desilusión? Abraham no es un auténtico hombre de fe. Él es tan miserable como cualquier pagano de Egipto.

¿Alegaba en defensa propia? Si Dios conociera correctamente todos los hechos, estaría de mi lado.

¿Se permitió la autocompasión? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

¿Se regodeó en el resentimiento? ¿Por qué debo ser responsable por el comportamiento de Ismael? Todo el mundo sabe que los adolescentes hacen y dicen cosas que no deberían.

¿Experimentó remordimientos? Si hubiera sido una mejor madre y hubiera controlado más a Ismael, no se habría metido en problemas.

¿Temía lo peor? A causa de mi pecado y mi fracaso, ¿mi hijo nunca tendrá

futuro? ¿Morirá en su condición perdida porque no puedo encontrar mi camino? ¿He perdido la bendición de Dios e hice que mi hijo también pierda la suya?

Me imagino a Agar en una postura de absoluta tristeza y desesperación: encorvada con la cabeza entre las rodillas y las manos envolviéndole la cabeza, sollozando, meciéndose hacia adelante y hacia atrás sobre sus talones. Mientras tanto Ismael, bajo la escasa sombra de uno de los pocos arbustos que salpicaban el árido paisaje, estaba literalmente muriendo de sed. Tal vez había sido tan mimado y consentido en la casa de Abraham que nunca había desarrollado habilidades de supervivencia ni había aprendido a tomar la iniciativa. Así que se acurrucó en lo que supongo era una desesperada posición fetal, haciéndose eco de la impotencia y la desesperanza de su madre, y lloró sin consuelo. Como Agar había perdido su camino, él parecía estar convencido de que ambos iban a morir.

Sin embargo, mirando desde el cielo se hallaba Aquel que les prestaba atención. Con infinita ternura y compasión, sus ojos nunca se apartaban de Agar ni de Ismael. Sus oídos estaban atentos, escuchando el más leve clamor de ayuda. ¿Por cuánto tiempo iban a persistir en su miseria? ¿Cuánto deberían descender antes de levantar la vista? Dios parecía estar esperando pacientemente oír su clamor.

La historia de Jonás en el Antiguo Testamento nos brinda otro dramático ejemplo bíblico de la intervención de Dios cuando es llamado. Tuvo lugar aproximadamente mil años después de Agar. Jonás era un profeta enviado por Dios para entregar un mensaje a Nínive, la capital del peor enemigo de Israel, Asiria. En vez de obedecer, Jonás compró un pasaje en un barco rumbo a Tarsis, que estaba en la dirección exactamente opuesta a la que Dios le había indicado. *Jonás huyó de Dios*. Pero como ya hemos visto en la vida de Agar, eso es imposible. Nadie puede escapar de Dios.

Casi tan pronto como Jonás salió al mar, se levantó una gran tempestad. Cuando el barco en el que viajaba se hundía, admitió a los marineros que él estaba huyendo de su Dios. Para salvarse a sí mismos y al barco, lo tiraron por la borda. Aquí es donde la historia se pone realmente muy interesante. Jonás terminó en el vientre de un gran pez que se lo tragó tan pronto como cayó al agua. ¡Ni siquiera puedo imaginar cómo debe haber sido eso! Encontrarse en las fauces viscosas de un gran pez, aspirado por un enorme remolino que lo llevó como una hoja diminuta en la espuma del mar revuelto,

rodeado de pequeños peces y restos, ¡y luego sentir la compresión del estómago del pez cuando los jugos gástricos comenzaban a digerirlo! Seguramente, había tocado fondo. No había un lugar más bajo en todo el planeta que el vientre de ese pez. Pero fue desde esas mismas profundidades que él finalmente levantó la mirada y clamó por la ayuda de Dios:

En mi angustia clamé al Señor, y él me respondió.

Desde las entrañas del sepulcro pedí auxilio, y tú escuchaste mi clamor.

A lo profundo me arrojaste, al corazón mismo de los mares; las corrientes me envolvían,

todas tus ondas y tus olas pasaban sobre mí.

Y pensé: He sido expulsado de tu presencia.

¿Cómo volveré a contemplar tu santo templo?

Las aguas me llegaban hasta el cuello, lo profundo del océano me envolvía; las algas se me enredaban en la cabeza,

arrastrándome a los cimientos de las montañas. Me tragó la tierra, y para siempre

sus cerrojos se cerraron tras de mí.

Pero tú, Señor, Dios mío, me rescataste de la fosa.

Al sentir que se me iba la vida, me acordé del Señor, y mi oración llegó hasta ti,

hasta tu santo templo.⁶

Jonás tuvo toda la atención de Dios. Le estaba prestando atención cuando Jonás oró. Y respondió inmediatamente. Hizo que el pez literalmente vomitara a Jonás en tierra firme. Dios rescató a Jonás, pero no lo relevó de su misión divina. Dios se mantuvo firme en su mandato original, enviando a Jonás directamente a Nínive. Y Jonás, recién vuelto a consagrar a la voluntad de Dios, fue y predicó. Como resultado, toda la ciudad de Nínive, desde el rey hasta el común de las personas de la calle, se arrepintió del pecado y se sometió a Dios.

Mil años después de Jonás, seguimos viendo vemos esta dinámica obrando claramente en la relación de Jesús con sus discípulos. Ellos se esforzaban con los remos de la embarcación durante una tormenta de viento en el mar de Galilea. La Biblia nos dice que cuando Jesús caminó hacia ellos, “iba a pasarlos de largo”. No subió al barco y calmó el mar hasta que ellos clamaron

a Dios.⁷

Si Dios escuchó el clamor de sus discípulos en medio de una tormenta . . .

Si Dios escuchó el clamor de un profeta desobediente, rebelde, desafiante que había caído tan bajo como para terminar en el vientre de un gran pez . . .

Si Dios escuchó el clamor de una desesperada madre musulmana . .

.

Si Dios escuchó el clamor de mi amigo médico durante el terremoto . . .

Si Dios escuchó mi clamor en el podio de la plataforma de un estadio . . .

¿Por qué cree usted que Él no va a escuchar su clamor?

Dios es un caballero. Él no va a forzar el camino de su vida, o insistir en ayudarlo cuando parece que usted no quiere, ni se entrometerá en su situación. Él espera que usted le *pida* para intervenir. Casi cuatro mil años después de Agar, tres mil años después de Jonás, dos mil años después de los discípulos, Dios sigue estando atento, querido lector. Sí, Él lo hace. Pero puede estar esperando que usted lo llame. De modo que llámelo. Clame, ahora. Use las palabras de mi oración. *Jesús, ayúdame . . .*

☞ CAPÍTULO 11 ☞

Se rompe el silencio

Dios es un Dios que escucha la oración, que contesta la oración, ¡que obra milagros!1



Dios oyó al niño sollozar, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo . . .

Génesis 21:17

A veces las lecciones más valiosas son captadas, no enseñadas. Como el ejemplo de Abraham a Ismael, la vida que mis padres llevaban en nuestra casa me proveyó algunas de mis lecciones más importantes.

Un incidente se destaca con brillante claridad . . .

La semana siguiente a mi decimoséptimo cumpleaños, mi padre era el orador invitado en una asamblea de la escuela pública para honrar la graduación de mi clase de secundaria. La asamblea era abierta a las familias y amigos de los graduados, y como mi padre era el orador, se celebró fuera de la escuela en un auditorio cívico. Yo estaba llegando tarde y salí corriendo de casa, hablándoles a mis padres por sobre el hombro, diciéndoles que iba antes que ellos pues había prometido recoger a algunos amigos de paso.

Salté al pequeño escarabajo VW Beetle de mi madre, que me lo había prestado para la ocasión, pisé a fondo el acelerador, y bajé volando la carretera de montaña de un carril que conducía a nuestra casa. Hice muy buen tiempo hasta que doblé una curva cerrada y, para mi horror, fui confrontada por un gran Buick Riviera procedente de la carretera. Pisé los frenos, giré el volante bien a la derecha, me estrellé contra una valla de contención, pero no sin antes chocar contra la parte delantera del auto que venía en dirección contraria.

Con el sonido de metal aplastado, vidrios rotos y giros de neumáticos sonando en mis oídos, traté de abrir la puerta, pero se había cerrado aplastada por el golpe. Así que me arrastré por encima de la palanca de cambios y salté afuera por la puerta del acompañante. La conductora del Buick estaba de pie junto a su coche con ojos muy abiertos por el impacto y el miedo. La reconocí como una vecina, la Sra. Pickering.

Rápidamente me disculpé: “Lo siento mucho, señora Pickering. Todo es mi culpa. Por favor ayúdeme a sacar el guardabarros de la rueda y déjeme ver si el coche enciende. Llego muuuuy tarde”. Ella hizo lo que se le pidió, y

luego subí por la puerta del acompañante, me arrastré sobre la palanca de cambios, y me senté en el asiento del conductor. Hice retroceder el coche de la valla de contención, bajé el vidrio de la ventanilla de la puerta del acompañante y le rogué: “Señora Pickering, por favor, no le diga nada a mi papá. Les diré a mis padres después del servicio, pero no quiero decir nada ahora”.

Conduje lentamente por la ciudad para recoger a mis amigos, pero entonces algo me llamó la atención. Cuando miré por el espejo retrovisor, vi luces azules centelleantes. *¿Podría empeorar este día?* ¡No podía creer que estaba siendo detenida por la policía local! Las lágrimas comenzaron a fluirme. El oficial se acercó a la ventanilla y por un momento se quedó mirándonos alternativamente a mí y al coche antes de decir finalmente lo obvio: “Bueno, señorita, parece que ha estado en un accidente”.

Asentí con la cabeza. Esperó y se quedó mirando un poco más.

“Asegúrese de conducir con más cuidado”, dijo finalmente.

Asentí con la cabeza otra vez, y me dejó ir.

En el momento en que recogí a mis amigos, ¡yo era un desastre! Me acribillaron a preguntas que traté de contestar con lágrimas en los ojos mientras conducía para el servicio. Cuando llegamos, estacioné el coche con cuidado para que el lado destrozado quedara oculto por unos arbustos, esperando que nadie lo notara ni le preguntara a mi madre qué le había pasado a su coche. Luego corrí a tomar mi lugar en la fila de último año que ya marchaba hacia el auditorio.

No recuerdo mucho sobre el servicio excepto que mi padre se dirigió al otro lado de la plataforma, me miró fijamente, y luego anunció a todos y cada uno que yo nunca había causado ningún problema y siempre había sido una alegría para mi madre y para él. ¡Me quería morir!

Después del servicio, estaba tratando de hacer una salida rápida cuando alguien dijo: “Anne, tu padre quiere verte”. Estaba segura de que el juicio estaba a punto de caer. En cambio, mi padre simplemente estaba respondiendo al requerimiento de fotógrafos y reporteros que querían una fotografía de él ajustando la borla del birrete de su graduada del último año. Al día siguiente, nuestra imagen estaba en la primera página del *Citizen-Times* de Ashville. Claramente visibles había manchas de rímel corriendo por mi cara, ¡que estoy segura de que los lectores atribuyeron a la emoción por mi graduación!

Finalmente, tuve la oportunidad de escaparme, llevar de regreso a mis amigos a sus respectivas casas, y conducir de vuelta a mi hogar. Muy lentamente. Mientras conducía, oré: “Por favor, querido Dios, *por favor*, que mi papá esté en cualquier lugar—puede estar al teléfono, puede estar en su estudio, puede estar dando un paseo—solamente que por favor no esté donde tenga que verlo ahora mismo, porque tengo que meditar en esto. Prometo que voy a decirle lo del choque, pero no ahora”.

Accedí a la entrada para el auto, estacioné el coche, de modo que el lado aplastado estuviera protegido de la vista de cualquier persona de la casa, y luego subí en puntas de pie hasta la puerta principal. Abrí con mucho cuidado la puerta con tela metálica para que no chirriara, me deslicé dentro, y estaba a punto de subir corriendo las escaleras hasta mi habitación cuando miré a la cocina. Allí estaba mi padre de pie, con sus penetrantes ojos azules dirigidos hacia mí.

Hice una pausa por lo que pareció un momento muy prolongado congelado en el tiempo. Luego corrí hacia él y lancé mis brazos alrededor de su cuello. “Papá, lo siento mucho. Si supieras lo que hice, nunca habrías dicho todas esas cosas lindas de mí en el servicio”. Le conté de mi accidente: cómo había conducido demasiado rápido y había chocado con el auto de la vecina. Le dije que no era culpa de ella; todo era mi culpa. Mientras lloraba sobre su hombro, dijo cuatro cosas que me enseñaron verdades importantes, no solo acerca de la vida, sino también, en última instancia, acerca de mi Padre Celestial:

- “Anne, supe todo el tiempo lo de tu choque. La señora Pickering vino directamente a la montaña y me lo contó. Yo estaba esperando que vinieras a decírmelo tú misma”.
- “Te amo”.
- “Podemos arreglar el coche”.
- “Tú serás una mejor conductora debido a esto”.²

¡Qué ejemplo de la gracia! En los brazos de mi padre terrenal, experimenté el amor y el perdón que no merecía. Y eso me dio una comprensión más profunda de lo que significa experimentar el abrazo lleno de amor y de perdón de mi Padre Celestial.

Tarde o temprano, todos estamos envueltos en algún tipo de accidente, puede ser físico, emocional, financiero, o relacional. El accidente puede deberse a su propia culpa o ser culpa de otro. Cuando el daño es por su culpa,

hay una buena probabilidad de que sea confrontado por las luces azules intermitentes de la policía de la moralidad. Se quedarán boquiabiertos ante usted y ante los restos y dirán: “Vaya, vaya. Parece que ha tenido un accidente. Ha hecho un lío con su vida, y ha herido a otras personas”. ¡Como si usted no supiera que ha tenido un accidente! La crítica de ellos no ayuda; solo profundiza la herida y la vergüenza y la culpa.

Cuando Dios observaba silenciosamente a Agar e Ismael, qué entristecido debe de haber estado. Aunque en verdad Él había dirigido Abraham a exiliar a Agar e Ismael, también los amaba. Si tan solo clamaran a Él. Si tan solo corrieran hacia Él. Si tan solo lanzaran sus brazos de fe alrededor de Él. Debe de haber sido casi insoportable para Dios tolerar el silencio y verlos sufrir, especialmente cuando Él estaba ahí mismo. Pero Dios es paciente. Simplemente esperó.

Me pregunto si los sollozos de Agar se convirtieron en gemidos apagados cuando su agotamiento comenzó a afectarla. ¿La brisa caliente siguió aumentando, el piar de los pájaros se detuvo y el silencio se apoderó del desierto como si la creación misma contuviera el aliento escuchando, esperando hasta la más mínima indicación de que Agar e Ismael clamarían al Dios que estaba allí?

Finalmente, el silencio fue quebrado por un sonido áspero de una garganta reseca, pero no provenía de Agar. Venía de la dirección de los arbustos. ¡*Ismael!* El adolescente arrogante e insolente estaba extendiendo su mano hacia el Dios de su padre, el mismo Dios que había . . .

Renovado su pacto con el padre de Ismael, comprometiéndose con Abraham y su familia para siempre,³

Aceptado el clamor de Ismael por una relación con Él cuando Ismael siguió el ejemplo de Abraham y se sometió a la circuncisión, la señal del pacto,⁴

Prometido a Sara darle un hijo propio,⁵

Escuchado la persistente intercesión de Abraham por Sodoma, y respondido luego al salvar a Lot del juicio que cayó sobre la ciudad,⁶

Contestado la oración milagrosamente, liberando a Abraham y a su familia entera de una situación muy peligrosa en Gerar.⁷

Me pregunto si la experiencia de Ismael en Gerar volvió vívidamente a su

mente. Él tendría alrededor de trece años de edad en ese entonces. Abraham había llevado a la familia a Gerar después de la destrucción de Sodoma. Temeroso de ser maltratado por el rey, Abraham mintió acerca de Sara, diciendo que era su hermana; fue una mentira que ya lo había metido en problemas antes.⁸ Toda la familia se vio inmersa en una situación de vida o muerte, que era claramente culpa de Abraham. Sin embargo, Dios estaba atento. Cuando Abraham oró, Dios respondió y los liberó milagrosamente.

Ismael debe de haberse preguntado: *¿Hay alguna esperanza de que el Dios de mi padre pueda oír mi clamor?* Se encontraba en una situación aterradora: perdido y muriendo de sed en el desierto sin saber qué hacer ni adónde ir después, perdiendo rápidamente la fuerza, el aliento y la vida misma. Pero si Dios había oído a su padre, quizás también lo oiría a él. Solo había una manera de averiguarlo. Y así Ismael simplemente dejó de llorar y comenzó a clamar.

¡El corazón del Padre debe haber saltado de gozo! Sin duda, el cielo debe de haber aplaudido porque “Dios ha escuchado los sollozos del niño”.⁹ ¡Qué maravillosa gracia!

Este aspecto de la historia de Agar e Ismael es especialmente significativo para mí como progenitora. Como el ejemplo de Abraham a Ismael, la vida que llevaron mis padres en nuestro hogar me proporcionó algunas de mis lecciones más importantes. Me pregunto si les estoy proporcionando la misma clase de invaluable lecciones de vida a mis propios hijos y nietos.

Cuando mis hijos—y los suyos—se encuentran en una situación sumamente difícil—especialmente como resultado de sus propias decisiones equivocadas, palabras equivocadas, y acciones equivocadas,—me pregunto qué van a recordar sobre la forma en que manejamos nuestras propias situaciones difíciles. ¿Hemos escondido de ellos nuestras faltas y pecados, presentándoles la fachada de un padre perfecto? ¿O hemos permitido que vean la gracia de Dios en nuestras vidas cuando no la merecemos (bendiciéndonos, contestando nuestras oraciones, y liberándonos de heridas autoinfligidas)? Me pregunto si los recuerdos de nosotros en medio de lugares y situaciones difíciles les estorbarán o los animarán a clamar a Dios.

Lo que sí sé por experiencia es que cuando he estado envuelta en un accidente, ha sido de vital importancia no huir de mi Padre Celestial, ni negar mi responsabilidad, ni racionalizar mi conducta. Ha sido vitalmente importante correr hacia Él, extender hacia Él los brazos de mi fe y confesarle

mi pecado. Derramar mi corazón y contarle el problema en que estoy y el lío que he hecho. No solo he descubierto que Él es realmente un Dios que oye la oración, que contesta la oración, sino que me ha permitido ser un ejemplo para los que están más cerca de mí y a quienes más amo . . . mi propia familia.

Nunca olvidaré el piadoso ejemplo de mi propio padre. E Ismael seguramente tampoco olvidó el ejemplo de Abraham. Tal vez fue precisamente porque Ismael clamó que Dios oyó, “y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo”.¹⁰

Pero espere un minuto. ¿Es ese un error? ¿No se supone que Dios responda directamente cuando clamamos a Él? ¿Por qué Él llamó a Agar cuando era Ismael el que clamaba? ¿Podrá haber sido que Ismael estuviera clamando a Dios *por su madre*?

Yo sé que Dios oye las oraciones de los hijos por sus madres porque he experimentado sus respuestas a las oraciones de mis hijos por mí. Un ejemplo viene rápidamente a mi mente. Tuvo lugar cuando yo dirigía mi seminario anual en el Centro Cristiano de Conferencias “The Cove” del Centro Billy Graham, en Asheville, Carolina del Norte. Cada año, durante el seminario, me quedo en una de las cabañas de los conferencistas y disfruto de algunas caminatas por las montañas como descanso mientras preparo el material didáctico. En los últimos años, he visto gran variedad de vida silvestre, incluyendo un león montañés, una osa madre con tres oseznos, un gato montés, un lince con dos cachorros, serpientes, muchos ciervos y pavos salvajes, solo para nombrar algunos. Tengo un sano respeto por esas criaturas y mantengo mi distancia, pero usualmente no me atemorizan.

Recientemente, durante mi estancia en la cabaña de The Cove, mi hija menor, Rachel Ruth, sintió carga por mi seguridad. Aunque estaba a más de doscientas millas de distancia, sintió que de alguna manera yo estaba en peligro. De modo que oró fervientemente por mi protección. Sorprendentemente, ella en efecto mencionó en la oración el peligro que sentía que yo afrontaba: un amenazante oso negro.

Cuando comparamos notas después, descubrimos que yo había salido de mi cabaña para dar una caminata en el momento en que ella había estado orando. Cuando cerré la puerta de la cabaña, mis ojos captaron algo de movimiento, y, cuando miré más de cerca, vi un oso negro grande, escuálido y sarnoso en la arboleda cercana. Me quedé allí por un momento, observando,

y luego me di cuenta ¡de que el oso venía directamente hacia la cabaña! Me metí de nuevo por la puerta, la cerré con fuerza, y luego me dirigí a la ventana. Efectivamente, el oso subió al porche de la cabaña, derribó el vaso de té helado que acababa de dejar junto a la silla mecedora ¡y empezó a destrozar el almohadón sobre el cual había estado sentada! Cuando di un golpe en la ventana para que dejara el almohadón, se alzó sobre sus patas traseras y me miró ferozmente. Mientras yo observaba, rodeó la cabaña tres veces antes de finalmente irse serpenteando hacia la arboleda.

Lo que me impactó fue que el oso no parecía asustado de mí en absoluto. En ocasiones, me he topado con osos durante una excursión, y siempre me han evitado, y yo he hecho todo lo posible por evitarlos a ellos. Pero este oso se veía como estuviera famélico, su comportamiento no era normal, y creo que me habría perseguido si me lo hubiera encontrado en el sendero. Si yo hubiera salido de la cabaña apenas cinco minutos antes, no habría sido consciente de su acecho desde la arboleda cercana, y me habría encontrado afuera, expuesta a la amenaza de ataque.

Esta experiencia trajo una doble bendición: no solo fui salvada del peligro, sino que además me alentó grandemente en el conocimiento de la sensibilidad de mi hija y de que las oraciones personales a mi favor eran oídas y respondidas por Dios. Qué notable, qué asombroso, qué lección de humildad pensar que Dios oye el clamor de nuestros hijos . . . ¡*por nosotros!*

Mi experiencia me lleva a creer que Ismael estaba clamando a Dios en favor de su madre. Quizás hasta fue tan lejos como para confesar sus faltas y reconocer que no merecía la misericordia de Dios. Quizás rogó a Dios a favor de su madre, porque la veía como la víctima inocente de su mal comportamiento que le arruinó la vida. Quizás, en la humildad surgida de la desesperación, su orgullo, su arrogancia, y su egocentrismo finalmente se quebraron al orar por otro. Quizás su clamor fue expresado en un tono de arrepentimiento.

Si Ismael estaba en verdad orando al Dios de su padre, la Biblia no nos da detalles. Lo que sí dice es que Dios *escuchó los sollozos del niño*.

Yo sé que Dios oye las oraciones de los hijos por sus padres. Pero también sé que Dios oye y contesta nuestras propias oraciones, no solo las de nuestros hijos, porque Él es un Dios que escucha la oración, contesta la oración y obra milagros.

Arroje su corazón y su mente con la frase que se repite dos veces en un

versículo: *Dios ha escuchado.*¹¹ Dios ha escuchado sus sollozos; Él ha escuchado los sollozos de su hijo o su hija; ha escuchado los sollozos de sus seres queridos y amigos y vecinos, y de todos y cada uno de los que levantan sus voces y lloran . . . a Él.

Si usted escucha atentamente, oirá a su Padre Celestial susurrar: *Te he oído llorar. Todo el tiempo he sabido de tu ruina . . . el enmarañado y problemático caos de tu vida. Yo te estaba mirando cuando sucedió. No hay nada que digas o hagas, no hay lugar adonde vayas, ni persona con quien estés, que yo no lo sepa. Estaba esperando que vinieras a contármelo. Te amo. Puedo redimir el caos y cambiar las consecuencias en una bendición si me los entregas a mí. Y a la larga, serás una mejor persona debido a esto. Porque yo soy un Dios que escucha y contesta la oración. Y puedo hacer milagros a tu favor.*

CAPÍTULO 12

Un espíritu obstinado

Exiliarse de Él es una autoimposición



¿Qué te pasa, Agar?

Génesis 21:17

Hace varios años conocí a un joven apuesto, talentoso, muy inteligente. William era un periodista investigador de un importante periódico. Él llamó mi atención por medio de un artículo que había escrito describiendo su viaje *de alejamiento* de Dios. Al mismo tiempo, yo acababa de publicar *Magnífica obsesión*, un libro acerca de mi viaje *hacia* Dios. En el artículo, él se describía a sí mismo como un cristiano nacido de nuevo que se había sentido seguro de tener una relación con Dios. Pero durante el transcurso de su trabajo como periodista, había descubierto tal hipocresía en la iglesia organizada y entre quienes se llamaban a sí mismos cristianos que se había desilusionado más y más. Culpó a Dios por permitir el pecado y el abuso que él había descubierto, y no pudo separar a Dios del falible pueblo de Dios. Y así William se había marchado del pueblo de Dios . . . y de Dios. Desde entonces ha construido una especie de carrera de hablar y escribir en torno a su profesado agnosticismo. Compré y leí su libro que describía cómo él perdió la fe informando sobre la religión en Estados Unidos y cómo incluso encontró una inesperada paz en la pérdida.¹ Mi corazón se entristeció, y comencé a orar por William cada vez que lo recordaba, lo cual fue con frecuencia, durante más de un año.

Al mirar mi futuro programa de viaje una mañana, noté que estaría en la zona donde trabajaba William. Le pedí a un miembro del personal que se contactara con él para ver si estaría abierto a tener una conversación conmigo. Él estuvo de acuerdo. Me sentí cada vez más llena de expectativas cuando resultó evidente que las huellas digitales de Dios estaban en todos los arreglos. El hotel en el que yo iba a estar se hallaba a dos cuadras de la sede en la que él hablaría el mismo día en que yo había solicitado una reunión. Así que . . .

Varias semanas después, me encontré mirando a los ojos a William por sobre un vaso de té helado en el comedor del hotel. Él era cálido, amigable, y como es lógico, un poco cauteloso. Mientras trataba de que estuviera a gusto,

me sentí abrumada por la conciencia del amor de Dios por William. Pude *sentir* el amor de Dios por él, y supe que William tenía toda la atención del cielo. También supe que a Dios le interesaba profundamente que él hubiera sido herido y herido por cristianos. Y así, del mejor modo que fui capaz, le transmití el mensaje que Dios había puesto en mi corazón.

Le dije a William que lamentaba mucho la manera en que nosotros—el pueblo de Dios—nos habíamos comportado. Le pedí perdón por las muy reales heridas que los cristianos le infligieron. También le compartí algunas de las heridas que yo había experimentado. Le dije que, si bien habíamos tenido experiencias similares, habíamos llegado a conclusiones drásticamente diferentes. En lugar de alejarme de Dios, la hipocresía y el pecado que yo había visto en la iglesia organizada y en la vida de algunos del pueblo de Dios, habían hecho que yo corriera hacia Dios, rodeara su cuello con los brazos de mi fe y me aferrara con fuerza, sabiendo que Él no era como la gente que me había herido. Yo había tomado la decisión de aceptar conocer a Dios como Él es realmente, no como algunas personas dicen que puede ser, o como creen que es, o como representan que Él es. Yo volví a consagrar mi vida para reflejar quién es Dios realmente, a través de mis propias palabras, acciones y decisiones. No quiero ser jamás como *ellos*, los que me habían dañado. Concluí con una apremiante apelación: “William, Dios te ama. No lo rechaces porque otros te han rechazado o decepcionado. Él no es como ellos. Conócelo por quien Él es, no por la imagen empañada que algunas personas dan de Él. Dios desea que tú lo conozcas en una relación de amor personal. ¡Vuelve a Dios!”.

Cuando nos separamos, el querido William se inclinó y besó mi mejilla. Aunque tuvimos una cálida compenetración y él escuchó con respeto lo que yo tenía que decir, no detecté ningún cambio en su actitud. Cuando regresé a mi habitación después de nuestra reunión, había lágrimas en mi rostro, y creo que también hubo lágrimas en el rostro del Dios que lo ama. Hasta donde sé, William sigue manteniendo su opinión de que no hay Dios. Aunque él culpó rápidamente a otros por el camino que lo llevó a esa conclusión final, yo no pude sino preguntarme si su prolongado exilio espiritual era autoimpuesto.

Me pregunto si en esa etapa de su viaje también Agar tenía un espíritu obstinado que prolongaba no solo su vagar físico, sino su exilio espiritual. Casi parece que ella hubiera preferido morir antes que humillarse y clamar a Dios . . . que se negaba a ver la situación de cualquier otra manera que no fuera la suya. Quizás pensó que si Dios estaba de acuerdo con Abraham y

Sara, estaba equivocado. O quizás, como William, llegó a la conclusión de que después de todo no había realmente un Dios. Tal vez ella se convenció de que había estado engañada acerca de Él todo el tiempo.

He conocido a creyentes que comienzan a dudar de la presencia y del poder de Dios en sus vidas cuando Él no contesta sus oraciones dándoles lo que quieren, de la manera que quieren, cuando quieren. Es como si exigieran que Él dé pruebas de Sí mismo viniendo para cumplir la voluntad de ellos, y no a la inversa. No pueden creer que un Dios bueno y amoroso pueda permitir que anden errantes en el desierto . . . que luchen en un lugar tan duro, solitario y difícil. Por lo que concluyen que no es bueno ni amoroso. O, si Él no va a hacer las cosas a la manera de ellos, entonces no lo quieren. O incluso pueden llegar a la conclusión de que Él no está allí.

A Agar su aprieto le debe de haber parecido extremadamente injusto, incorrecto . . . *¡e increíble!* Su mundo estaba patas para arriba y dado vuelta en todo nivel. Ella fue expulsada por los que se llamaban con el nombre de Dios, excluida de la comunión con el pueblo de Dios, y ahora en el exilio estaba al borde de la destrucción. Y no por algo que ella hubiera hecho, sino por algo que su hijo adolescente había hecho. Ella debe de haberse sentido obstinadamente rebelde y justificada en guardar silencio.

Si Agar sufría de un espíritu obstinado, dudaba del poder de Dios para hacer una diferencia, y por lo tanto se engañaba acerca de su presencia en la vida de ella en ese momento, su error duró poco. Porque en respuesta al clamor de Ismael, Dios le habló amorosa, paciente y tiernamente: “¿Qué te pasa, Agar?”² Percibo un muy suave reproche en la pregunta. Dios obviamente no le estaba pidiendo información a Agar. Él trataba de obtener de ella una confesión, empujándola muy suavemente a examinar su propia actitud y sus acciones, diciendo en realidad: *Agar, ¿por qué estás tan desesperada y desesperanzada? ¿No recuerdas que yo soy Aquel que te ve? Después de vivir más de veinte años en una relación conmigo, ¿cómo es que has olvidado que estoy a la distancia de una oración? ¿Por qué no estás orando, Agar? Puedes estar separada de la casa de Abraham, pero no estás separada de mí. No te he dejado, ni siquiera por un momento. Estoy aquí. Tu exilio de mí, Agar, es autoimpuesto.*

Querido creyente en el exilio, ¿las palabras de Dios a Agar también son las palabras de Dios para usted? ¿E exiliarse de Él es autoimpuesto? Antes de que rechace esa sugerencia, puede valer la pena que la piense un momento.

Ya que Dios usó una pregunta para llamar la atención de Agar, pídale a Dios que use las siguientes preguntas para guiar sus pensamientos mientras reflexiona sobre la presencia de Dios en su situación. Mientras lo hace, abra los oídos de su corazón para escuchar lo que Él le pueda estar diciendo . . .

¿Cree usted que Dios lo ha abandonado cuando Él dice que nunca lo hará?³

¿Cree usted que Dios ya no lo ama cuando Él dice que siempre lo hará?⁴

¿Cree que Dios ya no se preocupa por usted, aunque Él dice que sin duda lo hace?⁵

¿Cree usted que la forma espantosa en que otros lo han tratado es un fiel reflejo de cómo Dios lo trata, cuando Él dice que no lo es?⁶

¿Cree usted que su situación está más allá de la capacidad de Dios de cambiarla cuando Él dice que es el Dios de lo imposible?⁷

Me pregunto cuánto tiempo ha hecho esperar usted a Dios para volverse a Él en su desierto espiritual. Seguramente Él llora al mirarnos a usted y a mí cuando permitimos que nuestro enojo hacia los demás se extienda a la relación con Él, culpándolo de lo que nos pasó, insistiendo tercamente en que es culpa de Él, llegando a estar tan ofendidos con la gente que nos hirió que también nos sentimos ofendidos con Dios. ¿No da el brazo a torcer en su espíritu— con los ojos fuertemente cerrados, los oídos sordos, apartando la cara de Él—*intencionalmente*?

El exilio autoimpuesto puede convertirse en la celda de una prisión que se cierra desde adentro. La llave que abre la puerta es muy simple, pero potencialmente es una llave tan pesada y dolorosa de levantar y usar que buscamos cualquier otra, excepto esa. Pero no hay otra que abra la puerta. La llave que funciona es clamar a Dios con humildad y sinceridad, por una necesidad desesperante, reconociendo que si Él no nos halla y nos salva, permaneceremos enjaulados en nuestra miseria. Pero para tomar la llave tenemos que entregar nuestra dureza de corazón y obstinación de espíritu. Tenemos que dejar nuestro orgullo. Tenemos que querer salir del exilio hacia la gloria de su presencia más que lo que queremos quedarnos donde estamos.

¿Quiere usted tomar la llave? ¿Ahora mismo? Tire su orgullo. Clame a Dios: ¡Ayúdame! ¡Por favor! Venga a Él. Corra hacia Él. Eche sus brazos de fe alrededor del cuello de su Salvador. Pídale que lo salve de una existencia tan miserable. Pídale que perdone su mal obrar mientras deja de quejarse por el mal obrar de ellos. Luego pídale a Dios que vuelva a llenarlo y a vivificarlo

y a reorientarlo de acuerdo al plan y al propósito divinos para su vida.

Si usted dice *no* . . . entonces su obstinación debe ser aplaudida en el infierno. Su silencio debe ser ensordecedor en el cielo. Y seguramente, cuando Dios abre la boca para hablar con usted, debe de tener lágrimas en su rostro.

Si dice *sí* . . . entonces Dios moverá el cielo y la tierra para venir hacia usted. Su exilio habrá terminado.

CAPÍTULO 13

El punto de inflexión

Eso fue entonces, esto es ahora



*No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño.
Levántate y tómallo de la mano, que yo haré de él una gran nación.*

Génesis 21:17-18

Las dietas me resultan difíciles, ¡porque me encanta comer! Me encanta el sabor de la comida, y la sensación de bienestar que la comida proporciona. Así que si voy a renunciar a la comida o a hacer un recorte de gastos en alimentos, tengo que estar sumamente motivada. Y por lo general la motivación viene cuando piso la balanza o me miro al espejo. El momento de la verdad—que estoy pesando más peso de lo que se siente o se ve bien—se me presenta con una elección. Puedo continuar en mi miseria y mi malestar, escondiendo mi peso bajo ropa larga y ancha y hablar de cómo necesito bajar unas cuantas libras, o puedo cambiar mis hábitos alimenticios. Tengo que llegar a un punto de inflexión. Tengo que querer bajar de peso más que lo que quiero comer esas cebollas fritas, o pollo frito, papas fritas, o camarones fritos, o quingombó frito, o tomates verdes fritos, o cualquier cosa frita. La batalla contra el sobrepeso es una batalla de mi voluntad. No solo tengo que decidir que ha llegado el momento de un cambio, sino que entonces tengo que ejercer mi voluntad y hacer el cambio. ¡Simplemente hacerlo!

Lo mismo vale cuando experimento una herida en mi viaje espiritual. Tengo que llegar a un punto de inflexión en el que deseo ser sanado más que lo que quiero estar herido. Porque, para ser sinceros, hay algunas heridas que yo he cuidado. A veces se siente bien estar malherido. Puedo tener un placer malvado en volver a discutir lo que otros han dicho o hecho para infligir la herida, reafirmando cada vez mi propia inocencia y cediendo a la autocompasión. Me proporciona un falso consuelo el extender hacia mí la simpatía y la consolación y la comprensión. Después de todo, ¡yo merezco esas lágrimas! Sin embargo, aunque con frecuencia es apropiado entristecerse, una actitud de tener derecho a mis heridas me puede mantener errante en un desierto espiritual, llorando bajo el arbusto, sin lograr nada en la vida. En algún momento, tengo que decidir si vale la pena aferrarse a las heridas. La herida es pasado. Eso fue entonces; esto es ahora.

Creo que Agar había llegado a ese punto de inflexión en su propio viaje.

Tenía que decidir si estaba verdaderamente lista y dispuesta a cambiar. Tenía que dejar de sollozar, dejar de luchar contra los heridores—mental, emocional y espiritualmente—y solo estar quieta. Ella tuvo que reconocer la realidad de su posición actual para poder seguir adelante con el resto de su vida. Independientemente de cómo llegó adonde estaba, ella estaba allí. Me pregunto si, en su agobio, estaba demasiado cansada hasta para dar un paso más, pensar en otra idea, tomar cualquier decisión.

Dios comprende. Años más tarde, otro hijo de Dios herido corría por su vida a través del desierto.¹ El profeta Elías acababa de derrotar milagrosamente a los profetas de Baal en el monte Carmelo. Después oró, y la sequía de tres años que había plagado su nación terminó con una lluvia torrencial. Pero en vez de estar agradecida por el poderoso ministerio de Elías, la malvada reina se llenó de ira, y lanzó una orden de captura contra él, vivo o muerto. Así que Elías corrió.

Cuando finalmente se derrumbó debajo de un enebro, Elías oró pidiendo morir. Estaba tan exhausto y agotado que se quedó dormido. Se despertó con un suave toque del Ángel del Señor, que le había llevado una jarra de agua y había pan fresco recién cocido sobre un fuego. Elías comió, bebió y se volvió a dormir. Por segunda vez, el Ángel del Señor lo tocó. Con ternura y compasión, le transmitió el sentimiento compasivo del Padre: “Levántate y come, porque te espera un largo viaje”.²

Si Dios se mostró comprensivo y compasivo con Elías, y lo era, ¿por qué cree que Él lo culparía a usted por su debilidad y por su cansancio y por sus heridas? Dios comprende. Pero no lo dejará a usted en ese lugar empobrecido. Elías estaba tan aterrorizado por su vida que, después de dormir y comer, corrió otros cuarenta días. Pero no pudo escapar de Dios, que lo encontró al final de su jornada y le preguntó suavemente: “¿Qué haces aquí, Elías?”.³ En el notable encuentro que siguió, Dios llevó a Elías a un punto de inflexión: tenía que elegir entre vivir aterrorizado o confiar en Dios para su futuro. Elías eligió dejar atrás sus temores y su sensación de fracaso y avanzar para completar el ministerio que Dios tenía para él.

A veces necesitamos un empujón extra para salir del pozo cenagoso en el que hemos estado viviendo. Y a menudo es entonces cuando Dios se manifiesta. Él parece esperar, tranquila y pacientemente, hasta que sabe que hemos llegado el punto de inflexión. Entonces nos da ese incentivo adicional, tal como lo hizo con Elías y con Agar.

Dios se inclinó desde el cielo y le habló a Agar. Y la primera decisión buena, saludable que tomó Agar fue escuchar la voz de Dios. ¡Hasta el simple sonido de su voz revelaba que ella e Ismael no estaban solo después de todo! Ella había sentido pánico de que fueran a morir solos en el desierto y había estado convencida de que no había nadie cerca para ayudarlos. Pero no podría haber estado más equivocada. Dios estaba con ella. A pesar de su obstinada negativa a clamar a Él, Él la estaba llamando por su nombre. *Agar . . .*

Su voz debe de haber sido como una brisa suave y refrescante soplando desde el oasis de su presencia, calmando el miedo que la atenazaba. Y su palabra habló paz a su corazón cuando dijo: “No temas”.⁴ Al instante, la agitación de su corazón fue reemplazada por una calma profunda y tranquila. Si Agar era como yo . . .

He experimentado la diferencia que hace la Palabra de Dios cuando estuve atrapada en un remolino de dolor y desesperación. Nunca olvidaré cuando el primer matrimonio de mi hijo terminó en divorcio después de siete años. Él estaba profundamente herido. Como en cualquier relación rota, él también había herido. Cuando fui consciente de que su matrimonio se dirigía a la destrucción, su dolor me envió a un desierto de culpa. Todos los errores parentales que alguna vez había cometido volvieron a mi mente como la repetición de una película de terror en color de alta definición. Como Agar, me acurruqué en una bola emocional en el interior, culpándome por todas las cosas que había hecho mal, así como por todas las cosas que no había hecho, las que debería haber hecho, las que podría haber hecho para evitar tal muerte en vida. Aunque clamé a Dios, mi autoflagelación ahogó cualquier cosa que Él pueda haber intentado decirme.

Finalmente, después de toda una noche de agitación emocional, estaba exhausta. Mientras mi espíritu se quedaba en silencio, salí de la cama y abrí mi Biblia. Estos versículos saltaron desde la página hasta mi corazón:

Oh afligida, azotada por la tempestad, sin consuelo,
he aquí, yo asentaré tus piedras en antimonio,
y tus cimientos en zafiros
. . . tus almenas de rubíes,
tus puertas de cristal
y todo tu muro de piedras preciosas.

Tu hijo será enseñado por el Señor,
y grande será el bienestar de tu hijo.⁵

Como Agar, súbitamente fui consciente de que Dios había estado allí a mi lado toda la noche. Sabía que había sido “azotada por la tempestad”, zarandeada por remordimientos, si solo, ira, frustración, dolor y temor. Él me había oído llorar en mi almohada, rogándole que hiciera algo. El dolor emocional había sido tan grande que no creía poder seguir respirando.

Cuando Él se dirigió a mí como la afligida que no podía ser consolada, reafirmó que me conocía íntimamente, porque yo no le había revelado mi agonía a nadie más. Yo conocía sus promesas—de cimientos de zafiros, almenas de rubíes, puertas de cristal y muros de piedras preciosas—declaradas respecto de Jerusalén, el hogar de los hijos de Dios. Pero las apliqué a mi hogar: que Dios lo haría hermoso, una manifestación de su gloria resplandeciente como una joya. Entonces una profunda paz inundó mi corazón cuando Dios me aseguró que mi hijo sería enseñado por el Señor a través de la experiencia del divorcio, y a la larga, mi hijo no solo sobreviviría sino que se transformaría en una persona espiritualmente más fuerte y más sana.

He clavado una estaca en esa promesa y me he aferrado a ella en medio de otras tormentas de fuerza huracanada que han seguido acosando a nuestra familia. Como también Agar descubrió, la Palabra del Señor me ha dado paz, incluso respecto a fracasos del pasado.

Si usted también está azotado por una tempestad y sin consuelo, respire profundamente. ¿Podrá ser que usted no haya estado escuchando la voz de Dios? Escuchando realmente, con los ojos puestos sobre las páginas de su Biblia. No tengo ninguna duda de que Él está ahí a su lado. Quizás una de las razones por las que Él ha permitido que usted quede atrapado en esta espiral descendente de temor y desesperación sea poder llevarlo a un punto de inflexión. Algunas personas podrían describirlo como el final de la cuerda. Es ese momento en que usted está tan harto y tan cansado de su miseria, que está dispuesto a cambiar. Si es allí donde usted está, tengo buenas noticias: usted está listo para el siguiente paso.

Con la paz en su corazón y las tranquilizadoras palabras de Dios en sus oídos, a Agar se le ordenó “Levántate y tómallo de la mano”.⁶ Era tiempo de que ella dejara de preocuparse y empezara a acercarse a su hijo. Tenía que

poder quitar los ojos de sí misma, de sus circunstancias, de su pasado, y centrarse en las necesidades de otro. Tenía que aprender que no todo se trataba de ella, o *ellos*.

El ejemplo más conmovedor de este antídoto para el dolor emocional nos fue dado por Jesús mismo cuando estaba colgado en la cruz. No solo sufrió físicamente mientras colgaba clavado de las vigas de madera, sino que sufrió emocionalmente. Antes de ser crucificado, lo despojaron de sus ropas. Él fue crucificado, no en un sitio remoto, aislado en donde pudiera sufrir privadamente, sino en un lugar público junto a la carretera principal que iba a Jerusalén. En lugar de una muerte rápida e indolora, soportó un lento, atormentador y espantoso día de indecible agonía, clavado en una cruz de madera.

Así que capte la imagen: Jesús—el Señor de gloria, la Estrella resplandeciente de la mañana, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, el León de Judá, el Creador de la vida, la Luz del mundo, el Mesías—fue colgado desnudo de una cruz al alcance de la vista junto a la carretera principal que iba a Jerusalén, con la gente que caminaba rumbo al mercado, ya que preparaban la Pascua. Los que lo observaban se burlaban de Él porque el cartel que colgaba sobre su cabeza lo declaraba rey de los judíos. ¿Y cómo manejó Jesús tal humillación y vergüenza pública? Volvió su atención hacia otros: a su madre, que permaneció al pie de la cruz,⁷ y al ladrón arrepentido, que estaba muriendo en la cruz próxima a la suya.⁸

El ejemplo de Jesús enseña una gran lección. Él demuestra que una forma de superar el dolor emocional es concentrarse en las necesidades de otros: acercarse y ayudar a otra persona que también puede estar sufriendo. De alguna manera no podemos comprender por completo que ayudar a aliviar el sufrimiento y el dolor de otra persona realmente nos ayuda a aliviar el nuestro.

Las hermosas, tiernas y específicas instrucciones que Dios le dio a Agar revelan la profunda compasión del corazón de su Padre. En lugar de decirle a Agar que fuera a buscar un poco de agua para Ismael, o decirle que dejara de quejarse, o decirle que se levantara porque ya era hora de empezar a viajar de nuevo, Dios le dijo “levántate y tómallo de la mano”. Dios sabía que Ismael necesitaba el consuelo del contacto físico de su madre. A veces se ha dicho lo suficiente, y solo tenemos que extender la mano y tocar a la otra

persona. Un abrazo, una mano en el hombro, o una palmadita en la espalda suele decir más que las palabras. El Señor entendía que a veces ni siquiera un milagro es suficiente; la gente necesita que la toquen. Y así . . .

No solo ordenó que el leproso fuera limpio; extendió la mano y tocó al intocable.⁹

Sanó de fiebre a la suegra de Pedro cuando ella estaba en cama, al tocar su mano.¹⁰

Les dio la vista a dos ciegos, no solo diciéndoles que la fe de ellos los había hecho sanos, sino tocando sus ojos.¹¹

Tuvo compasión de sus discípulos aterrorizados yendo hacia ellos y tocándolos cuando acaban de verlo transfigurado en gloria y acababan de oír la voz de su Padre.¹²

¿Quién necesita que usted lo toque personalmente? ¿Quién es su Ismael . . . alguien que necesita su mano que lo ayude a levantarse del piso? Parece que somos muy rápidos para tirarle dinero a quien sea, o llamar a una agencia para que haga algo, o pedir a nuestra iglesia que participe, o ignorar a la persona completamente. Pero quizás Dios ha puesto a esa persona en su vida porque Él sabe que usted mismo necesita el ánimo que viene de levantar el ánimo de otro. Quizás el hecho mismo de ayudar a otra persona pueda ser el punto de inflexión para usted.

☞ CAPÍTULO 14 ☞

¡Puedo ver!

Su valle puede ser el lugar de la visión



En ese momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio de beber al niño.

Génesis 21:19

Recuerdo muy bien cuando yo misma me encontré en el valle. Era un valle de profunda depresión, total agotamiento y sequedad espiritual. En un período de ocho meses, mis tres hijos se casaron. Un mes antes de que mi hijo se casara, le diagnosticaron cáncer potencialmente mortal y tuvo una cirugía mayor. Dos meses más tarde, comenzó el tratamiento con radiación. Durante ese mismo período, mi madre fue trasladada de urgencia al hospital cinco veces con enfermedades que ponían en peligro su vida. Cada vez, conduje cuatro horas para estar con ella, la vi atravesar la crisis, y regresé a casa. Un gran huracán destrozó nuestra ciudad, envolviendo nuestro hogar con 102 árboles caídos. Nos quedamos sin electricidad durante seis semanas, y nos tomó más de un año salir del embrollo. De alguna manera, en medio de todo eso, mantuve mi agenda de escritura y conferencias.

Por último, grité con desesperación. Mi oración fue algo como esto: *Dios, no quiero dejar lo que estoy haciendo en el ministerio. No quiero escapar tomando las pastillas que el doctor me ofreció ni beber el alcohol que la gente dice que me va a relajar. No quiero irme de vacaciones donde pueda descansar físicamente, pero volver a las mismas circunstancias abrumadoras. Ni siquiera te estoy pidiendo un milagro. Por favor, Dios mío, necesito un toque fresco del cielo. Quiero un nuevo encuentro contigo. ¡Solo dame a Jesús!*

No recuerdo cómo fui conducida a ese momento. Todo lo que sé es que abrí mi Biblia en el evangelio de Juan. Comencé a estudiar los encuentros que Jesús tuvo con personas. Al abrirme camino a través de las historias, algo sucedió muy dentro de mí, y supe que estaba teniendo un encuentro con Jesús de una manera nueva. No había nada místico ni extraño en eso. Solo lo estaba conociendo de manera muy personal en las páginas de mi Biblia.

Y fue entonces cuando mi valle se convirtió en el lugar de mi visión. Porque levanté la vista en mi espíritu, y pensé: *Si Anne Graham Lotz, hija de un predicador, pudo tener un desesperado clamor del corazón por un nuevo*

toque del cielo, ¿puede haber otras personas que tengan el mismo clamor de corazón? ¿Personas sentadas en la iglesia, pasando por los movimientos del servicio cristiano, expresando externamente su fe, y no obstante interiormente desesperadas por algo, sin saber qué es aquello por lo que desesperan, ni cómo hallarlo?

La visión entró en foco cuando Dios puso en mi corazón ofrecer eventos multitudinarios para mujeres llamados *Just Give Me Jesus* (Solo dame a Jesús) con el único propósito de llevar a otros como yo a un nuevo encuentro con Jesús a través de su Palabra.

Así que después de tres intentos fallidos en un período de dos años, con mucha angustia y lucha y lágrimas, en los últimos trece años ya he celebrado más de treinta y cinco eventos de avivamiento en las principales ciudades a través de los Estados Unidos y en el mundo. Algunos estadios se han desbordado, algunos colmaron su capacidad, algunos han estado a medio llenar, pero en todos los estadios, *sin excepción*, ¡Dios se ha manifestado! Las personas han experimentado avivamientos que transforman sus vidas ya que han tenido un nuevo encuentro con el Jesús invisible, el Ángel del Señor, Aquel mismo que siguió y encontró a Agar junto a la fuente en el desierto.

Dudo que alguna vez hubiera tenido la visión de ofrecer *Just Give Me Jesus* (Solo dame a Jesús) si yo misma no hubiera estado en el valle.

Si usted está en el valle, abra los ojos a lo que Dios le puede estar tratando de mostrar. No deje que sus heridas ni el cansancio lo cieguen a la oportunidad que Dios ha puesto en su camino. Deje que Él le abra los ojos.

Dios permitió que Agar descendiera a las profundidades— fuera despojada de comodidad, seguridad, honor, reputación—hasta que literalmente estuvo en el polvo sin tener adonde ir ni nadie a quien recurrir. Estaba cercada por montañas de pecado—de Faraón, de Abraham, de Sara, de ella misma, y de Ismael. Sin embargo, el valle se convirtió en el lugar de la visión cuando “Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua”.¹

¿Se incorporó lentamente, se embadurnó de polvo la cara cuando se secó las lágrimas, se frotó los ojos, y luego volvió a mirar? Quizás como muchos que andan errantes por el desierto antes y entonces, ella pensó que el agua que veía era un espejismo del desierto jugándole un truco cruel a sus ojos.

Tal vez se tambaleó sobre él, segura de que se desvanecería en el calor del desierto, solo para descubrir que en realidad podía sumergir la mano en la fresca y salpicarse la cara con lo mojado, ¡agua! *¡Agua en el desierto!*

¿Cómo podía ser eso? ¿Cómo fue que no lo vio antes? ¿El pozo había estado allí todo el tiempo, pero no había podido verlo porque estaba cegada por las lágrimas? ¿O Dios sobrenaturalmente lo colocó allí, sacando agua del suelo polvoriento como después sacaría agua de una roca del desierto?²

Aunque no se nos da la respuesta, sabemos que Dios abrió sus ojos, permitiéndole ver algo que ella no había visto anteriormente. Y ella tenía que estar dispuesta a mirar, a ver una oportunidad, una posibilidad que no había visto antes. Luego tenía que tomarla.

¿Cuál es su valle? Es un valle de . . .

desesperación o depresión o deserción,
humillación o desesperanza o angustia,
pecado o vergüenza o sufrimiento,
soledad o pérdida o falta de amor,
frustración o temor o fracaso,

pena o culpa o _____? Complete usted el espacio en blanco.

En vez de luchar, resistir, golpear con los puños contra el confinamiento, el dolor y la injusticia, ¿querría usted levantar la vista? Abra los ojos. Tal vez, solo tal vez, su valle se podría convertir en el lugar de su visión.

Cuando Danny y yo dejamos nuestra iglesia en apoyo del joven pastor que sentimos que había sido herido y maltratado innecesariamente por los ancianos, nos exiliamos, como le compartí anteriormente. Sin embargo, si Danny y yo no hubiéramos estado en ese valle espiritual, no habríamos tenido la visión de ayudar a plantar otra iglesia. Y sin nuestra ayuda, al nuevo pastor le habría tomado mucho más tiempo poner en marcha lo que se ha convertido en un próspero ministerio. Y muchas personas cuyas vidas fueron radicalmente salvadas y transformadas durante esos primeros años, por lo menos, habrían demorado su conexión con Jesús, que la iglesia les ayudó a realizar.

Una y otra vez en mi vida, Dios ha traído bendición desde el quebrantamiento. Pero primero tengo que abrir los ojos para ver. En cierto modo, las propias heridas pueden llamarse bendición, porque he descubierto que necesito ser herida para ofrecer verdadero consuelo a otros que también han sido heridos.³ Las heridas duelen, pero también . . .

profundizan mi compasión,

fortalecen mi fe,
reorientan mi perspectiva,
ensanchan mi corazón,
amplían mi comprensión,
y aumentan mi discernimiento.

Aun cuando yo no he experimentado precisamente las mismas heridas que otros, el quebrantamiento y el dolor de mi vida parecen suavizarme y manifestar la dulzura del amor y de la gracia de Dios a otros que están sufriendo.

Mientras escribía esta misma sección de la historia de Agar, le pedí a Dios que me abriera los ojos a otras personas que pudieran estar sufriendo, a personas a quienes podría extender una mano y ayudarlas. Él trajo claramente a mi mente a tres personas. La primera era una mujer que había sido mi intérprete de español por más de veinte años, que acababa de terminar tres meses de radiación diaria por cáncer del cráneo. La segunda persona era un joven pastor que había dejado recientemente una posición en el ministerio de la “Misión Bowery”, de Manhattan, para plantar una iglesia en Hunts Point, en el Bronx. La tercera, era un hombre que había perdido a su único hijo en un trágico accidente de patineta nueve meses atrás.

Como cada una de esas personas vivía en estados alejados, extendí mi mano mediante llamadas telefónicas. Pude alcanzar a cada uno la primera vez que llamé. Escuché su dolor, compartí una palabra de la Escritura, derramé lágrimas, y oré con ellos. Al final de cada conversación, sentí que el espíritu de la persona se animaba. Sé que llevé a los tres en mi corazón durante toda la noche en oración. Estoy convencida de que si yo no hubiera experimentado también el valle de primera mano—si no hubiera estado en el pozo de vez en cuando en mi vida—no hubiera podido dirigir sus ojos a la gloria de las estrellas allí en lo alto.

Entiendo cómo se siente estar tan cansado y herido que entrar en el sufrimiento de otra persona es casi más de lo que se puede cargar. Y sin embargo, esa misma oportunidad puede traer alivio a mi dolor y gozo en medio de mi propio quebrantamiento. De modo que oro: *Señor Dios de Agar, abre mis ojos cuando estoy en el valle.* Y Él lo ha hecho. Y Él lo hace.

Una mañana, cuando iba a comprar una taza de café, Dios abrió mis ojos para ver una expresión cansada y herida en los ojos de la camarera que solía servirme. Cuando le pregunté, sus labios temblaron, y registró mi pedido sin responder. Luego pidió mi orden a otra mujer que estaba detrás del mostrador mientras ella me indicaba que fuera hacia un costado. Me confió que su marido de más de veinte años le acababa de informar que estaba enamorado de otra persona. Para colmo de males, estaba el hecho de que acababa de firmar junto con ella un nuevo contrato de alquiler de su casa, aunque él sabía que ya no la amaba ni quería quedarse con ella. Estaba atrapada. Cuando investigó la posibilidad de cancelar el contrato de alquiler y mudarse para no tener que vivir con un hombre que ya le había expresado abiertamente su pasión por otra mujer, se encontró con que estaba fuera de su alcance financiero. Con las lágrimas a punto de caer por las mejillas, dijo: “Anne, no sé qué hacer”.

La abracé y lloramos juntas. Entonces, allí en medio de la cafetería, invoqué al Dios de Agar para que viera a esa querida mujer, oyera su clamor, y proveyera los medios para que pudiera cuidar de ella y de su hijo adolescente.

Día a día, semana a semana, me contactaba con ella cuando iba a la cafetería. De vez en cuando, si no había otros clientes en el lugar, le preguntaba cómo estaba. Cada vez, seguía viendo el dolor en sus ojos y la expresión sin vida de su rostro. Una y otra vez, le decía que yo estaba orando. Le recordaba que a veces tenemos que darle tiempo a Dios y darle lugar para que Él obre.

Aproximadamente seis semanas después de nuestra primera conversación, estaba esperando mi café en el mostrador cuando ella salió de la habitación de atrás, dio la vuelta al mostrador y me echó los brazos alrededor. Con ojos chispeantes y rostro radiante, me dijo ¡que Dios había escuchado su clamor y había contestado sus oraciones! Un pastor local que también frecuentaba la cafetería había oído hablar de su situación, presentó la necesidad de ella a su iglesia, y la iglesia había hecho posible que se mudara a un nuevo hogar con su hijo. La abracé otra vez, chocamos los cinco, y me fui regocijándome en la bondad y la generosidad de la gente de Dios que había sido Jesús para ella, levantándola de su experiencia de desierto y abriendo sus ojos al gozoso confort de su amorosa provisión.

Varios meses después, la camarera me volvió a recibir con otra amplia

sonrisa. Me compartió que estaba progresando con su vida en una nueva y prometedora carrera. Y así lo hizo.

Como Agar “fue a llenar el odre y le dio de beber al niño”,⁴ estaba tomando la decisión no solo de abrir los ojos, sino de avanzar hacia el futuro que Dios tenía para ella. Él no solo había llevado a Agar a un punto crítico; le había dado visión en su valle. Pero no era solamente la visión de un pozo; era una visión de su futuro.

Cuando Dios le ordenó a Agar que levantara a Ismael, extendiera la mano y lo tocara, y lo llevara de la mano, agregó la sorprendente revelación: “yo haré de él una gran nación”.⁵ Casi parecía una posdata hablada tranquilamente dado que lo que más necesitaba en ese momento era agua. Pero fue entonces cuando sus ojos fueron abiertos a la promesa de esperanza para su futuro.

Leí por primera vez acerca de esa clase de esperanza que se ve desde el valle en un pequeño volumen que se ha convertido en un clásico, *The Valley of Vision* (El valle de la visión). El libro es una recopilación de oraciones hechas hace mucho tiempo y escritas por líderes puritanos de la iglesia. Lo sigo teniendo con mi Biblia en el lugar donde me encuentro cada mañana con el Señor. Estas oraciones han sido una fuente de gran bendición, ya que a menudo expresan elocuentemente mis propios sentimientos y pensamientos.⁶ La siguiente oración es la que me ha ayudado a entender que a veces el corazón herido y quebrantado es el corazón bendecido y sanado.

Señor, alto y sublime, manso y humilde,
Tú me has traído al valle de la visión,
Donde vivo en las profundidades, pero te veo a Ti en las alturas;
Cercado por montañas de pecado contemplo tu gloria.

Déjame aprender por paradoja Que el camino que desciende es el
camino que va
hacia arriba,
Que estar abajo es estar alto,
Que el corazón quebrantado es el corazón sanado,
Que el espíritu contrito es el espíritu que se regocija,
Que el alma arrepentida es el alma victoriosa,

Que no tener nada es poseerlo todo,
Que llevar la cruz es vestir la corona,
Que dar es recibir,
Que el valle es el lugar de la visión.

Señor, durante el día pueden verse las estrellas desde los pozos más profundos, Y mientras más profundos los pozos, más resplandecientes brillan las estrellas;
Déjame encontrar tu luz en mi oscuridad,
Tu vida en mi muerte,
Tu gozo en mi dolor,
Tu gracia en mi pecado,
Tus riquezas en mi pobreza,
Tu gloria en mi valle.⁷

No pierda la visión en su valle. Pídale a Dios que le dé ojos para ver las estrellas que brillan más resplandecientes cuando usted está en el pozo más profundo.

CAPÍTULO 15

No mire atrás

No se puede conducir hacia adelante mirando por el espejo retrovisor



Dios acompañó al niño, y éste fue creciendo; vivió en el desierto y se convirtió en un experto arquero; habitó en el desierto de Parán y su madre lo casó con una egipcia.

Génesis 21:20-21

¿Se encuentra usted sumido en la culpa, constantemente atormentado por los “si hubiera” de lo que podría haber sido, o debería haber sido, de modo que su visión del futuro está opacada por sus expectativas no realizadas del pasado? Podemos estar tan atados por la amargura, el enojo y el resentimiento que arruinamos nuestra vida en el presente y destruimos cualquier esperanza que pudiéramos tener al ceder a la desesperación. Incluso podemos identificar con precisión por su nombre a quienes pusieron todo esto en movimiento “los heridores” mientras parecemos revolcarnos en nuestra falta de perdón.

Recientemente vi una entrevista televisiva con John Ramsey, el padre de JonBenét Ramsey, de seis años de edad, quien fue trágica y misteriosamente asesinada en su propia casa el día de Navidad en 1996.¹ Su asesinato sigue sin resolverse hasta hoy. El señor Ramsey con razón podría haber respondido sí a la pregunta anterior. Describió la letanía de dolor que él y su familia habían sufrido. Unos años antes del asesinato de JonBenét, su hija mayor había muerto en un trágico accidente automovilístico. A la indecible agonía de los padres que pierden dos amadas hijas se sumaban las heridas perpetradas por la policía y el público en general, que los culpaban a él y a su esposa, Patsy, por la muerte de JonBenét. Doce años después del asesinato, las pruebas de ADN absolvieron de culpa a todos sus familiares, y las autoridades locales emitieron una disculpa por su inepto manejo del caso. Trágicamente, Patsy murió de cáncer de ovario en 2006, dos años antes de que su familia fuera absuelta públicamente.

Después de describir todo aquello por lo cual él y su familia habían pasado, el señor Ramsey hizo una declaración sorprendente. Dijo que había perdonado a sus heridores. Y la razón que dio fue que el perdón fue un regalo para sí mismo. Aunque reconocía que su perdón podría no haber tenido ningún impacto sobre quienes lo habían herido, dijo que el perdón lo hizo a él libre para avanzar hacia el futuro. Y deseaba ayudar a otros que habían sido

profundamente heridos a que hicieran lo mismo.

John Ramsey sabía lo que muchas personas heridas parecen pasar por alto, y es esto: el peligro de mirar hacia atrás es que, cuando lo hace, usted no puede ver para ir hacia adelante. Si usted insiste en conducir hacia adelante mirando en el espejo retrovisor, va a destruir su futuro y, posiblemente, el de su familia y sus seres queridos.

Esta lección de vida se ilustra en la propia vida de Abraham cuando dejó su país, familia y amigos para avanzar hacia el futuro que Dios tenía para él. Llevó consigo a su sobrino, Lot, quien tenía la misma oportunidad de avanzar hacia el futuro que tuvo Abraham. Pero Lot nunca buscó a Dios realmente. Parecía seguir a Abraham a todas partes, buscando la aventura. El relato bíblico de su vida da la impresión de que quería las bendiciones de Dios—especialmente las económicas—pero en realidad no se interesaba mucho en tener una relación con Dios.

Las prioridades de Lot lo llevaron a sumirse en el estilo de vida de Sodoma, una cultura tan malvada y perversa que provocó el juicio de Dios. Cuando Dios le reveló a Abraham la inminente destrucción de Sodoma, Abraham oró fervientemente por la salvación de quienes vivían allí. Aunque la ciudad de Sodoma estaba más allá de la redención, Dios contestó la oración de Abraham enviando a sus ángeles literalmente a arrastrar a Lot, a sus hijas y a su esposa fuera de la ciudad antes de que fuera destruida. Los ángeles dieron instrucciones muy claras a Lot y a su familia: “No mires hacia atrás . . . ;no sea que perezcas!”²

Mientras la tierra temblaba bajo sus pies, los cielos se abrieron con el rugido de la ira de Dios, y llovió el fuego de su juicio. Todo en Sodoma y en la vecina ciudad de Gomorra fue destruido, incluyendo las personas, los edificios, y la vegetación. Con un espeso humo negro quemando sus ojos y el azufre asfixiando sus gargantas, Lot y su familia corrieron por sus vidas. “Pero la esposa de Lot miró hacia atrás”.³ Ella no pudo dejar atrás la vida que había estado viviendo. Y lo perdió todo, incluyendo su vida y la bendición de Dios en sus hijos y sus nietos, por las generaciones venideras. La esposa de Lot nos enseña que no podemos avanzar mientras miremos hacia atrás. Si lo hacemos, como mínimo, vamos a tropezar.

Ahora Agar tenía la oportunidad de avanzar. Debe de haberse tambaleado para ponerse de pie y, vacilante, avanzar con dificultad hacia el pozo para “llenar el odre y [dar] de beber al niño”.⁴ Seguramente se echó agua en la

cara mientras bebía con ganas. Me pregunto si, a medida que el frescor la iba reanimando, tuvo un momento para reflexionar sobre lo que acababa de oír. ¿Las palabras de Dios comenzaron a hundirse en su mente abrasada por el sol? Con el ceño fruncido y los ojos mirando hacia el futuro concentrada en sus pensamientos, debe de haber dejado de salpicarse y de beber y haber comenzado a considerar lo que en realidad podrían significar las palabras de Dios acerca de Ismael.

Años antes, cuando Agar huyó de su abusadora ama, Dios le había prometido que si le obedecía regresando y sometiéndose a Sara, Él le daría descendientes demasiado numerosos como para contarlos. Pero ¿qué era lo que Dios acababa de decir? En su afán por darle agua a Ismael y beber ella misma un poco, puede no haber prestado mucha atención a la promesa que se incluía en las instrucciones. ¿Volvía ahora a ella con claridad sorprendente? Dios acababa de declarar que haría de Ismael una gran nación.⁵ ¡Una gran nación! Eso era mucho más que una gran cantidad de hijos y nietos. Una gran nación significaba honor, posición, respeto y poder. ¡Eso implicaba que ambos podían tener un futuro con propósito, esperanza y bendición!

Como ella seguramente pensó una y otra vez acerca de lo que Dios había dicho, el significado debe de haberse desarrollado en su mente tan rápidamente como el brote de un cactus del desierto después de una lluvia de primavera.

¡Súbitamente su desesperación se desvaneció! *Y ella supo . . .*

Que ella e Ismael no solo sobrevivirían en el desierto, sino que tendrían un futuro grande y glorioso.

Que aunque el plan y el propósito de Dios para la vida de Ismael era diferente del de la vida de Isaac, no era un plan de segunda categoría.

Que ella no había dejado a Dios en la tienda de Abraham, ni Él la había dejado.

Que Dios estaba allí para ella, y siempre estaría allí: para ella, para su hijo, para sus nietos, y para todos sus descendientes de cada generación venidera.

La fe de Agar, y la esperanza que vino con ella, para ella y para Ismael, ahora estaba establecida en la Palabra de Dios.

Dejar la casa de Abraham no fue el final de todo; fue el comienzo del plan

especial y el propósito inequívoco de Dios para Ismael. La vida de Ismael contaría para algo: él no había perdido la bendición de Dios para su vida después de todo. El Dios de Abraham también era el Dios de Agar. El Dios de Isaac también era el Dios de Ismael. Dios no era solo el Dios del círculo íntimo, ¡sino también el Dios de los que estaban en la periferia!

Lo mejor de todo, ahora Agar sabía con certeza que Dios no solo amaba a Abraham e Isaac, sino que también los amaba a ella y a Ismael. El corazón de Agar seguramente se llenó de alegría y esperanza, incluso cuando tomó con su mano la mano quemada por el sol y ampollada de Ismael y caminaron juntos hacia el futuro. Me pregunto si ella susurró con los labios secos y agrietados: *Ismael, escúchame. Mi Dios—nuestro Dios—nos ha visto, nos ha oído y nos proveyó una fuente de agua. Y nos ha dado una promesa, Ismael. Ven, tenemos un futuro, después de todo.*

No hay evidencia de que Agar haya mirado atrás alguna vez. Ella no vivió amargamente imaginando cómo habría sido su vida si no hubiera sido desterrada de la familia de Abraham. Todo indica que aceptó completamente el futuro que Dios tenía para ella y para su hijo, aunque fuera sumamente diferente de lo que había imaginado. Agar tuvo que dejar ir el pasado y cualquier plan que pueda haber tenido para su vida, a fin de disfrutar todo lo que Dios tenía para ella. Y para reclamar entonces la promesa de Dios acerca de los descendientes y la esperanza para el futuro de Ismael, Agar “tomó para él una mujer”.⁶

Dios cumplió su promesa a Agar. Ismael se casó y tuvo una familia propia. Incluso entre sus descendientes se hallan la mayoría de los pueblos árabes que hoy viven en todo el mundo y todos los musulmanes. Aunque muchos de los descendientes de Ismael en nuestro mundo viven hoy en la pobreza, nadie puede negar que las naciones que han establecido hayan sido ricamente bendecidas con recursos naturales casi ilimitados a su disposición. Y aunque hoy muchos de los descendientes de Agar están sufriendo, su Dios sigue estando a su lado, esperando pacientemente . . . porque Dios los ama.

Pero para recibir la plenitud de la promesa y del propósito de Dios para ella y su hijo, Agar tuvo que continuar la vida mirando adelante. No podía seguir avanzando si se quedaba concentrada en el pasado, así como usted y yo no podemos conducir nuestros coches hacia adelante mirando en el espejo retrovisor.

Cuando usted y yo éramos jóvenes, solíamos tener una idea de cómo

queríamos que fueran nuestras vidas cuando creciéramos . . . una imagen de nuestra carrera, de nuestra familia y de nuestros hijos. ¿Cómo imaginó que sería su vida hoy? ¿La tela de la pintura de su vida ha resultado como usted esperaba? ¿O se ha estropeado—acuchillada por un impedimento, heridas, injusticia, enfermedad, bancarrota, traición?

El camino a la sanidad, el camino a ser libre del infortunio del dolor, *no* es la venganza. No es darles a *ellos*—los que lo hirieron—el tratamiento del silencio, o aislarlos o excluirlos. No es rechazar a Dios y perder su fe. No es culpar a otros y asegurar que usted es una víctima inocente. Vengarse, calumniar, autodefenderse, señalar con el dedo, recriminar, no aliviarán su dolor. Dios nos dice exactamente cómo ser sanados. El remedio es simple pero radical: “Que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes”.⁷

¿Estaría usted dispuesto a perdonar? ¿A entregarle su dolor a Dios perdonando a quienes lo han herido? A menudo, esa es la última cosa que usted y yo pensaríamos hacer. En algún sentido, tenemos miedo de que si los perdonamos, ellos, se saldrán de alguna manera con la suya en lo que nos han hecho. Al aferrarnos a nuestro enojo, sentimos que de alguna manera estamos haciendo que Dios pague por lo que ha permitido. Pero esas mismas injusticias y heridas que Dios permite en nuestras vidas pueden ir más allá de la herida y volverse espiritualmente autodestructivas si rehusamos su remedio sanador. Recuerde, usted no puede seguir adelante mientras mira hacia atrás.

Al terminar una conversación reciente, en una cena con dos parejas que habían ocupado cargos estratégicos de liderazgo dentro de organizaciones cristianas y habían sido profundamente heridas, recordé vivamente la necesidad de perdonar para poder avanzar. Una pareja había pastoreado una iglesia grande e influyente, y terminaron siendo removidos porque se habían vuelto “demasiado evangélicos”. El marido de la otra pareja había ocupado la presidencia de una universidad cristiana, pero había sido removido cuando quedó atrapado en una lucha de poder dentro de la junta directiva. Habíamos terminado nuestra comida cuando una de las mujeres reflexionó melancólicamente: “Anne, un día, cuando tengamos tiempo, me gustaría preguntarle sobre el perdón”. Se detuvo un momento, respiró hondo, como tomando valor, y dijo: “En realidad, quiero preguntarle ahora”. Yo estaba un poco familiarizada con las circunstancias de la experiencia extremadamente dolorosa y humillante que ella y su esposo habían sufrido a manos de los

líderes cristianos de la junta directiva, por lo que lancé una silenciosa oración flecha, pidiendo a Dios que me diera su comprensión y sabiduría. Yo sabía que ella estaba tratando de avanzar, pero luchaba para superar este importante obstáculo. Estaba pidiendo ayuda.

Relató que alguien le había dicho que debía perdonar a los que esencialmente habían borrado veintisiete años de logros de la vida de su esposo. Por cierto, afirmó, sabía que se suponía que debía perdonar.⁸ Pero luego, la persona que le dijo que debía perdonar añadió algo más: que la evidencia de haber perdonado sería que ella pudiera amar a quienes los hirieron como Dios los amaba. La mirada de sus ojos se endureció levemente al confesar: “Yo no creo poder hacer eso”. Aunque yo sabía que ella y su esposo habían avanzado profesionalmente asumiendo otra prominente posición de liderazgo, también sabía que ella estaba personal y espiritualmente estancada en las arenas movedizas de las heridas de su pasado.

Respondí con franqueza que, si estuviera en sus zapatos, yo tampoco podría amar a los heridores como Dios los amaba; no por mí misma. C. S. Lewis escribió: “El amor no es un sentimiento afectuoso, sino desear sin cesar el verdadero bien para la otra persona, hasta donde se pueda alcanzar”.⁹

El amor es una elección: una decisión que tomamos de poner el bienestar de la otra persona antes que el nuestro. Y el perdón también es una decisión. No es pretender no he sido herido o decir que lo que la otra persona hizo no estuvo mal. No es dejar que ellos se salgan con la suya al no exigir que rindan cuentas.

Me han preguntado en repetidas ocasiones: “Anne, ¿cómo ha experimentado la sanidad de sus heridas? ¿Cómo ha podido dejarlas atrás?”. La respuesta, que puede parecer simplista pero que es la que da resultado, es que el antídoto para las heridas es el perdón. Pero no me detengo en la decisión de perdonar. Una vez que he tomado la decisión de perdonar, avanzo haciendo algo por la persona que me ha herido.

He aprendido que el perdón es una decisión intelectual que se me ordena tomar. Si fuera un sentimiento o una emoción, no podría obedecer la orden ya que no es forzoso que pueda controlar mis emociones y sentimientos. Es una elección, pura y simple. Si yo solamente perdonara a quienes lo piden, o a quienes lo merecen, o a los que tengo ganas de perdonar, para ser francos, hay personas, a las que nunca perdonaría. Pero es una decisión que tomo

porque se me ha ordenado perdonar por una sencilla razón: Dios me ha perdonado a mí. Como un acto de gratitud y adoración, elijo perdonar a otros.¹⁰

Pero luego i decisión de perdonar debe ser seguida por un acto de amor que es de naturaleza sacrificial. Tengo que hacer algo por la persona a quien perdono, algo que me cuesta. Algo que no haría por ninguna razón sino porque es mi acto de adoración; adoración a Aquel que dio su vida por mí, como su propio acto sacrificial de amoroso perdón.

Mientras servían el postre, compartí con mi amiga la historia que relaté en el capítulo 8 sobre elegir ser rebautizada cuando mi iglesia canceló la clase bíblica que yo enseñaba. Yo ya había tomado la decisión de perdonar a la iglesia por sacarnos a Danny y a mí del liderazgo y de la enseñanza. Mi sumisión al bautismo por inmersión fue mi manera de mostrar el perdón con una demostración de amor sacrificial. Aunque no pareció hacer ninguna diferencia para la iglesia, yo sé que hizo una diferencia en mí, porque hasta el día de hoy no albergó mala voluntad, rencor ni falta de perdón. He dejado que esos sentimientos se vayan. En efecto, recientemente me encontré en una relación de trabajo con el mismo hombre que había presidido la reunión de la congregación cuando mi esposo fue retirado del liderazgo de la iglesia. No tuve dificultad en trabajar con él porque, con el tiempo, mi decisión de perdonar años atrás me había llevado a tener auténticos sentimientos de perdón.

Como la pareja se sentó en silencio, su café enfriándose en las tazas sin que lo advirtieran, sentí que realmente estaban escuchando. Así que continué. Les compartí el testimonio de Barb,¹¹ una amiga muy querida, cuya madre nunca había dejado de criticar cualquier cosa que hiciera. Desde que Barb era muy pequeña, su madre había criticado todo lo que hacía. Barb me contó que todos los años meses antes de Navidad, comenzaba a sentir náuseas porque elegir el regalo que ella esperaba era muy traumático. No importaba cuál fuera el regalo, a su madre no le gustaría. Barb temía la Navidad por esa única razón.

Barb y su madre participaban con otros miembros de la familia en una inversión comercial. Un año en particular, la madre de Barb la demandó por su participación en el negocio. Al mismo tiempo, la mamá de Barb se mudó del hogar que había tenido durante décadas a un condominio ¡y Barb la ayudó a mudarse! Como si eso fuera poco, Barb era un fabulosa costurera y cosió

las cortinas y otras cosas para la nueva casa de su madre.

Barb pasó por mi casa una mañana, y recuerdo haberla mirado con incredulidad. Ella estaba de pie en las escaleras de la entrada cuando la desafié sin rodeos: “Barb, ¿cómo puedes hacerlo? ¿Cómo puedes ayudar a tu madre, coser para ella, hacer esas otras cosas, mientras ella los está demandando en la corte?”. Nunca olvidaré la respuesta de Barb. Ella me enseñó una lección de vida que tuve la oportunidad de compartir con quienes estaban en la cena.

“Anne, he perdonado a mi madre”, me respondió. “Pero tengo que decirte que, cada vez que recuerdo a mi madre, cada vez que la veo o escucho el sonido de su voz, tengo que volver a perdonarla. Jesús me ha enseñado a perdonar setenta veces siete: a no poner límites a mi perdón. Pero cuando tomé la decisión de perdonarla, también tomé la decisión de amarla sacrificialmente. Ayudarla es mi manera de mostrarle que la he perdonado y que la amo. Y en realidad, hacer eso me ha ayudado a soltar. He sido liberada de la amargura, del enojo y del resentimiento”.

Miré la expresión amable de Barb, la luz de gozo en sus ojos, y supe que decía la verdad. Era libre: libre para perdonar, libre para amar. ¡Sus heridas habían sido sanadas!

Cuando la cena concluyó y estábamos caminando hacia nuestros coches, el esposo de la mujer que había hecho la pregunta se acercó a mí, puso su brazo sobre mis hombros, y susurró: “Gracias. Gracias por ministrarnos esta noche”. La expresión de su rostro me llevó a creer que había dado el primer paso para salir del exilio. Él estaba listo para avanzar.

No subestime el poder del perdón en su propia vida. Aunque otros puedan permanecer distantes, endurecidos, fríos y vengativos, y solo den una respuesta negativa a su perdón—si es que dan alguna respuesta—el propio acto de perdonar encarnado en amor sacrificial comenzará el proceso de sanidad *en usted*. Y a veces hace una diferencia en la otra persona.

Aunque no había evidencia en el momento, el perdón y el amor de Barb ablandaron el corazón de su madre. Como Barb optó por seguir adelante, en pocos años, tuvo el privilegio de guiar a su madre para recibir el amor de Dios poniendo su fe en Jesucristo para su propio perdón. Poco después, su madre entró en la eternidad. Ni siquiera puedo imaginar qué diferente sería ahora la perspectiva de Barb si no hubiera tomado la decisión de perdonar y seguir adelante amando a su madre *por amor a Dios*.

Este es el fundamento bíblico de la lección de Barb: “En esto conocemos lo que es el amor: en que Jesucristo entregó su vida por nosotros. Así también nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos . . . Queridos hijos, no amemos de palabra ni de labios para afuera, sino con hechos y de verdad . . . Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos los unos a los otros, pues así lo ha dispuesto”.¹²

Y ese amor suele implicar perdón y sacrificio, ¿no es así? Nunca ha habido, ni habrá jamás una mayor demostración de amor sacrificial que cuando *Jesucristo entregó su vida por nosotros*. Por usted. Por mí. Y Él hizo este sacrificio en un tiempo en que a nosotros no nos importaba en absoluto, porque ni siquiera sabíamos que éramos pecadores, tanto menos que necesitábamos un Salvador que nos ofreciera el perdón a través de su propia sangre derramada en la cruz.

Compartí este principio con Jay, otro amigo que había sido herido profundamente.¹³ Era un senador de los Estados Unidos que fue considerado un candidato tan fuerte en su intento de reelección, que casi no tuvo oposición. Pero en el último minuto, otra persona del otro partido proclamó su candidatura. Un colega del Senado recaudó millones de dólares de ingresos no oficiales para el rival de Jay. Un equipo nacional de mercadotecnia se comprometió con la oposición que jugó con la verdad, torciendo y distorsionando el informe de Jay. Jay perdió la carrera.

Cuando tuve la oportunidad de hablar con Jay dos años después de la elección desastrosa, pude ver claramente la herida que seguía habiendo en sus ojos. Me preguntó sinceramente cómo podía dejar atrás la herida cuando su carrera política había terminado de modo tan injusto. Reconoció que luchaba con la amargura. Así que compartí con Jay el principio de tomar la decisión de perdonar, seguida por un acto sacrificial de amor por el heridor.

Varios meses después, Jay compartió que había ido a su casa y había considerado lo que yo le compartí. Como resultado, había tomado la decisión de perdonar a su colega del Senado. Por entonces, él había oído que la esposa de su colega estaba muriendo de cáncer. Así que Jay escribió una cálida nota para decirle a su excolega que estaba orando por los dos y envió un presente para expresar su preocupación. Jay no sabía si el colega había sido tocado, pero él mismo fue liberado de la amargura. Ya no miraba hacia atrás, sino hacia adelante, dispuesto a abrazar el futuro que Dios tenía para él, que era diferente del que había pensado para sí mismo.

Aunque quizás usted no esté físicamente en el exilio— pueda seguir yendo a la iglesia, asistir a estudios bíblicos, participar de actividades religiosas— ¿podrá ser que su espíritu, sin embargo, esté en el exilio, porque usted está atascado en las arenas movedizas de las heridas del pasado? ¿Hay un vacío frío donde antes había una cálida vibración del amor por las cosas y por la gente de Dios? ¿Hay en su interior alguna raíz de amargura que está estrangulando su espíritu, amenazando con ahogar el futuro que Dios tiene reservado para usted?

Nuestro Señor Jesucristo, Creador de todo, el Señor de gloria, el Hijo de Dios, el Ángel del Señor que siguió, consoló y ayudó a Agar, nos da una dramática lección de vida sobre el perdón a través de su propio ejemplo. Cuando fue despojado de sus ropas, clavado en la cruz con clavos que atravesaban sus manos y sus pies, oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.¹⁴ Si Él pudo perdonar a los mismos que lo crucificaron, ¿cómo usted y yo podemos retener el perdón de quienes hirieron? Pero no solo tomó la decisión de perdonarlos; ¡Él murió por ellos!

Hace poco oí una declaración atribuida a mi querido amigo Crawford Loritts.¹⁵ Se basaba en el relato de la aparición de Jesús a sus discípulos en el aposento alto después de su resurrección. Jesús mostró sus heridas a los discípulos y les invitó a estirar la mano y tocarlas.¹⁶ Crawford destacó que tal vez una de las razones por las que Jesús hizo eso fue para mostrarles a sus discípulos que, aunque las cicatrices puedan permanecer, las heridas pueden ser sanadas. Rápidamente. Usted no siempre necesita años de terapia y consejería.

Tal vez lo que usted necesita más que nada es un nuevo encuentro con el Señor Jesucristo resucitado. Observe bien las heridas que Él sufrió por usted. Su decisión de perdonarlo fue seguida por el amor sacrificial en acción. Él murió ¡por usted!

Si usted está luchando, esforzándose por seguir adelante, porque parece no poder quitar la vista del pasado, mire hacia arriba. Preste atención al ejemplo de Aquel que tomó la decisión de perdonar a sus heridores, y luego acompañó su decisión con un supremo acto de amor sacrificial.

Y no olvide mirar hacia adelante. Aunque Jesús siempre llevará en su cuerpo las marcas del Calvario, avanzó hacia todo lo que su Padre tenía para Él después de la cruz. Salió de la tumba hacia la gloria del cielo y la corona que lo esperaba como “Rey de reyes y Señor de señores”.¹⁷

De modo que . . . “Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, les dé el Espíritu de sabiduría y de revelación, para que lo conozcan mejor. Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado”.¹⁸ ¡Mire hacia arriba! ¡Mire hacia adelante! No pierda el futuro que Dios tiene para usted por quedarse mirando hacia atrás.

CAPÍTULO 16

Es hora de avanzar

Usted puede reconciliarse



Abraham vivió ciento setenta y cinco años, y murió en buena vejez, luego de haber vivido muchos años, y fue a reunirse con sus antepasados. Sus hijos Isaac e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpela, que está cerca de Mamré, es decir, en el campo del hitita Efrón hijo de Zojar. Éste era el campo que Abraham les había comprado a los hititas. Allí lo enterraron, junto a su esposa Sara.

Génesis 25:7-10

Las heridas rompen relaciones. Nunca más podremos volver a la forma en que éramos antes de que se produjera la herida, lo que en sí mismo añade a nuestro dolor una dimensión que es muy profunda. Pero es posible que las relaciones rotas se reconcilien.

Por años, tuve una mejor amiga. Hablábamos casi todos los días por teléfono y aprovechábamos todas las oportunidades que podíamos para pasar tiempo juntas, mezclando nuestras familias en un montón de feliz confusión para picnics, fiestas y momentos especiales. Pero un día me encontré impotente a su lado mientras mi amiga era profundamente herida por otro; luego decidió tomar represalias. Ella tenía muchos amigos y familiares que la animaban. Pero en obediencia a lo que Dios puso en mi corazón y tratando de ser fiel a la idea que sentía que Él me había dado, le advertí de las consecuencias de sus acciones. Aunque ella estaba justificada en su curso de acción, las repercusiones a largo plazo, creía yo, serían sumamente destructivas, no solo para ella, sino también para sus hijos.

Lo que dije no era lo que ella quería oír. Y así se rompió nuestra relación y ella siguió adelante con su decisión de herir a su heridor. Como el fuego que golpea un ventilador, las chispas de su represalia volaron en todas las direcciones, quemando corazones y esperanzas y hogares y familias y futuros. Si bien, en cierto sentido, ella tenía todo el derecho de hacer lo que hizo, resultó ser devastador. Todo lo que yo podía hacer era llorar y orar a la distancia. El dolor de mi corazón era casi un dolor físico.

Años más tarde, ella se sentó en la mesa de mi cocina y, con la voz ahogada por la emoción, entre lágrimas dijo cuánto lo lamentaba. Me pidió perdón, diciendo que quería restaurar nuestra relación a lo que había sido. Yo también lloré. La rodeé con mis brazos y la abracé, diciéndole que hacía años que la había perdonado.¹ Le dije lo mucho que apreciaba su valor en venir a tratar de hacer las cosas bien. Nos reconciamos. Pero yo sabía que, aunque abrimos nuestros corazones una a la otra, nunca podríamos realmente volver

atrás y recuperar la relación que habíamos tenido. Se había ido. Sin embargo —y esto es el estímulo que quiero transmitirle— seguimos siendo buenas amigas hasta hoy. La relación es diferente, pero agradable. Creo que ha sido sanada porque estuvo dispuesta a morir a su orgullo, a humillarse y a pedirme perdón.

Recientemente encontré una cita de John Ortberg que hace una distinción útil entre perdón y reconciliación: “Usted puede diferenciar entre el perdón como renunciar a mi derecho a herirlo también a usted, y la reconciliación como lo que requiere las sinceras intenciones de ambas partes”.² La sorprendente conclusión de la historia de Agar es que la reconciliación parece haber tenido lugar entre ambas partes . . . entre su hijo, Ismael, y el hijo de Sara, Isaac.

La Biblia no nos dice si alguna vez Agar volvió a ver a Abraham y a Sara. Pero se nos da una tentadora vislumbre de una posible reconciliación que habría ocurrido cuando “[Abraham] murió en buena vejez, luego de haber vivido muchos años, y fue a reunirse con sus antepasados. Sus hijos Isaac e Ismael lo sepultaron”.³ Isaac e Ismael ¿*nuevamente juntos*?

Cuánto me agradaría saber . . . ¿Isaac e Ismael habían permanecido en contacto a lo largo de los años? ¿Habría conocido cada uno a la esposa del otro? ¿Habrán compartido comidas uno con la familia del otro? ¿Salieron juntos a cazar en algún momento? ¿Eran cordiales y amistosos? Cuando Abraham murió, ¿fue natural que Ismael participara del funeral? ¿O Isaac e Ismael no se habían visto entre sí ni hablado desde ese día terrible, hacía ya mucho tiempo, cuando Abraham exilió a Agar y a Ismael? Si así era, ¿qué hizo que Isaac buscara a Ismael después de tantos años? Al enviar a Ismael el mensaje de la muerte de Abraham, ¿estaba intentando conciliarse con su medio hermano? ¿O Isaac solo estaba haciendo lo que sentía que era correcto y adecuado al notificarle la muerte al primogénito de Abraham? Tal vez el gesto de Isaac fue superficial, un esfuerzo obligado para honrar a su difunto padre, el cual él sabía que había amado profundamente a Ismael. Me pregunto, ¿se imaginó Isaac alguna vez que Ismael realmente aparecería? ¡Pero Ismael lo hizo!

Al pedir a Ismael que viniera al funeral, Isaac corría el riesgo de abrir una vieja herida. Pero a veces las heridas que no han sanado apropiadamente necesitan ser sajudas, o reabiertas, a fin de purgar una infección y permitir que comience la sanidad profunda. Por desagradable que pueda ser el

pensamiento, puede ser necesario que vuelva a examinar las heridas de su pasado para que realmente sanen.

Sophia, mi nieta de nueve años de edad, por algún motivo tenía una astilla en el dorso de la mano—¡desde hacía un año! No permitía que nadie, ni su madre, ni su padre, ni yo, ni el pediatra, tocáramos la dolorosa herida. Hace un par de semanas, todos nos dimos cuenta de que la astilla se había infectado y le había formado en la mano una ampolla que se volvía más y más dolorosa. Finalmente, mi hija dijo basta. Le dijo a Sophia que se quedara inmóvil y luego sacó con los dedos la astilla que sobresalía. Sophia gritó ante el dolor repentino, agudo, pero luego sonrió con alivio cuando el dolor que había vivido durante más de un año fue casi instantáneamente aliviado. Un par de días después, no tenía ni siquiera una inflamación que indicara que la astilla hubiera estado alguna vez bajo la piel de Sophia.

Las heridas pueden ser como la astilla de Sophia. Creemos que podemos vivir con ellas, pero no parecen irse por sí solas. Ni siquiera las pequeñas. A veces debemos reabrir la herida para extraer lo que está causando el dolor, para que verdaderamente podamos sanar.

Hace un tiempo hablé con un apuesto caballero de cabello gris llamado David,⁴ que se abrió de una manera sorprendentemente vulnerable. Me contó que había sido violado cuando tenía unos doce años de edad por un niño al que su comunidad consideraba un cristiano maduro. Durante años David llevó esa horrible herida en secreto en lo más profundo de su corazón. Pero con el tiempo la herida comenzó a supurar. La culpa y la vergüenza surgían en momentos inesperados con ataques de ira y terminó por conducirlo al alcoholismo y el consumo de drogas.

Cuando entregó su vida de una manera más profunda a Jesús, David se sintió llevado, como adulto, a enfrentar a su violador. Y así lo hizo. Cuando se encontraron, David describió lo que había pasado entre ellos y luego extendió gracia y perdón. Pero el violador rechazó vehementemente el ofrecimiento de David, insistiendo en que la violación nunca había ocurrido. Afligido, David fue a casa, se puso de rodillas, y volvió a ver en oración la odiosa escena que había repasado en su memoria muchas veces. Solo que esta vez, imaginó que Jesús estaba presente en la habitación de su infancia, mirándolo con infinita ternura y el perdón y la empatía profunda de Aquel que entiende lo que se siente al ser tratado brutalmente.⁵ Y mediante un nuevo toque de Dios, realmente sobrenatural, la herida que por años había

sido extremadamente dolorosa, e incluso más dolorosa al reabrirla, fue sanada.

Si la persona que lo hirió, o que fue herida por usted, rechaza sus palabras o gestos de perdón y se niega a avanzar hacia la reconciliación, lleve eso a Jesús en oración. Él entiende lo que se siente al hacer todos los esfuerzos para reconciliarse, solo para ser rechazado. La relación tal vez nunca se arregle, pero Jesús puede sanarlo a usted, y a sus recuerdos.

Seguramente Isaac e Ismael tenían vívidos recuerdos de la herida que los llevó a su separación. Si no hubiera habido ningún contacto entre los hermanos desde que Agar e Ismael fueron exiliados—unos setenta años antes—me pregunto cómo habrá sido la escena cuando por fin se encontraron cara a cara. ¿Se miraron uno al otro con nerviosismo, cambiando de un pie a otro? ¿Se dieron la mano formalmente? ¿Se abrazaron cortésmente mientras se besaban primero una mejilla, luego la otra, según la costumbre del Oriente Medio? ¿Ismael dijo: “Lo siento”? ¿O solo intercambiaron una prolongada mirada de conocimiento que no necesitó palabras? Tal vez fue suficiente que Ismael hubiera ido a ayudar a enterrar a su padre, en la misma cueva donde Abraham había enterrado a Sara años atrás. A veces, la reconciliación comienza con un pequeño gesto, ¿no? Un minúsculo contacto. Alguien que está dispuesto a dar el primer paso, a hacer el primer movimiento, a decir la primera palabra.

Si usted tiene una relación que ha sido destrozada por heridas, ¿estaría dispuesto a ir hacia el heridor como hizo Isaac con Ismael? Solo un pequeño gesto. Puede ser una breve llamada de teléfono, una tarjeta de cumpleaños, recordar un aniversario, un pequeño obsequio, unas palabras pronunciadas en una reunión social, un cálido contacto visual en lugar de una mirada fría. Realice alguna acción para hacerle saber a la persona que usted se acerca, que la puerta está entreabierta para la reconciliación. Nunca podrá saber si la relación se puede arreglar a menos que haga el esfuerzo de comenzar el proceso.

Por otro lado, ¿hay alguien que ha estado tratando de llegar a usted? ¿Ha estado en el extremo receptor de un pequeño gesto? En esta etapa de su viaje, tal vez ya no importa quien fue el heridor y quién el herido. Lo que importa es el hecho de que la persona se está acercando y es necesario que usted responda. ¿Por qué no? No le haga difícil a alguien acercarse a usted.

Con el tiempo, será necesario algo más que un gesto. Puede ser necesaria

una sincera conversación cara a cara, corazón a corazón, en la que usted escuche la historia de la otra persona y él o ella escuche la suya. ¿Quién sabe? Tal vez descubra que una parte significativa del problema era la falta de comunicación o de información. Aunque la conversación revele que usted estaba completamente equivocado o que la otra persona estaba totalmente en falta, es necesario que formule verbalmente su pedido de perdón o su perdón. No deje que el orgullo le impida una genuina reconciliación. Y es ahí donde llega la muerte, ¿no es cierto? La muerte a nuestro orgullo.

Sé que he sido una heridora. Y he sido herida. Lo que también sé es que si hay alguna esperanza de reconciliación en las relaciones que se han roto, alguien tiene que hacer el primer movimiento. Mi orgullo protestará a la defensiva: *Ellos tienen que venir a mí. Lo que me hicieron fue mucho peor que cualquier cosa que yo pensara hacerles. No fue mi intención herirlos, pero ellos trataron de destruirme intencionalmente. Primero tienen que arreglar lo que hicieron mal.* Así que tiene que haber una muerte. Así como la muerte de Abraham parece haber desencadenado la reconciliación entre Isaac e Ismael, la muerte es el detonante de la reconciliación entre mis heridores y yo. *Mi* muerte. Tengo que morir a mi orgullo y a mi postura como aquel cuyo perdón los otros deberían buscar.

Es necesario que yo sea fácilmente accesible, como Jesús lo ha sido para mí.

Es necesario que yo ame a los que me han rechazado, como Jesús me amó a mí.

Es necesario que yo inicie el contacto, como Jesús lo hizo por mí.

Es necesario que yo les extienda el perdón a ellos antes de que siquiera me lo pidan, como Jesús lo hizo por mí.

Y así lo he hecho. He golpeado suavemente la puerta de la esperanza para un nuevo comienzo: una breve llamada telefónica, un correo electrónico, una taza de café compartida en Starbucks, un recuerdo en forma de un obsequio insertado en el correo. ¿Toda relación ha sido sanada y reconciliada? No. ¿Por qué no? Me lo he preguntado más veces de las que puedo contar. Mientras que algunas de las relaciones se han resuelto en amistad, otras siguen rotas. Ni siquiera estoy segura de que algunos de los que me hirieron hayan reconocido mis gestos por lo que eran. Una cosa que sí sé es que algunas cosas llevan tiempo. Yo no puedo forzar la reconciliación. No puedo cambiar el corazón o la mente de otra persona. Solo el Señor puede hacer eso.

De modo que sigo orando y esperando.

Mientras espero, me parece ver con los ojos de mi corazón la misma misteriosa figura que se cernía en las sombras de la vida de Agar, el Ángel del Señor. Eso me recuerda que Él entiende lo que se siente al esperar que sus heridores respondan a sus propuestas de reconciliación. Sé que Él realmente siente mi dolor.

Pero esta vez, Él no me está mirando a mí. Me lo imagino mirando más allá de mí con una expresión de infinita ternura y anhelo. Lo está mirando a usted. Él no solo hizo el primer movimiento hacia usted cuando dejó su trono en el cielo, vino a la tierra, y fue a la cruz, sino que puso este libro en sus manos. Ahora Él está esperando. Esperando que usted responda y entre por la puerta que le ha abierto con su mano marcada por el clavo. Una puerta que conduce a la reconciliación con su Padre y con Él mismo, y, a su tiempo, con *ellos*: los que lo hirieron a usted. Como en Isaac e Ismael, es una reconciliación que se ha hecho posible por medio de la muerte . . . la muerte de Él. Usted puede reconciliarse cuando se encuentre con Él—y con sus heridores—al pie de la cruz.

CONCLUSIÓN

El fin del viaje de sanidad

Es hora de volver a casa



Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso.

El Espíritu y la novia dicen: “¡Ven!”; y el que escuche diga: “¡Ven!”

Así que emprendió el viaje y se fue a su padre. Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó.

Mateo 11:28; Apocalipsis 22:17; Lucas 15:20

El domingo 10 de junio de 2012 hubiera sido el nonagésimo segundo cumpleaños de mi madre. Mientras ella celebraba en el cielo, yo quería celebrar con mi padre. A causa de un reciente viaje a la India, una posterior enfermedad, y un calendario sobrecargado, yo no lo había ido a ver hacía casi dos meses. Así que el fin de semana del cumpleaños de mamá, conduje las cuatro horas a casa en un tránsito embotellado. El esfuerzo de conducir valió la pena, no solo porque me encanta estar con mi padre en cualquier momento, sino por cómo me dio la bienvenida. Cuando entré a la casa, dejé mis cosas y fui a su habitación, grité: “Papi”. Cuando entré en su habitación, su rostro se iluminó, me extendió los brazos y me dio un fuerte y cálido abrazo, y después me siguió sosteniendo. Él sabía que aunque soy una mujer adulta, cuando llego a casa, en el corazón solamente soy una niñita a quien le encanta que su padre la sostenga en sus brazos. En medio de todo el estrés de la vida, las luchas, las presiones, el dolor y los problemas, en el amor de mi padre hay algo que para mí es sanador.

Me pregunto . . . ¿usted ha estado separado de su Padre Celestial por un tiempo? Tal vez ha hecho un viaje a un país lejano, a un lugar donde vivido de una manera contraria a la vida que le agrada a Él.¹ Tal vez sus heridas han hecho que se enferme por la amargura, la vergüenza o la culpa. Tal vez usted siente aprensión de verlo porque no cree que Él quiera verlo. Tal vez ha estado tan ocupado con una agenda sobrecargada que Él quedó desplazado fuera de su vida. Tal vez usted no sepa exactamente por qué, pero hace un tiempo que no siente el amor de su Padre. Hace bastante tiempo.

Es hora de que deje sus cosas—el ajeteo, los temores, las dudas, las aprensiones, la culpa, las inseguridades—y entre a su presencia de rodillas. En oración. Clame a Él. Llámelo por su nombre: Abba . . . Papi.² Viva la experiencia de que sus brazos amorosos lo envuelvan, lo abracen, porque su Padre Celestial lo ama. Hay sanidad en su cálido abrazo. ¡Es hora de venir a casa!

Quizás usted tenga miedo de que, después de años de vagar, cargado con los recuerdos dolorosos y todo el bagaje emocional y espiritual que implican, por alguna cosa usted *no pueda* venir a casa. Que sea demasiado tarde, que su Padre no quiera recibirlo, que ha perdido la bendición para su vida, que su amor por usted de alguna manera haya disminuido con el tiempo. Pero querido herido, usted es la razón por la cual Él se levantó del trono del cielo, se quitó sus vestiduras de gloria, y vino al desierto de este mundo. Porque Él lo vio en su situación desesperada, impotente, herido, y vino a buscarlo, para atraerlo hacia sí y para darle vida eterna y abundante. Él anhela escuchar su voz llamándolo por su nombre para poder arroparlo en su amor y llenarlo con su gozo y su paz.

Recientemente, yo estaba con una hermosa joven que reconoció su agonía interior cuando confesó no solo estar herida, sino ser una heridora. Ella había tenido dos abortos que la habían hecho incapaz de concebir un bebé, al que ahora estaba desesperada por tener. Pero mayores que su insaciable anhelo de un bebé, eran sus sentimientos de vergüenza y culpa. Ella estaba convencida de que sus decisiones, tomadas hacía años por ignorancia y desesperación, le impedían ahora ser aceptada por Dios. Estaba segura de que el castigo de Dios por sus acciones era que no iba a tener hijos por el resto de su vida. La expresión de su rostro era de absoluta desesperanza.

Aunque la joven todavía tiene que tener un bebé, ahora sí tiene esperanza. Aprendió que, aunque hay consecuencias en nuestras decisiones, nada puede separarnos jamás del amor de Dios. Y Él no nos castiga por nuestro pecado negándonos un bebé o cualquier cosa buena. La paga del pecado es muerte: no la nuestra, sino la muerte de su propio Hijo amado en nuestro lugar. Así que, llorando, ella le abrió su corazón a Él y tomó la decisión de dejar de mirar atrás y, en cambio, avanzar. El mismo rostro que había expresado tal desesperanza ahora está suavizado con la luz de su presencia. Y aunque sigue anhelando un hijo y orando por él, ha abrazado la magnífica obsesión de conocer a Dios y desear el propósito de Dios para su vida. El amor divino le ha sanado el corazón.

Dios es el Dios que ama a los pecadores. Él ama a los heridores y a los heridos. Él es el Dios de las segundas oportunidades, ¡y de las terceras y las cuartas! En vez de rechazarlo a usted, Él lo busca y lo atrae hacia sus amorosos brazos para que pueda ser sanado de sus heridas. Dios le da esperanza cuando no hay esperanza, porque Dios lo ama. ¡Realmente lo ama a usted! Usted no ha sido engañado. Él está aquí. Ahí mismo. Con usted.

Ahora. Pero para experimentar la plenitud de su amor sanador, usted debe cerrarle la puerta a su pasado.

Cuando yo era adolescente, tenía caballos que mantenía en un lugar llamado Phillips Farm. Para llegar al granero, tenía que conducir por un camino de tierra que seguía a través de una plantación de maíz. Al otro lado de la plantación de maíz se hallaba un cerco con una tranquera que rodeaba la pastura de las vacas. Una de las instrucciones que el anciano señor Phillips me dio cuando monté mi primer caballo en su granja fue que tenía que asegurarme de cerrar la tranquera detrás de mí al salir del establo. De lo contrario, las vacas podrían salir detrás de mí del cerco de las pasturas y arruinar el plantío de maíz que tenía delante.

Querido herido, es el momento de cerrar la puerta detrás de usted. No deje que los recuerdos y el maltrato, las palabras y las heridas, los celos y la hipocresía, el engaño y la deshonestidad, la palabrería barata y el andar inconsecuente, la mezquindad, la crueldad, la rudeza, la soberbia, el egoísmo, el pecado, la injusticia y la parcialidad de las personas de su pasado se deslicen hacia el presente y le arruinen la promesa de bendición y esperanza para el futuro. No deje que *ellos* le inflijan la última herida al final de su vida, cuando descubra que su vida ha sido desaprovechada. Marchita. Menos que lo que Dios se propuso que fuera. Porque *usted* rehusó cerrar la puerta. De modo que . . . ciérrela.

Deje ir el pasado para poder avanzar en todo lo que Dios tiene para usted.

Deje ir su resentimiento por la forma en que ha sido tratado.

Deje ir su amargura por los que han representado mal a Dios ante usted.

Deje ir su falta de perdón hacia los que lo hirieron.

Deje ir la dureza de su corazón hacia quienes lo han rechazado

Deje ir el abrumador deseo de justificar lo que usted hizo y de explicar lo que ellos hicieron.

Deje ir su espíritu vengativo.

Deje ir su ofensa con Dios porque permitió que usted fuera herido.

Deje ir la vida de sus sueños que ahora es menos debido a ellos.

¡Simplemente déjelos ir!

No importan la injusticia y el daño y la confusión y el miedo y la soledad y

el vacío y la sequedad y el estar herido. Deje ir el ayer.

Eso fue entonces. Esto es ahora.

Dios lo está llamando hoy. Puedo oír su silbo apacible resonando a través de la historia de Agar, una esclava egipcia, herida por la gente de Dios, una creyente en el exilio, cuando ella andaba errante por el desierto: *¿Qué te pasa . . . ? No temas. Yo he escuchado el clamor de tu corazón.* Su clamor ha resonado todo el camino al cielo y volvió a mi corazón. He escrito este libro para *usted*.

Dios tiene un plan maravilloso para su vida desde este día en adelante, tal como lo tuvo para Agar.³ Para poseerlo, usted debe hacer lo que hizo Agar. Deje ir el pasado para poder abrazar el futuro que Dios tiene para usted, especialmente cuando es diferente del futuro que usted había planeado. Llegue al final de su viaje de sanidad perdonando a quienes lo hirieron. Aquellos que han deshecho la imagen que usted tenía de la vida que quería vivir. Ámelos, no solo de palabra, sino haciendo para ellos algo que sea de naturaleza sacrificial. Luego déjelo ir. ¡Disfrute ser libre al fin! ¡Al fin sanado! No se preocupe por *ellos*, sean quienes fueren. Es hora de que *usted* avance. ¡Acepte todo lo que Dios tiene para usted desde este día en adelante! Abraza a Aquel que lo ve. Aquel que lo ha estado buscando. Aquel que aun ahora está esperando que usted susurre su nombre . . .

EPÍLOGO

Cavar profundamente

Las historias personales que he compartido con usted en este libro son la puntita de un iceberg muy grande y desagradable. Las heridas de mi vida llegan profundamente en casi todas las áreas: la familia, la iglesia, el ministerio y la comunidad. No he compartido algunas de las más graves por la preocupación de que, si lo hiciera, yo a mi vez me convertiría en una heridora. Nuevamente.

Estoy convencida de que si no fuera por la suprema suficiencia de la gracia, la misericordia y el poder de Dios para vendar mis heridas y sanar mi corazón quebrantado, yo no sería más que una sombra de una persona. Pero en lugar de insolentarme, luchar, o derrumbarme, he aceptado el dolor. Le he pedido a Dios que lo use para hacer surcos profundos en mí. Y lo ha hecho. Me estoy haciendo más fuerte en mi fe y creciendo más profundamente en mi confianza en Él por esta sencilla pero profunda razón: Dios está *conmigo*, su Espíritu está *dentro* de mí, y su Hijo *va delante* de mí.

Sinceramente puedo decir que lo amo más y confío más en Él, *porque* me han herido. Sé que al final de todas las cosas, Él hará todo bien. Él aclarará los motivos, las acusaciones, las traiciones, los celos, los engaños, la calumnia, las mentiras, el chisme. Esto me libera para seguir con mi vida, viviendo cada momento para una audiencia de Uno.

Pero también admitiré que de vez en cuando he clamado a Dios: “Señor, ¿viste eso? ¿Oíste eso?” Y sé que sí. Su respuesta para mí ha sido simple y repetida una y otra vez: “Mía es la venganza; yo pagaré . . . Así también

ustedes, manténganse firmes y aguarden con paciencia la venida del Señor, que ya se acerca. No se quejen unos de otros, hermanos, para que no sean juzgados. ¡El juez ya está a la puerta!”.¹

El Juez ya está a la puerta. Dios arreglará las cuentas. Pero tal vez no todavía. De vez en cuando me recuerdo a mí misma los dos agricultores que estaban contemplando sus campos de trigo que estaban listos para la cosecha de octubre. Un agricultor era un agnóstico que no creía en Dios, nunca iba a la iglesia, y trabajaba el domingo tanto como lo hacía los otros seis días de la semana. El segundo, era un cristiano devoto que siempre iba a la iglesia y nunca trabajaba el domingo. El primer agricultor se burlaba del segundo, porque decía que su campo y su trabajo de siete días a la semana habían producido más grano, lo que demostraba que no valía la pena honrar a Dios. El segundo granjero pensó un momento y luego dijo, arrastrando las palabras: “Bueno, ¡Dios no salda todas sus cuentas en octubre!”.

Dios puede no saldar sus cuentas según nuestro calendario, pero saldará sus cuentas. El Juez está a la puerta. ¡Jesús viene! Así que seré paciente mientras le dejo la venganza a Él. Yo, por mi parte, no quiero que Él vuelva y me encuentre lamiendo mis heridas, planeando venganza, guardando rencor, o tratando de alguna otra manera de avanzar mirando por el espejo retrovisor.

Me siento alentada por el apóstol Pablo, quien dijo que llevaba en su cuerpo las marcas del Señor Jesús: que había sido crucificado con Cristo y tenía una espina en la carne.² Todas esas son heridas. Pero no se quedó atrapado en sus heridas, porque claramente proseguía a su meta. Mientras estaba sentado en la cárcel, arrestado injustamente por predicar el Evangelio, describió de este modo la ambición de su vida: “Quiero conocer a Cristo y experimentar el gran poder que lo levantó de los muertos. ¡Quiero sufrir con él y participar de su muerte . . . ! me concentro sólo en esto: olvido el pasado y fijo la mirada en lo que tengo por delante, y así avanzo hasta llegar al final de la carrera para recibir el premio celestial al cual Dios nos llama por medio de Cristo Jesús”.³

Las heridas de Pablo abrieron surcos profundos en él, y la fe que se arraigó y creció en su vida ha dado abundante fruto eterno durante dos mil años. Sin heridas en su vida— o en la mía o en la suya—él y nosotros seguiríamos siendo superficiales, viviendo en la superficie de nuestra relación con Dios, y desprovistos de fruto espiritual y eterno. Uno de los primeros escritores puritanos también estaba convencido de esto, y su hermosa oración, que

incluyo a continuación, expresa el deseo de mi corazón de ser “profundamente cavado—. Y eso requiere dolor. Como un campo es herido por el arado que da vuelta el suelo preparándolo para plantar las semillas, mi vida necesita ser profundamente arada; herida, incluso hasta las profundidades de la “muerte”.⁴ Así que esta es mi oración. Hágala suya también . . .

Señor Jesús,

*Dame un arrepentimiento más profundo, Dame horror del pecado,
Y terror de su cercanía.*

*Ayúdame a huir con la conciencia limpia y a resolver celosamente
que mi corazón*

Será solo tuyo.

*Dame una confianza más profunda en ti, Que pierda mi vida para
hallarla en ti,*

La base de mi reposo,

La fuente de mi ser.

*Dame un conocimiento más profundo de ti, Como Salvador,
Maestro, Señor, y Rey.*

*Dame más poder en mis oraciones privadas, Y más dulzura en tu
Palabra,*

Permíteme aferrarme firmemente en tu verdad

*Dame más santidad en mi hablar, pensar, actuar,
y no dejes que busque la virtud moral lejos de ti.*

Ara y cava profundamente en mí, Señor mío,

Labrador celestial,

Que todo mi ser sea como un campo cultivado,

*Con las raíces de tu gracia creciendo a lo largo y
ancho,*

Hasta que sólo tú seas visto en mí,

Tu hermosura de oro como cosecha de verano,

Y tu mucho fruto como otoño abundante.

No tengo otro amo, sino a ti,

Otra ley, sino tu voluntad,

*Ningún deleite, sino tú mismo,
Ninguna riqueza, sino lo que me has dado
Nada bueno, sino lo que tú has bendecido
Ninguna paz, sino la que tú me otorgas.
Yo no seré nada, sino lo que tú hagas en mí.
No tengo nada, sino lo que recibo de ti.
Yo no puedo ser nada más de lo que, en tu gracia, tú
me adornes.
Excava en mi hasta lo más profundo, querido Señor,
Y luego lléname hasta rebosar
de agua viva.⁵*

AGRADECIMIENTOS

Levantados

En su amor y misericordia los rescató; los levantó y los llevó en sus brazos ...

Isaías 63:9

Este libro no ha sido fácil de escribir. Al reflexionar sobre las experiencias de mi vida para encontrar ejemplos que compartir con usted, el Espíritu Santo me ha recordado heridas que había olvidado hacía mucho tiempo. En cada caso, debí volver a la escena y perdonar a los heridores: mi maestra de quinto grado, la junta directiva del colegio y los otros acerca de los cuales he escrito. Así que escribir este libro ha sido algo así como un viaje de sanidad para mí. Pero es un viaje que, con toda sinceridad, dura toda la vida. Porque mientras las heridas se sanan, otras heridas siguen siendo infligidas. Durante los cuatro años del proceso de escritura de *Heridos por la gente de Dios*, he sido herida. Una y otra vez. En realidad, he sido herida tan severamente como en cualquier otro momento de mi vida. Supe, por tanto, que Dios me estaba permitiendo experimentar de una manera nueva los conceptos que le he compartido en estas páginas.

Y Él me sigue enseñando que vivir perdonándolo a Él, recibiendo su perdón para mí, y dando mi perdón a otros, es una forma de vida.

En su fidelidad, Dios ha traído a mi lado gente que me levantó durante el

proceso de redacción. Aunque no hay lugar al final de este libro para nombrarlos a todos, me gustaría dar las gracias especialmente a los miembros de mi equipo de editorial Zondervan que realmente han ido más allá de lo que se habría requerido de su posición para ver que este proyecto de escritura llegara a una conclusión exitosa.

Cindy Lambert—debido a los retrasos significativos en la redacción, fui invitada por Zondervan a volver a Grand Rapids y presentar mi visión para *Heridos por la gente de Dios* a mi equipo editorial por segunda vez. Ellos me dieron su bendición, pero cuando el equipo salió de la sala de reuniones, Cindy, la editora interina en ese momento, se acercó a mí, me tomó de la mano, y dijo que quería orar por mí porque sabía que iba a ser un difícil proyecto de redacción. La consideración que la llevó a orar y su sensibilidad mientras oraba han quedado conmigo. Gracias, Cindy, por levantarme, y, a la vez, oro que al leer esto seas consciente de que nuestro Dios es un Dios que escucha las oraciones y un Dios que contesta las oraciones.

Sandy Vander Zicht ha sido mi editora desde el principio de mi tiempo con Zondervan. Ella es excelente, fuerte, profesional y hay varios libros más que ha editado actualmente en la lista de superventas del *New York Times*. Nos hemos convertido en amigas. Pero para *Heridos por la gente de Dios*, ella no solo me dio la capacidad de su pluma editorial; me dio su corazón. Se derramó en el proceso, logrando una mayor participación, y a un nivel mucho más profundo del que se requería o de lo que yo hubiera esperado. Este libro entero, y yo misma, hemos sido levantados como resultado. Gracias, querida Sandy.

Dudley Delffs fue el editor de Zondervan que dio su bendición a mi visión de este libro cuando lo presenté por primera vez. Desde entonces dejó Zondervan para buscar otras cosas, pero cuando yo estaba luchando con el segundo borrador del manuscrito, le pregunté si él podía ayudarnos a Sandy y a mí con la edición del contenido. Él lo hizo. Con un espíritu amable y alentador, me dio ideas, sugerencias, críticas y aplausos. Él me empujó más allá de lo que yo misma había escrito. Gracias, Dudley, por levantarme y sacarme de donde estaba antes de que tú vinieras.

Londa Alderink encabezó el equipo de mercadotecnia y de diseño que ha ideado la cubierta para *Heridos por la gente de Dios*. Su atención a mis sugerencias, el oír mis intereses, y su captación de la esencia del libro en la portada me levantó al final mismo del proyecto de escritura, poniendo viento

en mis velas mientras completaba el manuscrito. Gracias, Londa.

Scott McDonald, como presidente de Zondervan, y *Tracy Danz*, como editora de literatura no especializada de Zondervan, ambos salieron de su camino para reunirse conmigo en múltiples ocasiones, me dieron su bendición y su aliento. Como resultado, durante el extenso período de escritura, el apoyo del equipo siempre fue incuestionable. Sin ellos, este libro no se habría publicado. Gracias, Scott y Tracy.

Bob Hudson fue la última persona de mi equipo Zondervan en tocar el manuscrito antes de que entrara en archivos de texto. Él pulió, es decir, corrigió los tiempos verbales, verificó las referencias, verificó las citas . . . y lo hizo con apacible y cálida eficacia. Gracias, Bob. Y gracias por compartir mi amor por *El valle de la visión*.

Principalmente, quiero dar gracias al Dios de Agar, el Ángel del Señor, por cumplir lo que prometió en el Salmo 147:3 (NTV): “Él sana a los de corazón quebrantado y les venda las heridas”.

Ahora, mi oración es que usted, querido lector, haya sido levantado como resultado de los esfuerzos combinados de todos nosotros. Que Dios lo bendiga y lo lleve al final de su viaje de sanidad.



Anne

Notas

Prefacio: Jesús entiende

- [1.](#) Josué 7.
- [2.](#) Juan 1:11, rv60.
- [3.](#) Mateo 9:3.
- [4.](#) Mateo 9:34.
- [5.](#) Mateo 12:14.
- [6.](#) Mateo 22:15.
- [7.](#) Mateo 26:3-4.
- [8.](#) Mateo 26:57, 67.
- [9.](#) Mateo 27:1-2, 26.
- [10.](#) 1 Pedro 2:23.
- [11.](#) Hebreos 12:2-3.

Introducción: La sanidad es un viaje

- [1.](#) Anne Graham Lotz, *Magnífica obsesión: Cómo vivir en la plenitud de Dios* (Editorial Vida, Miami, 2009).
- [2.](#) Aparte de Jesucristo, Abraham puede considerarse el hombre más grande que ha vivido en la historia humana. Judíos, cristianos y musulmanes lo ven como su patriarca. Y Dios lo llamó “amigo”.

La historia bíblica de Agar

- [1.](#) Ismael significa “el Señor oye”.
- [2.](#) Génesis 12:14, 16; 13:1; 16:1-16; 21:1-21.

Capítulo 1: Amado por Dios en la periferia

- [1.](#) Génesis 12:15.
- [2.](#) Génesis 12:16.
- [3.](#) Génesis 20:12.

- [4.](#) Génesis 12:3.
- [5.](#) Génesis 12:17.
- [6.](#) Génesis 12:20.
- [7.](#) Josué 2, 6.
- [8.](#) Josué 2:10.
- [9.](#) Josué 2:11.
- [10.](#) Josué 2:11.
- [11.](#) Josué 6:15-23.
- [12.](#) Romanos 3:23.
- [13.](#) Efesios 1:7.
- [14.](#) Juan 3:16; Romanos 6:23.
- [15.](#) Juan 17:3.
- [16.](#) Apocalipsis 3:20.
- [17.](#) Juan 8:12; 10:27; 12:26.
- [18.](#) ¡Y usted es salvo! Si expresó sinceramente su clamor, Dios lo ha escuchado. Ahora, usted ya es salvo. Él le da su Palabra:

Señor está cerca de quienes lo invocan,
de quienes lo invocan en verdad.
Cumple los deseos de quienes le temen;
atiende a su clamor y los salva

(Salmos 145:18-19).

Tómele a Dios su Palabra. Él es un caballero. Él no miente. Él quiere decir lo que dice y dice lo que quiere decir. Si dice que usted está perdonado, usted está perdonado. (1 Juan 1:9; Efesios 1:7). Si dice que usted tiene vida eterna, usted tiene vida eterna (Juan 3:16; Efesios 1:13-14). Si dice que Él vive en usted, que nunca lo dejará ni lo abandonará (Hebreos 13:5), entonces Él ahora vive en usted en la persona del Espíritu Santo, y jamás lo dejará ni lo abandonará. Si Él dice que lo ama (Jeremías 31:3), querido lector que está en la periferia, entonces ¡Él lo ama! ¡Todo cuanto Él dice es así! (Salmos 119:89).

Capítulo 2: La vida es difícil

- [1.](#) Gálatas 5:17-21.
- [2.](#) Romanos 3:23; Jeremías 17:9.
- [3.](#) Génesis 13:4.
- [4.](#) Génesis 14:22.
- [5.](#) Génesis 12:1-3.

[6.](#) Génesis 15:2-6.

[7.](#) Génesis 13.

Capítulo 3: El ciclo del dolor 1. Génesis 16:2.

[1.](#) Génesis 16:2.

[2.](#) Génesis 16:2, 4.

[3.](#) Génesis 2:24.

[4.](#) Génesis 16:4.

[5.](#) Génesis 16:5-6.

[6.](#) Mateo 5:22; algunos manuscritos antiguos insertan: “Pero en verdad os digo que cualquiera que se enoje con su hermano sin causa estará sujeto a juicio”.

[7.](#) 1 Samuel 1:6, 7, 15.

[8.](#) 1 Samuel 1:15-16.

[9.](#) 1 Samuel 1:18.

[10.](#) 1 Samuel 2:21.

[11.](#) 1 Samuel 2:1-10.

[12.](#) Génesis 16:6.

[13.](#) Génesis 16:6.

Capítulo 4: El creyente en el exilio

[1. http://marquee.blogs.cnn.com/2010/07/30/anne-rice-leaves-christianity](http://marquee.blogs.cnn.com/2010/07/30/anne-rice-leaves-christianity). [En español hay una síntesis en el sitio web <http://blog.m633.com/2010/07/anne-rice-renuncia-al-cristianismo.html>. Consulta en línea 22 de noviembre de 2013].

Capítulo 5: Dios nos cuida

[1.](#) Salmos 5:1-3, 5-6, 8- 9, 10, 11-12.

[2.](#) Génesis 16:7.

[3.](#) Juan 21:1- 3.

[4.](#) Génesis 16:7.

[5.](#) Génesis 32:22-32.

[6.](#) Josué 5:13-6:5.

[7.](#) Jueces 6:11-12.

[8.](#) Salmos 139:7-10.

Capítulo 6: Puntos ciegos espiritua-les

[1.](#) Génesis 16:8.

- [2.](#) Génesis 16:8.
- [3.](#) Génesis 16:4.
- [4.](#) Mateo 7:3-5.
- [5.](#) Sylvia Gunter, *Prayer Portions* (Porciones de oración) (Birmingham, Ala.: The Father's Business, 1995).
- [6.](#) Génesis 16:9-10.
- [7.](#) Génesis 16:13.
- [8.](#) Génesis 16:5.
- [9.](#) Génesis 16:15.
- [10.](#) Hechos 3:19.

Capítulo 7: Heridas dolorosas

- [1.](#) Juan 15:1-2.
- [2.](#) Hebreos 12:11.
- [3.](#) Génesis 15:5.
- [4.](#) Gálatas 4:29.
- [5.](#) Génesis 21:10.
- [6.](#) Génesis 2:24; Mateo 19:4-6.
- [7.](#) Génesis 21:11.
- [8.](#) Génesis 21:12-13.
- [9.](#) Génesis 21:14.
- [10.](#) Isaías 55:9.
- [11.](#) Salmos 23:3.
- [12.](#) Romanos 8:29; Juan 15:8.
- [13.](#) Isaías 53:4-5, 10.
- [14.](#) Juan 3:16.
- [15.](#) 1 Pedro 2:23; 1 Juan 3:16.
- [16.](#) Hebreos 2:14; 1 Corintios 15:55-57; Romanos 3:25; Tito 2:15; Juan 14:1-3; Hebreos 2:10.
- [17.](#) Lucas 24:1-7.
- [18.](#) Juan 17:5.
- [19.](#) Efesios 1:19-23.
- [20.](#) Hebreos 12:2-3.

Capítulo 8: Rechazado por ellos 1. Lamentaciones 2:11;

- [1.](#) Lamentaciones 2:11; 3:19-23 (RV60)
- [2.](#) Juan 1:11.

Capítulo 9: Andar errante por el desierto

- [1.](#) Éxodo 20:21.
- [2.](#) Éxodo 16:10.
- [3.](#) Génesis 21:14.
- [4.](#) Génesis 16:13.
- [5.](#) Génesis 21:15.
- [6.](#) Éxodo 33:18.
- [7.](#) Éxodo 33:19; 34:6.
- [8.](#) 2 Corintios 1:3-4.
- [9.](#) Job 12:13; Isaías 55:8-9.
- [10.](#) 2 Corintios 12:9.
- [11.](#) Éxodo 15:26; Salmos 147:3; Juan 10:3-4, 11, 14.

Capítulo 10: Dios está atento

- [1.](#) Génesis 12:8; 13:4; 18:16-33 son tres ejemplos de la vida de oración de Abraham.
- [2.](#) Génesis 12:7; 13:18.
- [3.](#) Génesis 21:15-16.
- [4.](#) Génesis 16:10.
- [5.](#) La historia es verdadera, pero el nombre de María ha sido cambiado para proteger su privacidad. Por otras historias como la suya, por favor lea el libro de Tom Doyle *Dreams and Visions: Is Jesus Awakening the Muslim World?* (Sueños y visiones: ¿está despertando Jesús al mundo musulmán?) (Nashville: Thomas Nelson, 2012).
- [6.](#) Jonah 2:2-7.
- [7.](#) Mark 6:48.

Capítulo 11: Se rompe el silencio 1. Esta es una maravillosa

- [1.](#) Esta es una maravillosa descripción de Dios que fue una frase lema del fallecido Dr. T. E. Koshy, un mentor y amigo de muchos, incluido mi amigo Joel Rosenberg.
- [2.](#) El automóvil de mi madre fue arreglado así que el daño fue borrado y lució como nuevo. Y yo me propuse llegar a ser una mejor conductora. Obtuve mi licencia a los dieciséis años y hasta hoy, a la edad de sesenta y cinco, nunca me han hecho una boleta de infracción. Aunque he estado en algunos accidentes, yo nunca ocasioné ninguno, ¡por lo cual doy gracias a Dios! Las sabias y alentadoras palabras de mi padre han probado ser verdaderas.
- [3.](#) Génesis 17:1-22.
- [4.](#) Génesis 17:23-27.
- [5.](#) Génesis 18:13-14.
- [6.](#) Génesis 18:20-33.
- [7.](#) Génesis 20:1-18.
- [8.](#) Génesis 12:14-20.
- [9.](#) Génesis 21:17.
- [10.](#) Génesis 21:17.

[11.](#) Génesis 21:17.

Capítulo 12: Un espíritu obstinado

[1.](#) William Lobdell, *Losing My Religion: How I Lost My Faith Reporting on Religion in America and Found Unexpected Peace* (Perdiendo mi religión: Cómo perdí mi fe investigando sobre la religión en los Estados Unidos de Norteamérica y encontré una paz inesperada) (New York: HarperCollins, 2009).

[2.](#) Génesis 21:17.

[3.](#) Hebreos 13:5.

[4.](#) 1 Crónicas 16:34.

[5.](#) Isaías 63:9.

[6.](#) Génesis 50:20.

[7.](#) Lucas 1:37.

Capítulo 13: El punto de inflexión

[1.](#) 1 Reyes 19:1-21.

[2.](#) 1 Reyes 19:7.

[3.](#) 1 Reyes 19:9.

[4.](#) Génesis 21:17.

[5.](#) Isaías 54:11-13 LBLA (adaptado). El sustantivo *hijo* está en plural en el texto original. Me tomé la libertad de escucharla en singular, como la palabra de Dios de consuelo y aliento para mí respecto a mi propio hijo.

[6.](#) Génesis 21:18.

[7.](#) Juan 19:26-27.

[8.](#) Lucas 23:39-43.

[9.](#) Mateo 8:3.

[10.](#) Mateo 8:14-15.

[11.](#) Mateo 9:29.

[12.](#) Mateo 17:7.

Capítulo 14: ¡Puedo ver!

[1.](#) Génesis 21:19.

[2.](#) Éxodo 17:3-6.

[3.](#) 2 Corintios 1:3-4.

[4.](#) Génesis 21:19.

[5.](#) Génesis 21:18.

[6.](#) Las oraciones de este volumen también resonaron en el corazón de mi hermano menor, Ned. Él leyó una de ellas en el funeral de mi madre.

7. Arthur Bennett, ed., *The Valley of Vision: A Collection of Puritan Prayers and Devotions* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1975), xxiv. [En sitios de la internet pueden encontrarse traducciones al español de algunas de estas oraciones].

Capítulo 15: No mire atrás

1. Huckabee, Fox News, 17 de marzo de 2012.
2. Génesis 19:17.
3. Génesis 19:26.
4. Génesis 21:19.
5. Génesis 21:18.
6. Génesis 21:21. LBLA
7. Colossians 3:13.
8. Mateo 6:15.
9. C. S. Lewis, *God in the Dock* (Dios en el banquillo) (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1972), 49.
10. Efesios 4:32.
11. La historia es verdadera, pero el nombre ha sido cambiado.
12. 1 Juan 3:16, 18, 23.
13. La historia es verdadera, pero el nombre de Jay ha sido cambiado para proteger su privacidad.
14. Lucas 23:34.
15. Crawford Loritts es el pastor principal de la Fellowship Bible Church de Atlanta, Georgia, y frecuente orador de Promise Keepers, y uno de los dos hombres que se unieron a mí para tratar temas de avivamiento en mi estudio bíblico en vídeo “Expecting to See Jesus” (Esperando ver a Jesús).
16. Juan 20:26-27.
17. Filipenses 2:8-11; Apocalipsis 5:6-14.
18. Efesios 1:17-18.

Capítulo 16: Es tiempo de avanzar 1. Y sí, he seguido esa decisión

1. Y sí, he seguido esa decisión de perdonar con actos sacrificiales.
2. Juan Ortberg, *Who Is This Man? The Unpredictable Impact of the Inescapable Jesus* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 2012), 89. [Hay edición en español: ¿Quién es este hombre? El impacto impredecible del Jesús ineludible, Ed. Vida, Miami, 2013].
3. Génesis 25:8-9.
4. Aunque la historia es verdadera, el nombre de David ha sido cambiado para proteger su privacidad.
5. Hebreos 4:15-16.

Conclusión: El fin del viaje de sanidad

1. Lucas 15:13.

- [2.](#) Romanos 8:15; Gálatas 4:6.
- [3.](#) Jeremías 29:11.

Epílogo: Cavar profundamente

- [1.](#) Romanos 12:19; Santiago 5:8-9.
- [2.](#) Gálatas 6:17; 2:20; 2 Corintios 12:7.
- [3.](#) Filipenses 3:10, 13-14 (NTV)
- [4.](#) Jesús empleó esta misma analogía en Juan 12:24-25 cuando dijo: “Ciertamente les aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo. Pero si muere, produce mucho fruto. El que se pega a su vida la pierde; en cambio, el que aborrece su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna”.
- [5.](#) “The Deeps” (Las profundidades) de Arthur Bennett, ed., *The Valley of Vision: A Collection of Puritan Prayers and Devotions* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 2002), 134.